

CRÓNICAS DE LOS PATAGONES



CRÓNICAS DE LOS PATAGONES

CRÓNICAS DE LOS PATAGONES

Selección, prólogo y notas
HORACIO JORGE BECCO



Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
Hecho Depósito de ley
Depósito legal lf50120038001962
ISBN 980-276-360-8

Dirección editorial / Oscar Rodríguez Ortiz
Producción editorial / Elizabeth Coronado
Asistente de producción / Henry Arrayago
Corrección: Patricia Alvarado
Concepto gráfico de colección / Luis E. Ruiz Lossada
Diagramación / Luisa Silva
Preprensa / Desarrollos Compumedia

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PRÓLOGO

> La Ciudad de los Césares está enclavada en la cordillera de los Andes a orillas de un gran lago. El día Viernes Santo se puede ver, desde lejos, cómo brillan las cúpulas de sus torres y los techos de sus casas, que son de oro y plata macizos. Los habitantes que la pueblan son los mismos que la edificaron, hace siglos, pues en la Ciudad de los Césares nadie nace y nadie muere. El día que la ciudad se desencante, será el último del mundo, por lo cual nadie debe tratar de romper su secreto.
>
> JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Mitos y supersticiones*

> César es una ciudad encantada. No es dado a ningún viajero descubrirla aun cuando la ande pisando. El pavimento de la ciudad es de plata y oro macizos. Una gran cruz de oro corona la torre de la iglesia. Si su campana llegara a tocarse, su tañido se oiría en el mundo entero...
>
> FRANCISCO CAVADA, *Chiloé y los chilotes*

UNA SECRETA inmensidad parece concretar la llanura que partiendo desde el Río de la Plata hasta los confines de la Tierra del Fuego, sobre una distancia de 2.200 kilómetros, duerme en esta extensa superficie que descendiendo del macizo cordillerano andino toma el sur del continente americano. Con el descubrimiento del Estrecho de Magallanes, bien proporcionado en los escritos del navegante veneciano don Antonio de Pigafetta (*ca.* 1491- *ca.* 1534), en el descriptivo *Primer viaje alrededor del mundo* (1522) se inician las observaciones de los descubridores, viajeros, exploradores y marinos que cruzaron las tierras patagónicas, desgarradas por los vientos que la recorren desde el oeste. No se pueden olvidar los elementos iconográficos, las viñetas dibujados en cartas marítimas que iluminaron los cartógrafos, junto con los aportes que comentaban la realidad, con frecuentes deslices imaginarios propuestos por los cronistas y navegantes.

El encuentro con los pobladores en el Puerto de San Julián, previo al recorrido sobre el estrecho magallánico, el navegante Pigafetta lo registra diciendo:

> Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba sobre la arena, casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo, echándose polvo sobre la cabeza (...). Este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas (...). Estos pueblos se visten como ya he dicho, con la piel de un animal y con esta piel cubren también sus chozas, que transportan aquí y allá, donde más les conviene, no teniendo punto de residencia fijo, estableciéndose, como los bohemios, tan pronto en un sitio como en otro.

Estos personajes fueron dibujados en el mapa de Diego Homem, que corresponde al año de 1558 y se conserva en el British Museum de Londres; no están alejados de los fantásticos bocetos ejecutados en el plano del Estrecho de Magallanes que figura en *Novus orbis descriptio Indias Occidentalis* de Antonio de Herrera y Tordesillas (Amsterdam, 1622) o en la carta del Estrecho grabada por Hulsius en 1626.

Las tierras patagónicas se registran curiosamente por el holandés Theodoro de Bry (1528-1598), quien proyecta el habitat acerca del Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego, donde no solo sus personajes se muestran agigantados y bien corpulentos, complementados ingenuamente por pingüinos, ballenas y tortugas. También pueden citarse los detalles cartográficos en el curioso mapa iluminado sobre Paraguay, Chile y el Estrecho de Magallanes, resultado de unificar los informes proporcionados por los jesuitas misioneros Alonso de Ovalle (1601-1651), Nicolás del Techo (1611-1685) y otros en el año de 1703. No faltan tampoco en las ilustraciones del libro de J. Dom Pernetty (1769), donde las figuras de los indios se ven duplicadas ante los europeos.

Una continua y prolija documentación se puede consultar sobre el tema, quedando abiertas las proyecciones por muy diversas direcciones según el detalle a observar. El extenso escenario de la Patagonia ocupa la parte sur del continente americano, donde la mayor parte del territorio corresponde a la Argentina, paralela a tierras de Chile e islas oceánicas.

Todos los estudios historiográficos van proporcionando materiales sobre las circunstancias dispares de los navegantes y sus recorridos, generalmente se confirman las marchas desoladoras, sangrientas y exploratorias. En ellos se reproducen los tropiezos, los desengaños, las pérdidas lamentables y los incontables esfuer-

zos para cumplir sus derroteros en este mundo primario, desconocido y aterrador que sorpresivamente se veía envuelto por tormentas de polvo, con repentinos ataques de indios y una incontrolable soledad que dominaba los sentidos.

La Patagonia, la tierra de los indios tehuelches (del pampa *tehuel*, sur, y del araucano *che*, gente), que el cartógrafo y cronista de Magallanes, denominó *patagones* por su calzado rústico, sus pies desproporcionados o las enormes marcas de sus pisadas, empieza a vuelo de pájaro desde las confluencias de los ríos Limay, Neuquén y Negro hasta el borde del Estrecho de Magallanes, región austral de América del Sur. Actualmente corresponde a las provincias de Río Negro, Chubut y Santa Cruz, de la República Argentina, enriquecidas por enormes formaciones lacustres como el Nahuel Huapí, Argentino, San Martín o Viedma, en la zona andina de poblados bosques, hielos eternos, corrientes torrentosas con saltos y cascadas que cautivan con firmeza las rutas del turismo, terminando con el cruce hacia la República de Chile, enriquecida por el mismo escenario majestuoso y sorprendente. Pero desde ese límite cordillerano hasta el mar Atlántico, se extiende un desierto conformado por una sucesión de páramos y verdes valles de buena tierra, que son maltratados por los vientos que constantemente soplan del oeste.

Entre las numerosas fábulas que se reproducen por la imaginación medieval de los conquistadores, sobresalen El Dorado, las Amazonas o la Sierra de la Plata, que entroncan paralelamente con las impresiones que sufren los europeos al enfrentar los cauces de correntosos ríos, con las tribus sorprendidas ante los movimientos de hombres barbudos y extraños barcos. Lo sorpresivo al enfrentar animales nunca vistos, ser prisioneros o desolados náufragos hasta identificarse con los habitantes locales y sus tierras. Confrontar un espejismo enigmático frente a las ciudades levantadas en piedras, los renovados sacrificios al explorar los cursos navegables de los múltiples y extensos ríos que cruzan la América, las confluencias culturales de los centros poblados andinos. Debe sumarse lo desconocido sobre los pueblos indígenas, encuadrados por la dominadora selva; los documentos y proyectos que promueven los jesuitas con sus desarrollos evangelizadores en las ordenadas misiones, etc. Es decir una desbordante proyección de los relatos divulgados por los indios, modificados por las fantasías de los cronistas y viajeros.

La leyenda de la *Ciudad Encantada o de los Césares*, es la característica de nuestro medio y la única con sentido mítico, según el historiador Luis Aznar:

> Iniciada con las noticias de unos soldados de Sebastián Caboto (1450-1498) que al mando del capitán Francisco César recorrieron alucinados las llanuras centrales, recibió sucesivas aportaciones a raíz de los desgraciados desembarcos realizados a tierras patagónicas durante la primera mitad del siglo XVI. La leyenda de una gran ciudad poblada de españoles, áurea y resplandeciente, abundante en recursos materiales pero aislada de la civilización, se fue condensando sobre tan dispersos y heterogéneos elementos, hasta adquirir rasgos fijos y fisonomía propia. [*Floresta de leyendas rioplatenses*, Buenos Aires, 1944.]

En fragmentos de la crónica histórica *La Argentina* (recuérdese en *Anales de la Biblioteca*, IX, Buenos Aires, 1914), redactada por el más antiguo historiador del Río de la Plata, Ruy Díaz de Guzmán (1544-1629) se cuenta como el capitán César saliendo hacia 1528 desde la fortaleza de Sancti Spiritu fue sin rumbo determinado por algunos pueblos de indios y atravesó unas alturas y llanos que viene de la costa del mar, corriendo hacia el poniente y septentrión, hasta juntarse con la general y alta cordillera del Perú y Chile, existiendo entre una y otra, grandes y espaciosos valles, poblados por indios de numerosas naciones. Caminando luego hacia el sur, entró en una provincia importante con multitud de gente, rica de oro y plata, con ganado y carneros de la tierra, de cuya lana fabrican ropa bien tejida. Fue bien recibido por el poderoso cacique que los gobernaba, a quién cumplimentó con regalos y éste le permitió vivir, un tiempo en sus comarcas. Cuando resolvió volver, debió subir a una altísima y áspera cordillera, de la cual mirando el hemisferio, vio una parte el mar del norte y a la otra el del sur. Aunque esto no les permitió calcular la distancia que hay de uno a otro mar, pero lo estimó en más de 100 leguas con mucho engaño, seguramente por haber observado los grandes lagos que calculó eran el mar.

El viaje termina según la descripción de Díaz de Guzmán, bajando hacia Atacama, dejando a la derecha a Charcas para entrar en el reino del Cuzco al tiempo que Francisco de Pizarro acababa de prender al Inca Atahualpa, en los Tambos de Cajamarca.

Este primitivo relato –una fantasía dentro de otra– que recoge el historiador nacido en Asunción del Paraguay, nos permite

suponer que las versiones orales fueron las más aceptadas. Paul Groussac (1848-1929), dice de ella: "Los infelices, rendidos de fatiga y de hambre, vagarían por las pampas de San Luis y Mendoza, convertidas aquellas travesías por el espejismo estival en paisaje de maravilla, y trocado, por la imaginación y labia andaluza, de algún mísero cacique de tribu errante en el Gran Señor del Imperio Incaico".

La Ciudad o conquista de los Césares, florece en las limitadas versiones propuestas por Silvestre Antonio de Roxas con el *Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares por el Tandil* (1707) rumbo al sudoeste; por el capitán Ignacio Pinuer con su *Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios, al sur de Valdivia* (1774); en José de Guevara que considera a los Césares seres imaginarios que hizo el vulgo con ficciones y novelas; hasta George Chaworth Musters, quien en *Vida entre los patagones: un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta Río Negro* (1869) recuerda sobre un hombre que formaba parte de un grupo de leñadores, se apartó buscando madera y

> en lo profundo del bosque había dado con una senda, y la siguió un buen trecho, hasta que oyó tañir una campana y vio claro que le anunciaban alguna ciudad o establecimiento. Pronto encontró unos hombres blancos que lo tomaron preso, y que después de interrogarlo sobre la causa de su presencia le vendaron los ojos y lo condujeron a una ciudad portentosamente rica, donde quedó prisionero varios días. Finalmente lo trajeron de vuelta, nuevamente vendado, y cuando se le quitó la venda se encontró cerca del sitio de su captura, de donde pudo regresar hasta donde estaban sus compañeros.

El tema nos lleva a los estudios modernos realizados entre otros por Enrique Lachtman (*La Leyenda de los Césares*); Ernesto Morales (*La Ciudad Encantada de la Patagonia*); Enrique de Gandía (*La ciudad encantada de los Césares*); Ciro Bayo (*Los Césares de la Patagonia*); Juan Gil (*Mitos y Utopías del Descubrimiento*) o Vladimir Acosta (*El continente prodigioso. Mitos e imaginario medieval en la conquista americana*), por mencionar algunos de los escritores que han incursionado sobre el temario.

La *Ciudad de los Césares* primitivamente se identificó con el Cuzco, pero podemos suponer que fue trasladándose hasta las tierras magallánicas para adentrarse en la majestad de los Andes patagónicos por donde tuvo un desplazamiento continuo según

las fuentes, a todo lo largo de la cordillera durante el siglo XVI. Si reproducimos las pinturas descriptivas por boca de los indios, "la ciudad estaba poblada de cristianos rubios y corpulentos, a veces inmortales, y sobrevivió hasta el siglo XIX; tan pronto emplazada en la cuenca lacustre del Nahuel Huapí, como en las vecindades del estrecho o a orillas del Atlántico".

No todo fue invención de los naturales. Ellos estaban reflejando las noticias de las distintas poblaciones blancas con las que tomaban contacto. Así se fue produciendo la curiosa situación que los españoles corrieran ilusionados en pos de sí mismos. En tierras del Río Negro recogieron noticias a través de las cuales se reconocía fácilmente la ciudad de Mendoza; y en la región de los lagos, el último enamorado de la leyenda famosa recibió datos precisos acerca de una población blanca, emplazada a orillas del Atlántico, cuyos habitantes construían casas de material, amasaban pan, vestían calzones blancos y chaquetas. Sin duda se trata de Carmen de Patagones.

En las páginas de Silvestre Antonio de Roxas se describe una ciudad ideal y el jesuita Tomas Falkner (1707-1784) dice que la llaman Ciudad Encantada cercana a la Cordillera Nevada, extendiéndose en proyecciones "porque parece un segundo paraíso terrenal, según la abundancia de sus árboles, ya de cipreses, cedros, pinos de dos géneros; ya de naranjos, robles y palmas, y abundancia de diferentes frutas muy sabrosas; y es tierra tan sana que la gente muere de puro vieja".

De provincia imaginaria o Trapalandia nos escribe el jesuita español José de Guevara (1719-1808), al tanto que el padre Pedro Lozano (1697-1752), cronista oficial de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay, ha dejado precisas observaciones sobre la gente agigantada, "como la han visto en varias ocasiones los españoles, holandeses y franceses que han navegado por aquellas costas, y otros han registrado sus disformes huellas, que dieron motivos para el nombre de patagones que se les da a ellos, y por ellos a todo el país hasta el estrecho, y en sus sepulcros han hallado cuerpos de once pies de largo", como apunta en su *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (1873-1875).

La visión geográfica del padre Guevara sostiene:

> La costa de Patagones, desde el Cabo de San Antonio hasta el Estrecho de Magallanes, es de hermosa y agradable perspectiva, mirada desde el mar. Pero quitada la apariencia, con que engañan y des-

> nudas de fábulas, con que las desfiguran los ingleses y holandeses en sus cartas y relaciones, nada tiene bueno para el establecimiento de ciudades. Los viajeros describen en sus mapas y relaciones variedad de ríos y oportunidad de sitios para la fundación de pueblos y ciudades. Nada de esto ofrece la costa. Los ríos Gallegos, de Santa Cruz, de los Camarones y de San Julián, que los hacen venir cincuenta leguas de tierra adentro, no son otra cosa que abras de la costa hacia donde la marea, que en aquellas partes es de seis brazas, entra a ocupar los senos interiores de la tierra y en tiempos de bajamar aquellas aberturas restituyen las aguas que recibieron como si fuesen otros tantos pecheros que tributan al mar crecidos raudales. En lo demás, ni los ríos hay, ni señales de ellos, y sólo se descubren vestigios de torrentes que en tiempos de lluvia se precipitan al mar por aquellas abras. Comodidad para levantar ciudades, y establecer poblados no ofrece la costa. Es la tierra enhiesta, sin madera para edificios, sin leña para el fuego, sin agua para los menesteres humanos, sin meollo para recibir las semillas, y en una palabra, falta de todo lo que necesita una ciudad para su establecimiento y conservación.

Quizás la leyenda más difundida de la época de los primeros navegantes fue la de los gigantes. Esta se originó en el relato de Francesco Antonio Pigafetta, como se ha indicado precedentemente, hacia 1520. El encuentro con los tehuelches que Magallanes llamó Patagones, recordando al monstruo que figura en el *Primaleón*, popular libro de caballería editado en Salamanca (1512), es decir con algunos años de anterioridad a la visión que los bautiza y luego se extiende a toda la tierra austral, la Patagonia, sobre un escenario de más de un millón de kilómetros cuadrados de tierra fría, inhóspita, poblada de indios bravos, sin medios de comunicación y muchas veces sin agua.

Lo cierto es que los tehuelches fueron gente de estatura mediana y eran macizos, resultando entonces que la progresión idealizada por Pigafetta como primer testigo visual para la historia de estos indios no resulta equivocada. Ya entre los sobrevivientes del viaje de Magallanes, como el capitán Juan Sebastián de Elcano (1476?-1526), que interrogado por Maximiliano Transilvano, según detalla en su *Relación* (1522), argumenta que los patagones "eran de muy valientes cuerpos, como gigantes" y que al aprestarse para la guerra, se cubrían con un adorno de pieles "el cual, como era largo, que les llegaba hasta en tierra, parecíales a los españoles que eran de muy mayores cuerpos", tal como podemos confirmar en don Fernández de Navarrete en la *Colección*

de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde el Siglo XV (Madrid, 1825-1837).

Siguiendo los pasos de Magallanes, llegó en 1526 al Estrecho, la armada de García Jofre de Loaysa, Comendador de la Orden de Rodas. En la misma participaba un clérigo de graciosa imaginación, el sacerdote guipuzcoano Juan de Aréizaga (1500-1535), que ordenó una *Relación* (1526), que recogió Fernández de Oviedo en su *Historia general*, libro XX, donde figuran estos pobladores que corrían más que los caballos y se alimentaban de carne de ballena en cantidad. También recuerda que hallaron

> muchos ranchos y chozas de los patagones, que son hombres de trece palmos de alto, y sus mujeres son de la misma altura (...). Cuando quiso amanecer, vinieron más de dos mil patagones o gigantes (este nombre patagón fue un disparate puesto a esta gente por los cristianos, porque tienen grandes pies, pero no desproporcionados, según la altura de sus personas, aunque muy grande, más que los nuestros); y venían hacia los cristianos alzando los brazos y gritando, pero sin armas y desnudos...

Otro fragmento agrega que

> traían aquellos gigantes pintadas las caras de blanco y rojo y jalde, amarillo y otros colores; son hombres de grandísimas fuerzas... comen la carne cruda y el pescado asado y muy caliente. No tienen pan, o si lo tienen, estos cristianos no lo vieron, sino una raíces que comen asadas y también crudas, y mucho marisco de lapas y muxilones muy grandes asados, y hostias mucho grandes, de que se puede sospechar que también serán las perlas grandes. En aquella costa mueren muchas ballenas sin que las maten, y la mar brava las echa en la costa, y aquestos gigantes las comen.

Son similares las palabras del capitán Juan Ladrillero (1504-1574/82) sobre estos pobladores que rodeaban el Estrecho de Magallanes, citando a los indios chonos en la Bahía de Nuestra Señora del Valle, los indios pequeños del paralelo 52 y saliendo sobre el Atlántico los patagones desnudos. Estos indios traen por capas pellejos de guanacos sobados, la lana por dentro hacia el cuerpo y estaban armados con arcos y flechas de pedernal. Ladrillero es preciso hablando sobre la relación de la "manera y calidad de las gentes de cada provincia o bahía, trajes que acostumbraban traer y sus armas ofensivas..." *[Descripción de la costa del mar Océano, desde el sur de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes inclusive (1557-1558)].*

Louis Antoine de Bougainville (1729-1811), marino francés, en su diario *Viaje alrededor del mundo*, los describe hacia 1766 como si fueran tártaros pero insensibles al frío, contaban con caballos flacos y perros que los acompañaban en las correrías para bolear los ñanduces y gamas en sus comunes excursiones por las dilatadas llanuras.

Más contemporánea la expedición de los marinos del Almirantazgo británico Philip Parker King y Robert Fitz Roy, quienes durante diez años que incursionaron a bordo de los barcos "Adventure" y "Beagle", que compartieron con el gran naturalista Charles Darwin, hacia 1834. Sus descripciones están muy ajustadas a la realidad porque son propuestas por observadores estudiosos. Concuerdan refiriéndose a los patagones con su porte atlético: "altos de hombros, debido quizá a la costumbre de cruzar los brazos sobre el pecho bajo la manta, aumentando así la altura y grosor aparentes, pues las mantas cuelgan sueltas y casi llegan al suelo". Luego dicen que

> calzan botas de cuero de garrón de caballo (son las llamadas *botas de potro*) y su equipo se completa con espuelas de madera, si no las consiguen de hierro, con un juego de boleadoras y una larga lanza de bambú con punta de hierro afilada.
>
> Las mujeres van calzadas y vestidas igual que los hombres, con el agregado de media falda, hecha de pieles cuando no de paño burdo. El cabello se limpia y divide en dos trenzas que llevan colgadas a ambos lados. Los adornos de cuentas, trocitos de bronce o plata, o cualquier baratija parecida son muy apreciados y se llevan en collares o brazaletes, y a veces también como aros y ajorcas.
>
> El toldo de estos nómades poco difiere en su forma de la carpa del gitano. Se clavan en el suelo unos postes que se unen entre sí con otros, y se recubren con pieles de animales cosidas, de modo de formar una choza inclinada irregular. Van cubiertos tres lados y el techo, pero el frente, que mira al Este, permanece abierto. Estos toldos tienen unos siete pies de alto y diez o doce de lado, y su parte posterior u occidental es varios pies más baja que el frente.
>
> El país habitado por estos patagones es abierto y generalmente llano, salvo uno que otro cerro y algunas alturas extensas de nivel uniforme (estepas).

Las palabras de los capitanes King y Fitz Roy los califican como una "raza de gigantes". Dándole a la región una visión formal hasta que un tercio de siglo después George Chaworth Musters (1841-1879) convive con ellos, tal como lo describe en su ilustrativo relato *Vida entre los patagones; un año de excursiones por*

tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro (Londres, 1871).

Historias más personales se recogen en otros autores como el francés Auguste Guinnard con su libro *Tres años de esclavitud entre los patagones* (1855), quién se concentra en la región de los indios pampas, zona donde permanecerá prisionero por más de tres años. La reconstrucción de su cautiverio le permite testificar las costumbres entre los mismos, las formas para sobrevivir, cazar, la doma de los animales, detallar las distintas tribus con las cuales toma contacto, permitiéndole enumerar sus medicinas y curaciones, la religión y los rituales, sus vestimentas y una circunscripta visión de las pampas que formaron su habitat temporal.

Será el marino británico George Chaworth Musters (1841-1879), quien desarrolla su aventura extraordinaria.

> Este culto oficial –escribe el historiador Teodoro Caillet-Bois– resuelve incorporarse en Santa Cruz a una tribu tehuelche, en larga excursión nómada hasta el Neuquén y Patagones; la difícil aquiescencia del cacique le cuesta tres meses de corte y obsequios, todo un triunfo de diplomacia; Musters cambia el uniforme por la manta de guanaco, y aprende por de pronto a bastarse a sí mismo, o sea a bolear, enlazar, domar como el mejor, fabricar botas, lazos y estribos...; lejos de constituir una carga, será a menudo él quien salve situaciones difíciles; toma parte en los consejos de caciques, y se asimila a los indios hasta el punto de desempeñar hacia fines del viaje funciones de chasque y parlamentario de confianza. Las tribus tehuelches convergen desde distintas direcciones hacia el Limay, el mentado país de las manzanas, donde se celebra un gran parlamento para saber si araucanos y tehuelches apoyarán o no un malón de Calfucurá; la resolución es negativa. Otro móvil del viaje es cobrar el tributo que el gobierno argentino paga a las tribus para evitar depredaciones. Musters conocerá de cerca, como par y amigo, a todos los caciques, y el relato de su viaje, admirablemente escrito, sin exageración y con inteligente apreciación de caracteres y paisajes, constituye una página de historia insuperable e irreemplazable. De los 26 tehuelches de armas llevar que con él partieron, sólo sobrevivirán seis al terminar el viaje; esto basta a ilustrar las penurias y peligros experimentados.

A partir del siglo XVI se conoce en el norte argentino y posteriormente por el territorio patagónico la leyenda de la Ciudad Encantada. Son numerosas las versiones descriptivas que la llevan hasta el siglo XVIII, como un lugar misterioso, de localización indefinida. Una ciudad que estuvo siempre en el más allá, en lo infinito, con unas amuralladas defensas, cierta por sus torres y

campanas, protegida con sus calles y plazas concentradas, con pobladores habituados por lo fantástico. Sobre estas suposiciones de riquezas y plata cautivada en la misma, Sebastián Caboto envió a su capitán Francisco César a localizar las tierras y revelar su emplazamiento. Su dificultosa exploración constituyó el origen de una leyenda de transmisión oral.

Los afanes de grandeza dieron promoción a otras expediciones cumplidas tras las Siete Ciudades de Cíbola y Quivira en el valle de Sonora (México), El Dorado, las Amazonas, o bien la Fuente de la Juventud. Fueron siempre emigraciones desplazadas tras constantes engaños –primordiales en la invención de los aborígenes–, como pudieron reproducirse en las migraciones tras las esmeraldas, la plata del Potosí, canteras de dudosa localización que parecían y desaparecían entre las palabras de los hechiceros indígenas, las ciudades entre los indios pueblos que promovió la expedición de Vásquez de Coronado (*ca.* 1500-1549) en el oeste americano.

Todas resultaron quimeras dispersas que emprendieron los aventureros encendidos por las ilusiones en búsqueda de fortuna, la creencia de mundos mágicos acrecentados escrupulosamente por las propias recreaciones mentales.

Esta sintética estampa es una de las múltiples versiones que proponen su idealización de lo inverosímil. Las mismas se mantuvieron a través del tiempo, proyectando individuales y desconocidas maravillas. Por otra parte los indios patagones resultaron, personajes reales y auténticos, que se reflejaron como protagonistas de un extenso paisaje y fueron valorados con mejores resultados en la proyección histórica.

Horacio Jorge Becco

Para la presente antología se han elegido sólo fragmentos de los textos originales a los que se les ha dado un nuevo título y colocado intertítulos para facilitar su lectura. Se ha actualizado la ortografía, corregido erratas evidentes y se han normalizado los usos. (N. de E.)

ANTONIO PIGAFETTA

GIGANTES Y MONSTRUOS

Navegante genovés (ca. 1491- ca. 1534) quien relata el Primer viaje alrededor del mundo entre 1519 al 1522, *sobre el recorrido que efectúa la expedición al mando de don Fernando de Magallanes. Testigo privilegiado se identificó con la realidad, pero se valió de los relatos que había escuchado en su ilustrado derrotero por mar. Sabe observar a los indios tanto hombres como mujeres, a los animales como el guanaco que les sirve de calzado a estos patagones.*

19 DE MAYO de 1520. — Puerto de San Julián. — Alejándonos de estas islas para continuar nuestra ruta, llegamos a los 49°30' de latitud meridional, donde encontramos un buen puerto, y como el invierno se aproximaba, juzgamos a propósito el pasar allí la mala estación.

Vemos un gigante

Transcurrieron dos meses sin que viéramos ningún habitante del país. Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba sobre la arena casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo, echándose polvo sobre la cabeza. El capitán envió a tierra a uno de nuestros marineros, con orden de hacer los mismos gestos, en señal de paz y amistad, lo que fue bien comprendido por el gigante, quien se dejó conducir a una isleta donde el capitán había bajado. Yo me encontraba allí con otros muchos. Dio muestras de gran extrañeza al vernos, y levantando el dedo, quería sin duda decir que nos creía descendidos del cielo. Este hombre era tan grande que nuestras cabezas llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o, mejor dicho, su manto, estaba hecho de pieles, muy bien cosidas, de un animal que abunda en este país, como veremos a continuación. Este animal tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último. Llevaba este hombre también una especie de zapatos hechos con la misma piel. Tenía en la mano izquierda

un arco corto y macizo, cuya cuerda, algo más gruesa que la de un laúd, estaba hecha con un intestino del mismo animal; en la otra mano empuñaba unas cuantas flechas de caña pequeñas, que por un extremo tenían plumas como las nuestras y por el otro, en lugar de hierro, una punta de pedernal blanco y negro. Con pedernal hacen también instrumentos cortantes para labrar la madera. El capitán general mandó darle de comer y beber, y entre otras bagatelas y baratijas, le regaló un espejo grande de acero. El gigante, que no tenía la menor noción de este utensilio, y que, sin duda, veía por primera vez su figura, retrocedió tan asustado que derribó a cuatro de nuestros hombres que le rodeaban. Se le regalaron cascabeles, un espejito, un peine y algunas cuentas de vidrio; en seguida, y acompañado por cuatro hombres bien armados, se le volvió a poner en tierra.

Danzas y cantos

Su camarada, que había rehusado subir a bordo, viéndole volver, corrió a avisar y a llamar a los otros, quienes, al percibir que nuestros hombres armados se aproximaban, se pusieron en fila, sin armas y casi desnudos; pronto comenzaron su danza y su cántico, levantando el dedo índice hacia el cielo, para darnos a entender que nos consideraban como a seres desconocidos de lo alto; nos enseñaron también unos polvos blancos en pucheros de arcilla, no teniendo otra cosa que darnos de comer. Los nuestros les invitaron por señas a que pasasen a los navíos, y ofrecieron ayudarles a transportar lo que quisieran llevar consigo. Vinieron, en efecto; mas los hombres, que no tenían más que su arco y sus flechas, habían cargado todo sobre sus mujeres, como si fuesen acémilas.

Mujeres gordas

Las mujeres no son tan grandes como los hombres; pero, en compensación, son más gordas. Sus tetas, colgantes, tienen más de un pie de longitud. Van pintadas y vestidas del mismo modo que sus maridos, pero se tapan sus partes naturales con una piel delgada. Nos parecieron bastante feas; sin embargo, sus maridos mostraban estar muy celosos.

De caza

Trajeron cuatro animales de los que he mencionado, atados con una especie de cabestro; mas eran pequeños y de los que

utilizan para atrapar a los grandes, para lo cual atan a los pequeños a un arbusto; los grandes vienen a jugar con ellos, y los hombres, ocultos en la espesura, los matan a flechazos. Dieciocho habitantes del país, hombres y mujeres, habiéndoles invitado nuestros hombres a acercarse a los navíos, se dividieron en dos grupos, diseminándose por las cercanías del puerto, y nos divirtieron cazando de este modo.

Otro gigante

Seis días después, estando nuestra gente atareada en hacer leña para la provisión de la escuadra, vieron a otro gigante vestido como los que acabábamos de dejar y armado igualmente con arco y flechas. Al aproximarse se tocó la cabeza y el cuerpo, elevando en seguida las manos al cielo, gestos que imitaron los nuestros. El capitán general, al que se avisó, envió el esquife a tierra para conducirle al islote que había en el puerto, y en el que se había construido una casa para establecer en ella un fragua y un almacén para algunas mercaderías.

Patagón bautizado

Este hombre era más grande y estaba mejor formado que los otros; tenía también los modales más dulces; danzaba y saltaba tan alto y con tanta fuerza, que sus pies se elevaban muchas pulgadas en la arena. Pasó algunos días con nosotros. Le enseñamos a pronunciar el nombre de Jesús, el Padrenuestro, etc., y llegó a recitarlo tan bien como nosotros, pero con voz fortísima. En fin, le bautizamos, poniéndole el nombre de Juan. El capitán general le regaló una camisa, una chaqueta, unos calzones de lienzo, un gorro, un espejo, un peine, algunos cascabeles y otras bagatelas. Se volvió con los suyos, muy contento, al parecer, de nosotros. A la mañana siguiente trajo al capitán uno de esos grandes animales de los que hemos hablado y recibió otros regalos, por los que nos trajo a su vez más animales; pero después no le volvimos a ver, y sospechamos que sus camaradas le mataron por haber estado con nosotros. —*Otros gigantes*: Al cabo de quince días vimos venir hacia nosotros otros cuatro gigantes; venían sin armas, mas supimos en seguida que las habían dejado escondidas entre la maleza, en donde nos las mostraron dos de ellos que aprisionamos. Todos estaban pintados, pero de diversas maneras.

Patagones capturados

Junio de 1520. El capitán quiso retener a los dos más jóvenes y mejor formados para llevarlos con nosotros durante nuestro viaje y conducirlos después a España; pero viendo que era difícil prenderlos por la fuerza, se valió de la astucia siguiente: les dio una gran cantidad de cuchillos, espejos y cuentas de vidrio, de manera que tuvieran las dos manos llenas; en seguida les ofreció dos grillos de hierro, de los que se usan para los presos, y cuando vi que los codiciaban (les gusta extraordinariamente el hierro), y que, además, no podían cogerlos con las manos, les propuso sujetárselos a los tobillos para que se los llevasen más fácilmente; consintieron, y entonces se les aplicaron los grillos y cerraron los anillos, de suerte que de repente se encontraron encadenados. En cuanto se dieron cuenta de la supercherìa se pusieron furiosos, resoplando, bramando, invocando a Setebos, que es su demonio principal, para que viniese a socorrerlos.

No pueden con las mujeres

No contento con tener a estos hombres, el capitán deseó coger a sus mujeres, para llevar a Europa esta raza de gigantes, a cuyo efecto ordenó arrestar a los otros dos para obligarlos a guiar a nuestra gente al lugar en que vivían sus mujeres; apenas bastaron nueve hombres fortísimos de los nuestros para atarlos y ponerlos en tierra; uno de ellos consiguió libertarse, y el otro hizo tan grandes esfuerzos, que para sujetarle tuvieron que herirle ligeramente en la cabeza; mas al fin los obligaron a conducirles donde estaban las mujeres de los dos prisioneros. Estas mujeres, al saber lo que les había sucedido a sus maridos, lanzaron tan estridentes gritos que las oímos desde muy lejos. El piloto Juan Carvajo, que capitaneaba a los nuestros, viendo que se hacía tarde, no se preocupó de prender entonces a la mujer a cuya mansión le condujeron; pero puso centinelas y se quedó allí vigilando toda la noche, durante la cual llegaron otros dos gigantes, lo cuales, sin manifestar asombro ni disgusto, pasaron con ellos el resto de la velada; pero al alba, después de cuchichear algunas palabras con las mujeres, en un instante todos emprendieron la fuga, hombres, mujeres y niños, corriendo éstos aún más ligeramente que los otros, abandonando su choza y todo lo que contenía; uno de los hombres se llevó consigo a los animalitos que les servían para la caza, y otro, escondido entre la maleza hirió en el

muslo con una flecha envenenada a uno de los nuestros, que murió en seguida.

Aunque nuestros hombres dispararon sus armas de fuego contra los fugitivos, no pudieron atraparlos, porque no corrían en línea recta, sino zigzagueando, y con la velocidad de un caballo desbocado; nuestra gente quemó la choza de los salvajes y enterró al muerto.

Curación por la flecha

Aun siendo salvajes, tienen estos indios una especie de medicina. Cuando están enfermos del estómago, por ejemplo, en vez de purgarse, como nosotros, se introducen una flecha en la boca todo lo que pueden, para excitar el vómito, y arrojan una materia verde mezclada con sangre. El color verde proviene de una clase de cardos de que se alimentan. Si les duele la cabeza, se hacen una cortadura en la frente, y hace lo mismo en cualquier parte del cuerpo en que sienten dolor, con el fin de que salga una gran cantidad de sangre del sitio donde sufren. Su teoría, explicada por uno de los que aprisionamos, explica su práctica: el dolor (dicen ellos) lo causa la sangre que no quiere permanecer en tal o cual parte del cuerpo; por consiguiente, haciéndola salir, el dolor debe cesar.

Religión y costumbres

Llevan los cabellos cortados en aureola como los frailes, pero más largos y recogidos por un cordón de algodón alrededor de la cabeza, y en el cual colocan sus flechas cuando van de caza. Si hace mucho frío, se atan estrechamente contra el cuerpo sus partes naturales. Parece que su religión se limita a adorar al diablo. Pretenden que cuando uno de ellos está muriéndose, aparecen diez o doce demonios cantando y bailando a su alrededor. Uno de los demonios, que alborota más que los otros, es el jefe o diablo mayor, y le llaman Setebos; los pequeños se llaman Chelele. Los pintan y representan como a los habitantes del país. Nuestro gigante pretendía haber visto una vez un demonio con cuernos y pelos tan largos, que le cubrían los pies, y que arrojaba llamas por la boca y por detrás.

Julio de 1520. Estos pueblos se visten, como ya he dicho, con la piel de un animal, y con esta piel cubren también sus chozas, que transportan aquí y allá, donde más les conviene, no teniendo

punto de residencia fijo, estableciéndose, como los bohemios, tan pronto en un sitio como en otro. Se mantienen ordinariamente de carne cruda y de una raíz dulce que llaman *capac*. Son muy glotones; los dos que cogimos se comían cada uno un cesto de bizcochos por día, y se bebían medio cubo de agua de un trago; devoraban las ratas crudas, sin desollarlas. Nuestro capitán llamó a este pueblo *patagones*. Pasamos en este puerto, al que llamamos San Julián, cinco meses, durante los cuales no nos sucedió ningún accidente, salvo los que acabo de mencionar.

JUAN DE ARÉIZAGA

LOS GIGANTES PATAGONES

Sacerdote (1500?-1535) que participó en la expedición de García Jofre de Loayza, autor de una Relación *en 1526, donde cuenta sus peripecias y el encuentro con los indios patagones al borde del Estrecho de Magallanes. Verdadera fantasía tal como la interpreta don Gonzalo Fernández de Oviedo, quien la recoge en las históricas páginas de su* Historia general y natural de las Indias *(1547).*

Y ACORDARON el capitán Santiago y este padre que el mismo clérigo fuese en busca del capitán general y de las naos con provisión para 4 días y para 40 leguas.

Gente grande

En fin de los cuatro días, llegaron a la Vía de la Victoria, donde pensaban hallar al capitán general, lo cual no podía ser, porque le dejaban atrás más de 50 leguas en Santa Cruz, como se dijo de uso. Y así siguieron hasta una legua delante de la bahía de la Victoria, y hallaron muchos ranchos y chozas de los patagones, que son hombres de trece palmos de alto, y sus mujeres son de la misma altura. Y luego que los vieron salieron las mujeres a ellos, porque sus hombres eran idos a casa, y gritaban y capeaban a estos cristianos, haciéndoles señales que se detuviesen atrás; pero los cristianos, como tenían ya costumbre de hacer la paz con ellos, luego comenzaron a gritar diciendo *o o o*, alzando los brazos y echando las armas en tierra, y ellas echaban asimismo los arcos, y hacían las mismas señales, y luego corrieron los unos para los otros y se abrazaron.

Decía este padre don Johan que él ni alguno de los cristianos (que allí se hallaron) no llegaban con las cabezas a sus miembros vergonzosos en el altor con una mano, cuando se abrazaron; y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo. Luego los cristianos le dieron cascabeles y agujas, y otras cosas de poco precio; y los cascabeles ensartábanlos en hilos y poníanlos en las piernas, y como se meneaban y oían su sonido, daban brincos y saltos con ellos y espantábanse de los cascabeles, y con mucha risa gozábanse, maravillados de ello.

Los arcos eran cortos y recios y anchos, de madera muy fuerte, y las flechas como las que usan los turcos y con cada tres plumas, y los hierros eran de pedernal, a guisa de harpones o rallones bien labrados. Y son muy grandes punteros y tiran tan cierto como nuestros ballesteros o mejor. Traen en las cabezas unos cordeles, en torno sobre las orejas, y entre ellas y la cabeza ponen las flechas, a guisa de guirnalda con las plumas para arriba, y de allí las toman para tirar; y de esta manera salieron aquellas mujeres. Es gente bien proporcionada en la altura como se ha dicho: andan desnudos que ninguna cosa traen cubierta sino las partes menos honestas de la generación, y allí traen delante unos pedazos de cuero de danta.

Comparten la comida

Así como las mujeres gigantas que es dicho hicieron las paces con esos cristianos, lleváronlos a sus ranchos donde vivían, y aposentáronlos uno a uno por sí separados por los ranchos: y diéronles ciertas raíces que comiesen, las cuales al principio amargan; pero usadas, no tanto, y diéronles unos muxiliones grandes, que el pescado de cada uno era más de una libra y de buen comer. No desde a media hora que estaban en los ranchos, vinieron los hombres de esas mujeres de caza, y traían una danta que habían muerto, de más de veinte o treinta arreldes; la cual traía a cuestas uno de aquellos gigantes, tan suelto y sin cansancio, como si pesara diez libras. Así como las mujeres vieron a sus maridos, salieron a ellos, y dijéronles cómo estaban allí esos cristianos, y ellos los abrazaron de la manera que se dijo, y partieron con ellos su caza, y comenzaron de la comer cruda como la traían, quitando lo primero el cuero, y dieron al clérigo un pedazo de hasta dos libras. El cual lo puso al fuego para asarlo sobre las brasas, y arrebatólo luego uno de aquellos gigantes, pensando que el clérigo no lo quería, y comióselo de un bocado, de lo cual pesó al clérigo, porque había gana de comer y lo había menester. Comida la danta, fueron a beber a un pozo, donde estos cristianos fueron asimismo a beber; y uno a uno bebían los gigantes con un cuero que cabía más de una cántara de agua, y aun dos arrobas o más; y había hombres de aquellos patagones que bebían el cuero, lleno tres veces a reo, y hasta que aquel se hartaba, los demás atendían.

También bebieron los cristianos con el mismo cuero; y una vez lleno, bastó a todos ellos y les sobró agua, y maravillábanse los

gigantes de lo poco que aquellos cristianos bebían. Como hubieron acabado de beber, se tornaron los unos y los otros a los ranchos, porque el pozo estaba desviado de ellos en el campo, y ya era anochecido, y aposentáronlos uno a uno como ya se dijo.

Estos ranchos eran de cuero de danta, adobado como muy lindo y pulido cuero de vaca, y el tamaño es menor que de vaca; y pónenlo en dos palos contra la parte de donde aviene el viento; y todo lo demás es estar descubierto al sol y al agua: de manera que la casa no es más de lo que es dicho, y en eso consiste su habitación, y toda la noche están gimiendo y tiritando de temblor del excesivo frío (porque es frigidísima tierra a maravilla); y es necesario que lo sea, porque está en los cincuenta y dos grados y medio de la otra parte de la equinoccial, a la parte del antártico polo. No hacen fuego de noche, por no ser vistos de sus enemigos, y de continuo viven en guerra, y por pequeña causa o antojo mudan su pueblo y casas sobre los hombros y se pasan a donde quieren: que son tales como he dicho. Esta vecindad o ranchos eran hasta sesenta o más vecinos, y en cada uno de ellos más de diez personas. Toda aquella noche estuvieron estos pocos españoles con mucho deseo y temor, esperando el día para irse, si pudiesen, en paz a donde habían dejado su nao; la cual quedaba más de 40 leguas de allí, y no tenían qué comer ni dineros para lo comprar, y caso que los tuvieran, aquella gente no sabe qué cosa es moneda. Cuando a la mañana se despidieron de los gigantes, fue por señas no bien entendidas de los unos ni de los otros; y guiaron los españoles hacia la ribera y costa, por ver si hallarían con diligencia alguna señal o vestigio de las naos, porque como tengo dicho, allá estuvieron surtas la capitana y otras dos.

El disparate de la palabra patagón

El día siguiente, continuando su jornada, perdieron un compañero, que se decía Johan Pérez de Higuerola, y quedaron el clérigo y los otros dos hombres: y cuando quiso amanecer, vieron más de dos mil patagones o gigantes (este nombre patagón fue un disparate puesto a esta gente por los cristianos, porque tienen grandes pies; pero no desproporcionados, según la altura de sus personas, aunque muy grandes más que los nuestros); y venían hacia los cristianos, alzando las manos y gritando, pero sin armas y desnudos. Los cristianos hicieron lo mismo, y echaron las armas en tierra, y fuéronse a ellos, porque como tengo dicho, ésta es la manera y forma de salutación o paz que aquellas

gentes usan cuando se ven con otros, y abrázanse en señal de seguridad o amor. Y así se hizo, y hecho esto alzaron a estos tres cristianos de uno en uno sobre las cabezas, y lleváronlos un cuarto de legua grande de allí a un valle, donde había un gran número de ranchos, según los que quedan dichos, a manera de gran ciudad, armados en aquel valle. Y luego hicieron traer sus arcos y flechas y penachos para las cabezas y también para los pies: y desde que hubieron tomado los arcos y penachos, los tornaron a alzar y movieron de allí, y apartados una legua grande de los ranchos que ya no los podían ver, tornaron a tomarlos en peso y despojáronlos; y traían entre manos estos cristianos, mirándolos como espantados de ver su pequeñez y blancura, y trabábanlos de sus naturas, y parte por parte, cuanto tenía la persona de cada español de estos, palpaban y consideraban. Y los traían así entre sí con mucho bullicio, tanto que esos pecadores españoles sospecharon que los querían comer, y que quisieran también informarse del gusto de tal carne y ver qué tales eran de dentro en lo interior de sus personas: y así con mucho temor se encomendaban a Dios el clérigo, don Johan de Aréizaga, y sus compañeros.

Y quiso Nuestro Señor socorrerlos en tanta necesidad y librarlos de esta salvaje generación gigantea, porque muchas veces armaron los arcos y pusieron flechas en ellos, haciendo señales que los querían tirar y asaetearlos. Pasadas, tres horas, o más que en esto pasaban tiempo, vino un mancebo que en su aspecto parecía muchacho y con él otros veinte gigantes, los cuales traían sendos arcos y sus flechas, y cubiertos los estómagos con unos cueros blandos y peludos como de carneros muy finos, y con muy hermosos penachos blancos y colorados de plumas de avestruces. Al cual como le vieron los otros gigantes, todos se sentaron en tierra, y bajaron las cabezas, y hablaron algún poco entre sí, como quien reza en tono bajo, y ninguno alzaba los ojos del suelo, aunque eran más de dos mil los que habían despojado a estos tres cristianos, que cada momento pensaban que sus días eran cumplidos, y que aquel gigante mancebo debiera ser su rey, y que venía a dar conclusión en sus vidas. Lo que pudieron entender fue que les pareció a estos españoles que aquel gigante mancebo reprendía a los otros, y tomó al clérigo don Johan por la mano y lo alzó en pie: el cual, aunque parecía de diez y ocho o veinte años, y el don Johan de veinte y ocho o más, y era de buena y mediana estatura y no pequeño, no llegaba a sus miembros vergonzosos en altor. Y puesto en pie llamó a los otros dos españo-

les, e hízoles señal con la mano que se fuesen: y al dicho don Johan uno de los veinte que vieron a la postre con aquel capitán o rey mancebo, le puso un gran penacho en la cabeza. Y así se partieron en carnes desnudos estos tres compañeros, y no osaron pedir sus vestidos; porque viendo la liberalidad de aquel principal, sospecharon que él pensó que así debían andar, y que si hicieran señas pidiendo la ropa, que aunque se la mandase dar, tomaría saña y haría algún castigo en los primeros gigantes; y hubieron por mejor no le alterar e irse sin los vestidos, pues les dejaban las vidas. Y prosiguieron su viaje por la costa con grandísima hambre y sed y frío; y llegados a la mar, hallaron un pescado muerto que parecía congrio, que el agua le había echado en la playa, y comiéronle crudo y no les supo mal.

Traían aquellos gigantes pintadas las caras de blanco y rojo y jalde, amarillo y otros colores; son hombres de grandísimas fuerzas, porque decía este clérigo don Johan que a todos tres servidores, o cámaras de lombardas de hierro, tan grandes que cada servidor o verso pesaba dos quintales o más, los alzaban de tierra con una mano en el aire más altos que sus cabezas. Traen muy hermosos penachos en las cabezas y en los pies, y comen la carne cruda y el pescado asado y muy caliente. No tienen pan, o si lo tienen, estos cristianos no lo vieron, sino unas raíces que comen asadas y también crudas, y mucho mareo de lapas y muxiliones muy grandes asados, y hostias mucho grandes, de que se puede sospechar que también serán las perlas grandes. En aquella costa mueren muchas ballenas sin que las maten, y la mar brava las echa en la costa, y estos gigantes las comen.

Decía este padre clérigo que antes de todo lo que es dicho, estando seis gigantes de estos en una nao de esta armada, este clérigo y otros dos compañeros salieron en tierra, por ver algo de las costumbres de esta gente, y que llegados en un valle, donde hallaron ciertos gigantes de estos, los cuales se sentaron en rengle, e hicieron señas a estos españoles se sentasen así entre ellos, y lo hicieron; luego trajeron allí un gran pedazo de ballena de más de dos quintales, hediendo, y pusiéronles parte de ello delante del clérigo y sus compañeros, y ello estaba tal, que no lo quisieron; y los indios comenzaron a cortar con unos pedernales que cada uno traía, y en cada bocado comían tres o cuatro libras o más. Y volvieron con ellos a la nao, y diéronles cascabeles y pedazos de espejos quebrados y otras cosas de poco valor, con que ellos mos-

traban ir muy ricos y gozosos; y espantábanse mucho de los tiros de artillería y de todas las otras cosas de los cristianos.

Tornando a la historia y camino del clérigo y sus dos compañeros, decía que llegados desnudos a la playa, vieron la nao "San Gabriel" que venía a la vela en busca del batel suyo que estaba con el patax, y a decir al capitán Santiago de Guevara cómo las naos estaban en el río de Santa Cruz, y que habiendo tiempo fuese a la bahía, donde las naos hicieron echazón, y que tomase los cepos y cureñas del artillería de bronce, y hecho esto, se fuese a Santa Cruz; y así se hizo. Y ya esto y a dos días de marzo del año de mil y quinientos veinte y seis: y así se recogieron el clérigo don Johan y sus dos compañeros al patax, dando infinitas gracias a Jesucristo que los había librado de aquellos gigantes de la manera que está dicho.

JUAN LADRILLERO

DEL PACÍFICO AL ATLÁNTICO

Experto navegante (1504-1574/82) estuvo encargado de explorar el Estrecho de Magallanes desde el Mar del Sur o Pacífico hacia el Atlántico, misión que cumplió con buena pericia dejando un detallado informe titulado: Descripción de la costa del mar Océano, desde el sur de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes inclusive (1557-1558). *Preciso en la descripción de lo contemplado en su encuentro con los habitantes que poblaban las costas patagónicas, pescadores y cazadores que vivían en canoas, hasta los de tierra firme, indios agigantados con sus caras y cuerpos untados con tierra blanca.*

Indios con barbas

La gente de esta bahía es bien dispuesta y de buen arte. Tienen barbas los hombres, no muy largas. Sus vestiduras son unos pellejos de lobos marinos y de venados, atados por el pescuezo que les llegan a las rodillas, así los hombres como las mujeres. Traen unos dardiles mal hechos y dagas de hueso de ballena de palmo y medio y de dos palmos. No tienen asiento en ninguna parte. Andan en canoa de cáscaras de árboles y de unas partes en otras. Comen carne de lobos marinos y de unos peces y animales cruda, y marisco. No tienen ollas ni otras vasijas, ni comen sal ni saben qué cosa es. Traen en las canoas unas varas delgadas, y donde quiera que llegan arman su casa y se reparan del agua y de la nieve de invierno, que suele caer mucha.

Indios chonos

La gente que hay en esta ensenada susodicha son indios pescadores, de mediano cuerpo y muy proporcionados. No tienen sementeras, manteniéndose de pescado y mariscos y lobos marinos que matan, y comen la carne de los lobos y pescado crudo o aves cuando las matan y otras veces las soasan. No tienen ollas ni otra vasija, no se ha hallado sal entre ellos. Son muy salvajes y sin razón, andan vestidos de los cueros de los lobos y de otros animales, con que se cubren las espaldas y caen hasta las rodillas y una correa con que las atan por el pescuezo a manera de ligadas que traen las indias del Cuzco. Son de grandes fuerzas, traen por armas unos huesos de ballena a manera de dagas y unos palos como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscaras de ci-

preses y de otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino hoy aquí mañana en otra parte, y donde quiera que llegan llevan más unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo y con cortezas de árboles que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquitas a manera de ranchos, en que se meten y se reparan del agua del cielo y de la nieve. Yo estuve en esta bahía de Nuestra Señora del Valle en el mes de noviembre.

Gente bien agestada

La gente de esta tierra es bien dispuesta, los hombres y las mujeres pequeños y de buen arte y de buena masa al parecer. Sus vestiduras son cueros de venados atados por el cuello que les cubren hasta bajo las rodillas. Comen la carne cruda y el marisco, y si alguna vez lo asan es muy poco y cuando lo calientan. No tienen casas ni poblaciones, tienen canoas de cáscaras de cipreses y de otros árboles. En ellas traen sus mujeres e hijos, y con unas varas delgadas y cáscaras de árboles que traen en sus canoas, donde quiera que llegan hacen un rancho pequeño donde se abrigan del agua y nieve. No les vimos armas, aunque les tomamos mujeres y muchachos y tornamos a soltar. Las mujeres son muy pequeñas de cuerpo, es gente bien agestada y más los muchachos que las mujeres.

Los patagones

La gente que hallé en esta boca de este Estrecho a la parte de la mar del norte, es gente soberbia y son grandes de cuerpos así los hombres como las mujeres, y de grandes fuerzas los hombres y las mujeres bastas de los rostros. Los hombres andan desnudos, traen por capas pellejos de guanacos, sobados, la lana para adentro hacia el cuerpo, y sus armas son arcos y flechas de pedernal y palos a manera de macanas, y tienen por costumbre untarse con una tierra blanca como cal la cara y el cuerpo. El traje de las mujeres es sus vestiduras de los pellejos de los guanacos y de ovejas, sobados, la lana para adentro y poniéndoselos a la manera de las indias del Cuzco, los pellejos asidos con correas por cima de los hombros, atados, por la cintura y los brazos de fuera y que les llegan abajo de las rodillas. Traen zapatos del mismo cuero que les cubre hasta encima de los tobillos, llenos de paja por dentro, por amor del frío, y andan untadas con aquella cal como los hombres. Y a lo que entendí, no tienen asiento. Están cerca de la costa del Estrecho. Es poca gente, a lo que entendí. Sus casas son

que hincan unas varas en el suelo y ponen pellejos de guanacos y de ovejas y de venados, y hacen reparo para el viento y por dentro ponen paja porque esté caliente, y donde se echan y se sientan por estar más abrigados, porque a lo que me pareció debe de llover poco cerca de esta mar de norte en este Estrecho, aunque en este mes de agosto nos nevó los días que allí estuvimos y, el Estrecho adentro, todo lo más del mes.

SILVESTRE ANTONIO DE ROXAS

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES

Preparó un memorial titulado Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares por el Tandil y el Volcán, rumbo al sudoeste, comunicado a la corte de Madrid en 1707, *que recopiló Don Pedro de Angelis en Buenos Aires (1836). Es afirmativo al escribir que "nadie debe creer exageración lo que se refiere, por ser la pura verdad, como que lo anduve y toqué con mis propias manos", hablando sobre una ciudad de hermosos edificios que llaman Encantada o de los Césares. Una reconstrucción fantástica que tiene similitud con algunas descripciones relativas a Manoa o El Dorado, en tierras de selvas intrincadas y de espejismos alucinantes.*

POR EL MISMO rumbo (hacia el sur de Mendoza), a las 30 leguas, se halla un río muy grande y manso, que sale a un valle muy, espacioso y, alegre, en que habitan los indios césares. Son muy corpulentos, y éstos son los verdaderos césares.

Es gente mansa y pacífica; usa flechas o arpones grandes, y hondas, que disparan con mucha violencia: hay en su tierra muchedumbre de guanacos que cazan para comer. Tienen muchos metales de plata, y sólo usan del plomo romo, por lo suave y fácil de fundir. En dicho valle hay un cerro que tiene mucha piedra imán.

Desde dicho valle, costeando el río, a las 6 leguas se llega a un pontezuelo, a donde vienen los césares españoles que habitan de la otra banda, con sus embarcaciones pequeñas (por no tener otras), a comerciar con los indios. Tres leguas más abajo está el paso, por donde se vadea el río a caballo en tiempo de cuaresma, que lo demás del año viene muy crecido.

En la otra banda de este río grande está la Ciudad de los Césares españoles, en un llano poblado, más a lo largo que al cuadro, al modo de la planta de Buenos Aires. Tiene hermosos edificios de templos, y casas de piedra labrada y bien techadas al modo de España: en las más de ellas tienen indios para su servicio y de sus haciendas. Los indios son cristianos, que han sido reducidos por los dichos españoles. A las partes del norte y poniente tienen la Cordillera Nevada, donde trabajan muchos minerales de oro y plata, y también cobre: por el sudoeste y poniente, hacia la Cordillera, sus campos, con estancias de muchos ganados mayores y menores, y muchas chácaras, donde recogen con abundancia gra-

nos y hortalizas; adornadas de cedros, álamos, naranjos, robles y palmas, con muchedumbre de frutas muy sabrosas. Carecen de vino y aceite, porque no han tenido plantas para viñas y olivares. A la parte de sur, como a 2 leguas está la mar, que los proveen de pescado y marisco. El temperamento es el mejor de todas las Indias; tan sano y fresco, que la gente muere de pura vejez. No se conocen allí las más de las enfermedades que hay en otras partes; sólo faltan españoles para poblar y desentrañar tanta riqueza. Nadie debe creer exageración lo que se refiere, por ser la pura verdad, como que lo anduve y toqué con mis manos.

PEDRO LOZANO

GIGANTES AMERICANOS

Sacerdote jesuita (1697-1752) considerado el primer historiador original por las investigaciones que aportó en su Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán (1873-1875). *En ella logra una coordinación de los relatos ya publicados, con el aporte de numerosos materiales inéditos que posteriormente serán utilizados por los historiadores argentinos. Ilustrativo en su exposición tiene elocuente ingeniosidad en mostrar los temas y profundizar conclusiones.*

DEJO DE HABLAR de otras naciones, como son huaycurues, payaguas, chiquitos, chiriguanos, y abipones, de cuyas propiedades dará noticia a su tiempo la historia, que ahora quiero concluir este capítulo, con la relación de los gigantes que hubo en estas provincias. Eran tan diformes, que el mayor castellano no alcanzaba con la cabeza a su cintura, y todos sus miembros, se conformaban con la grandeza desmedida de sus cuerpos, de que se han hecho prueba con los huesos monstruosos que se han descubierto.

Traían el cabello tendido, carecían de barbas, y andaban vestidos de pieles de animales; su voracidad correspondía a su corpulencia, pues era tradición recibida en la gente de estos países, que cada uno comía más que cincuenta de los naturales. Hallaron todavía tal cual los primeros que descubrieron estos países, y de que antiguamente fueron muchos en número, son prueba los muchos cadáveres de ellos que se han hallado, y hallan todavía en varias partes. No muchas leguas de esta ciudad de Córdoba se encontró una calavera de enorme tamaño; otras se han hallado iguales con los dientes como un puño.

Algunos de ellos, según escribe el cronista Antonio de Herrera, se salieron de la provincia del Río de la Plata, y se fueron a poblar en la punta de Santa Elena, que es en la costa del Mar del Sur, distrito del puerto viejo, donde no hallando agua dulce, abrieron en una peña viva unos pozos profundísimos, labrados de alto abajo, de los cuales, hasta el día de hoy, se saca agua frigidísima, y la obra está manifestando fue hecha por hombres tan fuertes.

Eran caribes [*sic*] que perseguían a los hombres para comerlos, después de haber consumido todos los bastimentos de los naturales, pero ninguno osaba hacerles resistencia, reconociéndose inferiores en poder, para contrastar aquellos monstruos;

pero se hicieron la más cruda guerra con sus abominaciones; porque no habiendo llevado mujeres, se entregaron ellos mismos al pecado nefando, en castigo del cual envió la Divina Justicia fuego del cielo, como allá sobre Sodoma, y a todos los consumió sin dejar otro vestigio de ellos, que algunos huesos o calaveras, los cuales para memoria perpetua de aquel merecidísimo castigo se hallan tan frágiles que parecen quemados.

El mismo rigor debieron experimentar por semejante causa, sus parientes del Río de la Plata, porque muchos de los cadáveres que se encuentran en las barrancas del río Carcarañal, se ven con la misma fragilidad, y es lo mismo tocarlos que revolverse en polvo. El insigne piloto Juan Fernández, natural de la isla Tercera, que fue el primero que desde el Mar del Sur pasó al Norte por el Estrecho de Magallanes, de donde en breve aportó a su patria, y de allí a Sevilla, trajo a España vivos en su "capitana" dos gigantes, varón y mujer que halló y cogió en las costas de dicho estrecho, según escribe nuestro eruditísimo Cordeyro.

En distancia de 300 leguas de Buenos Aires hacia el Estrecho de Magallanes, es tradición hallarse todavía gente agigantada, como la han visto en varias ocasiones los españoles, holandeses y franceses que han navegado por aquellas costas, y otros han registrado sus disformes huellas, que dieron motivo para el nombre de *Patagones* que se les da a ellos, y por ellos a todo el país hasta el Estrecho, y en sus sepulcros han hallado cuerpos de 11 pies de largo.

THOMAS FALKNER

LA PATAGONIA Y SUS HABITANTES

Sacerdote jesuita (1707-1784) autor del libro Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional *(1774). Falkner quien vivió cuarenta años en estas tierras logró un valioso testimonio considerado ejemplar sobre el territorio. Buen científico en sus observaciones y estudios sobre flora y fauna, sus habitantes, costumbres y lengua. Esta obra se editó en castellano en la "Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata", de Pedro de Angelis (Buenos Aires, 1910).*

Los tehuelches

EL TERRITORIO de los tehuelches y otras naciones de la Patagonia colinda con la parte occidental de esta tierra incapaz de ser poblada según la relación de ciertos españoles, cautivos, que yo rescaté de su cautiverio entre los indios (uno de ellos hacía años que vivía allí), toda esta región consta de valles encerrados por colinas bajas y regadas por manantiales y arroyuelos, que van a morir en lagunillas o aguadas, que en verano desaparecen; de suerte que muchos de los habitantes, cuando aleja la estación ya dicha, se mudan al Segundo Desaguadero con mujeres, familias, aduares y todo; algunos de los cuales alcanzan a llegar hasta el Casuhati, el Vuulcan y el Tandil.

Estos valles son muy abundantes de pastos, y tienen sus bosquecillos de buena leña. Hay muchos guanacos en esta región, y en algunos lugares se valen de estas pieles para tapar los toldos. Hay también gran cantidad de antas cuyos cueros los tehuelches venden a los puelches, para que con ellos se hagan sus armas de defensa.

El anta es una especie de venado sin cuernos, cuyo cuerpo es del tamaño de un asno grande; la cabeza es larga de mayor a menor y acaba en hocico; la caja del cuerpo es muy desarrollada y anchos los hombros y ancas; las piernas y canillas son largas, y más gruesas que las de un venado, con las patas hendidas como las de éste, pero algo mayores, y la cola corta como la del venado. La fuerza de esta gran bestia es algo de admirar, como que puede llevarse a la rastra dos caballos, siendo que uno basta para dar cuenta de una vaca o de un toro. Cuando lo corren se abre

camino por los montes y matorrales más espesos, derribando cuanto se le pone por delante. Ignoro que haya habido conato alguno de domesticar la tal bestia, porque de ninguna manera puede considerarse feroz, y si algún daño hace sólo será a las chacras y labranzas: podría ser de gran utilidad por su gran fuerza, si acaso pudiese reducirse al yugo.

Sus animales

En esta tierra faltan los caballos alzados, pero los mansos son inmejorables, y superiores, por lindos y fuertes, a todos los de la América del Sur; soportan largas jornadas, sin más mantenimiento que el que se proporcionan andando, y en cuanto a valientes y ligeros están a la par de los mejores. Hay también mucha caza menor, y con ella se mantienen por lo general los indios, que son numerosos. También se obtiene gran copia del bezoar occidental, que se saca, no sólo del estómago de los guanacos y vicuñas, sino también del anta, aunque el de estos animales es más ordinario. Si se aplica en cantidad bastante, es muy eficaz para producir diaforesis. Casi siempre me ha resultado un pronto alivio instantáneo en casos de carraspera, desmayos, etc., siendo la dosis una dracma, o dos escrúpulos, tomados en cualquier bebida, aunque podría darse aún mayor cantidad con toda seguridad. Yo he hallado que en muchos casos es preferible a nuestros polvos testáceos y a las substancias minerales. He tenido en mi poder algunas de estas piedras, que pesaban hasta dieciocho onzas.

Hay muchas especies de aves, como ser: tórtolas, patos, faisanes, perdices, etc., que enumero porque son comestibles, pero no porque las utilicen los indios. También hay aves de rapiña, como por ejemplo: buitres, milanos o gavilanes, lechuzas y halcones. Lo que sí, tan al sur como está esto, sólo en la cordillera se hallan leones y tigres.

Tierra de huilliches

En tierra de huilliches, lindera con el Tehuel Mapu, y al sur de Valdivia, al decir de los misioneros, toda la región es muy pobre, y carece de cuanto se precisa para el sostenimiento de la vida; y por el estilo es toda la costa que se extiende desde el sur de Chile hasta el Estrecho de Magallanes. La gente de la costa vive casi exclusivamente de pescado, y se distinguen con los nombres de chonos, poy-yus y key-yus. De estas dos últimas naciones, la que se halla más retirada de la costa, cazan a pie, y son

grandes corredores, como que desde la más tierna edad se crían en este ejercicio. En Chiloé, lo más del bastimento para los misioneros, y para la guarnición de soldados españoles, se les envía de Valdivia u otros puertos de Chile. En dicha isla está fundada una pequeña ciudad, o, mejor dicho, aldea, que se llama Castro. Residencia que es de un capitán o teniente de gobernador español.

Árboles y flora

Las montañas de los huilliches son mucho más bajas que las que caen más al norte, de suerte que dan paso en todas las estaciones del año, y también son muchos los portillos que en cualquier parte se presentan: están cubiertas de bosque y hay, buena madera. Una especie de árbol se encuentra que es propio de esta tierra, y es el que los indios llaman *call lahual* y los españoles "alerce". No me pudieron dar las señas con mucha exactitud, pero sospecho que sea una especie de pino. Se distingue sobre los demás por esta particularidad, que con toda facilidad se hiende para sacar tablazón, pues por su misma naturaleza está el tronco señalado de arriba abajo con líneas rectas; así que con meterle cuñas y rajarlo se parte en tablas lisas y derechas, mejores y más afinadas que si las sacasen con sierra, y del grueso que se quiera. Según me cuentan, son estos árboles muy grandes; pero no me hallo autorizado a dar el diámetro general de ellos.

Si se trajesen plantas o semillas de este árbol a Inglaterra, es muy presumible que prosperarían bien aquí, porque este clima es tan frío como el del país en que se crían: allí se considera que es la madera más valiosa que la tierra produce, no sólo por su belleza, sino también por su duración. No está de más que aquí se haga notar que, valiéndose de los ríos Nahuelhuapi, Sanquel y Lolgen, grandes cantidades de esta madera palos de pino, etc., podrían conducirse en forma de jangadas hasta el río Grande de los Sauces, y de allí hasta la bahía de San Matías, con destino a la edificación, astilleros etc.

Tabaco sureño

Los huilliches tienen a más una especie de tabaco que machacan cuando aún está verde, y lo arman en rollos cilíndricos, cortos pero gruesos. Es de color verde oscuro, y al servirse de él para pitar desarrolla un olor fuerte y desagradable que se diferencia algo del tabaco de Virginia. Muy fuerte es y al punto emborracha; así, pues, pasan la pipa de boca en boca, y cada cual

hace su fumada una sola vez cada turno; porque de continuar seguido, sería para perder los sentidos.

El país de los tehuelches, que viven más cerca del Estrecho y en las riberas del mismo, como ejemplo, los schuaucunnee y los yacanacunnees es más o menos como el de los tehuelches. En la tierra adentro tienen algunos bosques altos, y un arbusto bajo que da una fruta parecida a las frutillas winberry inglesas, pero más picante: saben bien, y son aparentes para el clima aquel.

Tierra del Fuego

La Tierra del Fuego se compone de un número crecido de islas: las que caen al oeste son pequeñas, bajas y llenas de pantanos y esteros, que en los más de los casos no se prestan a ser habitadas por ser anegadizas; las que caen al este, empero son de mayor extensión y más elevadas, con montañas y selvas, y sus habitantes son indios de la nación yacana-cunnee: éstos se han comunicado frecuentemente con los franceses y españoles que allí acudían de las islas Malvinas a proveerse de madera. No me animaría a asegurar que en las islas estas de mayor tamaño haya piezas de caza que no sean aves; pero es de suponer con toda probabilidad que los indios que allí habitan no se sustentan de sólo pescado, cosa que no es tan sencillo de procurarse en el invierno y en tierra tan helada como lo es ésta.

Religión

Estos indios creen en dos seres sobrenaturales, el uno bueno, el otro malo. Al ser bueno llaman los moluches Toquichen, que equivale a Señor de la gente; los taluhets y dihuihets le dan el nombre de Soychu, que en su lengua significa el Ser que manda en el país de la bebida fuerte; mientras que para los tehuelches es Guayava-cunnee, o sea Señor de los muertos.

Se han imaginado una multitud de estos dioses, uno de los cuales creen que rige los destinos de cada estirpe o familia de indios, que se supone haya creado él. Los unos se dicen casta del tigre, los otros del león, algunos del guanaco, como otros del avestruz, etc. Se imaginan que cada uno de estos dioses tiene su morada aparte, en vastas cavernas subterráneas, bajo de algún lago, cerro u otra cosa, y que cuando muere algún indio, su alma se va a vivir con el dios que es el patrón de su propia familia, y gozar allí de la felicidad en un ebriedad perenne.

Creen ellos que sus dioses buenos formaron el mundo y que al principio crearon a los indios en sus cuevas, dándoles lanzas, arcos y flechas, y las boleadoras con que pelear y cazar y que en seguida los echaron a que se manejasen como pudiesen. Se imaginan que los dioses de los españoles hicieron otro tanto con ellos, pero que en lugar de lanzas, arcos y demás les dieron armas de fuego y espadas. Se sacan la cuenta que cuando fueron creados los animales, las aves y demás salvajinas menores, los más ágiles salieron al punto de sus cuevas, pero que los toros y las vacas, que estaban atrás de todos, con sus cuernos les infundieron tal miedo a los indios, que éstos cerraron la entrada a sus cuevas con grandes piedras. Con esta razón explican por qué no había ganado vacuno en tierra de ellos antes de que lo introdujeran los españoles, quienes con más cordura lo habían dejado salir de su cueva.

Se hacen la ilusión de que algunos de ellos después de muertos han de volver a estas cuevas misteriosas. También suponen que las estrellas son indios de antes, que la Vía Láctea es el cazadero en que los indios éstos corren avestruces y que las dos nubes australes son las plumas de los avestruces que voltean. También aseguran que la creación aún no se ha completado y que no toda ella se ha manifestado ya a la luz del día en este nuestro mundo de la superficie.

Brujos y hechiceros

Los brujos de ellos al son de sus cajas y de sus mates llenos de caracoles dicen que ven en el mundo subterráneo hombres, ganados, etc., con ventas de caña, aguardiente, cascabeles y muchas otras cosas más. Pero tengo fundados motivos de saber que no todos se prestan a creer en estas patrañas, porque el cacique Tehuel, Chehuentuya me vino una mañana con el cuento de que uno de sus hechiceros acababa de descubrir uno de estos lugares subterráneos y lo ubicaba precisamente abajo de donde ellos estaban; y al reírme yo, haciéndole ver su inocencia si se dejaba engañar con tales fábulas y desatinos, contestó con aire de desprecio: *Epueungeing'n.* Son cuentos de viejas.

El Espíritu Malo se llama entre los moluches, Huecuvoe, o Huecuvu, esto es, Vago de Afuera. Para los tehuelhets y chechehets es Atskannakanatz y para los demás puelches, Valichu.

De estos demonios reconocen que hay un sinnúmero que andan por el mundo, y a ellos les acumulan cuanto mal acontece

en él, ya sea al hombre o a las bestias; y a tal extremo llegan con estas sus creencias, que para ellos son estos malhadados seres la causa del cansancio y del desfallecimiento que les sobreviene en sus largas jornadas o fatigas del trabajo. Según ellos, cada uno de sus hechiceros tiene dos de estos demonios continuamente a su lado que le suministran los medios de predecir lo que está por suceder, avisan lo que está aconteciendo en un momento dado, pero en otra parte, por distante que sea, y permiten curar a los enfermos, haciéndose ellos cargo de combatir, expulsar o ganarse a los otros demonios que son causa de su tormento. Creen también que las almas de sus hechiceros, después que mueren, pasan a formar en el número de estos demonios.

El culto de los indios se dirige exclusivamente al ser maligno, excepción hecha de algunas ceremonias con que reverencian a los muertos. Tratándose de culto se reúnen en el toldo del hechicero, quien se oculta en un rincón del mismo para que no lo vean los demás. En esta alcoba tiene él un pequeño tambor, uno o dos matecillos que contienen conchillas de mar, y algunas bolsitas de cuero cuadradas, todas pintadas en que guarda sus amuletos. Empieza la ceremonia con ruidos extraños de tambor y de las sonajas; en seguida se hace el accidentado, o finge luchar con el diablo que se ha apoderado de él; con los ojos hacia arriba se le desfigura toda la cara, echa espuma por la boca, se le encogen todas las coyunturas y después de las más violentas convulsiones queda tieso y yerto cual un epiléptico. Pasado cierto tiempo vuelve en sí, como que ha vencido al demonio; en seguida y allá dentro de su tabernáculo finge que sale una voz débil, aguda, triste, como la del espíritu maligno, quien por medio de esta voz lastimera se supone confesar su derrota; en seguida, y desde una especie de trípode, pasa a contestar cuanto se le pregunta. Poco significa que las respuestas salgan ciertas o no, porque si resulta falsa la culpa la tendrá el diablo. En todas estas consultas se paga bien al hechicero.

El puesto de hechicero es bien peligroso, no obstante lo mucho que a veces lo respetan, porque suele acontecer que cuando muere algún cacique de los indios matan también a algunos de los hechiceros, y con más razón si han tenido cuestión con el finado poco antes de su muerte, porque en este caso los indios atribuyen la pérdida de su cacique al hechicero y sus demonios. Cuando sobrevienen pestes o epidemias, en que tantísimos sucumben, mal les suele ir a los hechiceros. Con motivo de la viruela que apareció

después de la muerte de Mayu Pilqui-ya y su gente y casi acabó con los chechehets, Cangapol ordenó que se diese muerte a todos los hechiceros, para ver si de este modo cesaba la peste.

Los hechiceros son de los dos sexos. Los hechiceros varones tienen que abandonar (por decirlo así) su sexo y vestirse de mujer y no se pueden casar, aunque a las hechiceras o brujas se les permite esto. La separación para este oficio se hace en la niñez, y siempre se da la preferencia a aquellos que en sus primeros años dan señales de un carácter afeminado. Desde muy temprana edad visten de mujer y se les entrega el tambor y las sonajas propias de la profesión que será la de ellos.

Los epilépticos y los atacados del mal de San Vito son desde luego seleccionados para ese destino, como designados por los demonios mismos, porque los creen poseídos por ellos, y a ellos atribuyen las convulsiones y retortijones tan comunes en los paroxismos de la epilepsia.

Cultos funerarios

La inhumación de los muertos y la veneración supersticiosa con que honran la memoria de ellos son motivo de ceremonias serias. Cuando fallece algún indio, al punto se selecciona una mujer de las más principales entre ellas, con el objeto de que haga del cadáver un esqueleto, y esto se efectúa de la siguiente manera: empiezan por eliminar los intestinos, que se reducen a cenizas, y después separan las carnes de los huesos con la mayor prolijidad posible; en seguida los entierran en el suelo hasta que acaba de pudrirse todo lo que queda de las carnes, o hasta que llega al momento de trasladarlos (cosa que se ha de hacer antes de cumplirse el año del entierro aquél, cuando no antes de los dos meses) al enterratorio propio de los antepasados.

Esta costumbre se observa estrictamente por los moluches, taluhets y dihuihets; más los chechehets y tehuelches o patagones colocan los huesos en sitio elevado sobre cañizos o ramas entretejidas, a fin de que se sequen y blanqueen con la acción del sol y de la lluvia.

Mientras dura la ceremonia de preparar el esqueleto, los indios; tapados con sus mantos de pieles y sus rostros ennegrecidos de hollín, se pasean a la vuelta del toldo con palos largos o lanzas en las manos, cantando con lúgubre voz y golpeando el suelo con el objeto de espantar los Valichus o espíritus malignos. Otros van a visitar y, a consolar a la viuda o viudas y demás deudos del extinto;

si hay algo que aprovechar, se entiende, porque nada hacen sin que medie el interés. Mientras dura esta visita de pésame lloran, gritan y cantan que da pena oírlos, lagrimean sin gana, y se punzan brazos y muslos con espinas agudas para sacarse sangre. En pago de estas manifestaciones de dolor, se les obsequia con abalorios de vidrio, cascabeles de metal amarillo y otras baratijas por el estilo, que tanta estimación tienen entre ellos. Al propio instante matan los caballos del finado, para que no le falte que montar en el Alhue Mapu o País de los Muertos, y sólo se reservan unos cuantos con que honrar las últimas pompas fúnebres, y para que carguen con los restos al enterratorio que les corresponde.

La viuda o viudas del extinto tienen obligación de prolongar el duelo y los ayunos por un año después de la muerte del marido. Para esto tienen que encerrarse en sus toldos, sin comunicarse con nadie, ni salir, no siendo para las primeras necesidades de la vida: no deben lavarse ni la cara ni las manos, sino conservarlas tiznadas de hollín, y la ropa que visten será también de un color triste, se abstendrán de comer carne de caballo o de vaca y, tierra adentro donde abundan éstos, de la de avestruces y guanacos, pero de todo lo demás pueden hartarse. Durante el año de duelo no se pueden casar, y si dentro de este período se llega a descubrir que una viuda ha andado con algún varón, los deudos del finado marido matarán a los dos, no siendo que resulte que ella ha sido violentada. Yo, empero, no pude descubrir que los hombres se hallasen obligados a guardar semejante duelo a la muerte de sus mujeres.

Cuando remueven los huesos de sus finados los envuelven en un cuero, los cargan en uno de los caballos favoritos del finado, que han dejado vivir con este destino, lo engalanan lo mejor posible que pueden con mantas, plumas y demás, y así emprenden viaje, aunque sea de 300 leguas, hasta llegar al enterratorio que corresponde donde se practican las últimas ceremonias.

Los moluches, taluhets y dihuihets entierran sus muertos en pozos grandes y cuadrados como de una brazada de profundidad. Los huesos se arman y se juntan por medio de ataduras en su propio lugar, en seguida los visten con la mejor ropa que consiguen, los engalanan con cuentas, plumas y demás, y a todo esto lo limpian y mudan una vez por año. Los colocan en fila sentados, con la espada, lanza, arco, flechas, boleadoras y todo lo demás que tenían cuando vivos. A estos pozos los tapan con soleras o troncos, cañas o ramas entretejidas, sobre las que echan tierra.

Una matrona entrada en años se elige en cada tribu a quien corresponde el cargo de estos sepulcros, que por lo mismo es muy venerada. Su obligación es la de abrir estas lúgubres moradas todos los años y de vestir y limpiar los esqueletos. A más de todo esto, todos los años derraman sobre estos sepulcros algunos tinajas de la primera chicha que ponen, y hasta beben ellos parte de la misma a la salud de los muertos. Estos cementerios, por lo general, se hallan ubicados cerca de sus moradas y a la vuelta colocan los cuerpos de sus caballos muertos, parados y afianzados sobre estacas.

Los tehuelches o patagones de más al sur se diferencian en ciertas cosas de los demás indios. Después de haber secado bien los huesos de sus difuntos, los conducen a grandes distancias de sus moradas, hasta llegar a la costa del mar océano, y después de arreglarlos como corresponde y de engalanarlos de la manera ya descripta, los sientan por su orden sobre el suelo, abajo de una ramada o toldo que para el efecto se ha levantado, y alrededor disponen los esqueletos de los caballos muertos.

En la entrada del año 1746, unos soldados españoles que marchaban acompañando a uno de los misioneros unas 30 leguas tierra adentro, hacia el oeste del puerto de San Julián, dieron con uno de estos sepulcros de los indios, que contenía tres esqueletos, y otros tantos caballos muertos parados en torno de ellos.

Forma de gobierno

No es cosa sencilla poder descubrir forma alguna bien arreglada de gobierno, o de instrucción política entre estos indios; si algo hay, se limita a cierto grado de sujeción a sus caciques. La dignidad del cacicazgo es hereditaria y no electiva; y todos los hijos de un cacique tienen derecho de tomarse esa dignidad, siempre que consigan que otros indios los sigan, pero como poco les aprovecha a los que les corresponde las más de las veces la renuncian.

El cacique tiene el derecho de proteger a cuantos se acogen a él y de reconciliar u obligar a que se callen a los que no pueden avenirse, como también de aplicar la pena de muerte a los delincuentes sin que por ello se les tome en cuenta, porque en tales casos la voluntad de él es ley. Por lo general, es muy susceptible de ser cohechado y ni sus súbditos ni sus parientes se escapan de que los entregue siempre que le paguen bien la condescendencia. Obedientes a sus órdenes, los indios acampan, levantan el real, o

caminan de un lugar a otro para establecerse, cazar o hacer la guerra. Con frecuencia los llama a su toldo y les larga un discurso sobre lo que conviene hacer, las exigencias de las circunstancias, los perjuicios que han sufrido, las medidas que se deben tomar, etc. En estas arengas siempre ensalza sus propias hazañas y méritos personales. Si acaso es orador, le vale la estimación de todos, y cuando un cacique carece de este don, se busca un orador que lo substituya. Cuando el caso es importante, especialmente si es de la guerra que se trata, llama a consejo a los principales indios y hechiceros, y con éstos consulta acerca de las medidas que conviene tomar para poderse defender o atacar a sus enemigos.

En la guerra

En una guerra general, si varias naciones hacen alianza contra un enemigo común, eligen un Apo o general en jefe que será el de más edad o el más prestigioso de los caciques. Este puesto honorífico, no obstante ser electivo, desde hace muchos años se ha vuelto más bien hereditario entre los indios del sur, y la familia de Cangapol: éste encabeza a los tehuelches, chechehets, huilliches, pehuenches y dihuihets, cada vez que tienen ocasión de reunir sus fuerzas. La costumbre es que asienten su real a unas 30 o 40 leguas del país de los enemigos, con el objeto de no ser sentidos, y desde allí desprenden bomberos que salen a registrar los lugares que han de ser atacado,: éstos se ocultan de día, pero de noche salen de sus escondites y examinan con toda prolijidad cada casa y estancia de los pueblitos poco concentrados que piensan atacar, para poder así dar cuenta de su ubicación, el número de sus habitantes y los recursos de que disponen para defenderse. Habiéndose enterado bien de todo, pasan a comunicar sus informes al cuerpo de ejército, que espera hasta el plenilunio para llevar a cabo el asalto, porque no les falte luz para su intentona. Al acercarse al punto a que se dirigen se reparten en pequeñas partidas y a cada una de éstas se le señala la casa o estancia que ha de atacar. Poco después de la medianoche dan el asalto, matan a todo hombre que se resista y se llevan las mujeres y niños de esclavos. Las indias siguen a sus maridos y cargan macanas, boleadoras y a veces sables; pillan y saquean cuanto encuentran en las casas que pueden servirles de algo, como, por ejemplo, ropa, útiles caseros, etc. Así cargados de botín apuran la retirada, sin descansar de día ni de noche, mientras no se ponen a gran distancia y fuera del alcance de los enemigos; a veces no paran antes de

las 100 leguas del lugar en que dieron el malón. Aquí hacen alto y se reparten el botín, lo que rara vez se efectúa sin algún gran disgusto entre ellos y éste no pocas veces acaba en pelea y derramamiento de sangre.

En otras ocasiones hacen una especie de guerra volante, con poca gente, en número como de cincuenta a cien. En este caso se abstienen de atacar todo un pueblito, y sólo asaltan casas y estancias aisladas, haciéndolo muy a la ligera y retirándose con toda precipitación.

No pagan impuestos

Los caciques, empero, no pueden sacar impuestos ni cosa alguna a sus vasallos, ni los pueden obligar a que les sirvan sin paga; por lo contrario, tienen obligación de tratarlos bien y con suavidad, y muchas veces atender a sus necesidades, porque si no van a buscar la protección de algún otro cacique. A esto se debe que muchos de los elmen, o sea los que son caciques de nacimiento, renuncian a tener vasallos, porque salen caros, y no les resulta de provecho alguno. Ningún indio, ni grupo de indios, puede existir sin invocar la protección de tal o cual cacique, según lo dispone el derecho internacional de ellos, y si alguno lo pretendiere, de seguro que perdería la vida, o lo harían esclavo en seguida de ser descubierto.

En el caso de alguna lesión, no obstante la autoridad que reviste el cacique, el agraviado suele tratar de buscar su remedio lo mejor que puede. El único castigo o desagravio que conocen es el de pagar, o de compensar el daño o perjuicio ocasionado con algo que sea de valor en la estimación de ellos (porque dinero no conocen): el único castigo que se acostumbra es la pena de muerte. Sin embargo, cuando la ofensa es leve, y el ofensor pobre, el ofendido suele azotarlo en el lomo y costillas con las boleadoras. Si el agresor es demasiado poderoso no le dicen nada, a no ser que el cacique intervenga y le obligue a satisfacer al agraviado.

En las guerras entre sí y con los españoles también, la causa de origen, las más de las veces, es algún agravio que se empeñan en vengar; pero otras veces ella nace de la falta de bastimento o de la propensión al pillaje.

Guerra contra los españoles

Aunque las diferentes naciones se hallan en continua guerra entre sí, no por eso dejan de unirse para dar contra los españoles, caso en el cual eligen un Apo o capitán general que los mande: otras veces cada nación hace la guerra por cuenta propia. En las guerras con los españoles de Buenos Aires, los moluches entran como auxiliadores y los jefes se eligen de entre los puelches, porque son más baqueanos de la tierra. Por igual razón en las guerras con los españoles de Chile, los jefes se eligen entre los moluches.

Matrimonios

Los casamientos se efectúan por compraventa, como que el marido compra su mujer a los parientes más cercanos y no pocas veces a precio bien subido en abalorios, cascabeles, ropa, caballos, u otra cosa que entre ellos tenga valor. Muchas veces tratan por sus mujeres y hasta pagan parte del precio siendo éstas aún de tierna edad, y años antes de ser casaderas. A todo indio le es lícito tener tantas mujeres como pueda él comprar o sostener. Las viudas y las huérfanas disponen de sus personas, y pueden elegir marido a su antojo; las demás tienen que conformarse a la venta, aun citando se contraríen sus inclinaciones, porque de lo contrario las llevan a la fuerza y no tienen más remedio que someterse. Rara vez acontece que el indio tenga más de una mujer aunque algunos se han extendido hasta dos o tres en un solo tiempo y en especial los elmens, los yas o caciques. La razón de esto es que no abundan las mujeres, y las que hay son tan caras que muchos viven solteros.

Los casamientos se efectúan casi sin ceremonia alguna; los padres llevan a la novia a casa del novio y se la entregan; de no, él va y se la trae de casa de los padres de ella como cosa suya propia; algunas veces, ella, sin más ni más se muda de casa segura como está de ser bien acogida. Al día siguiente la visitan los parientes antes de la hora de levantarse, y si la hallan en cama con el novio queda consumado el matrimonio. Sucede, empero, que como muchos de estos casamientos se hacen contrariando la voluntad de la mujer, llegan con frecuencia a fracasar. Cuando la mujer persiste en su resistencia acaba el marido por aburrirse y entonces la arroja de su casa, o la vende al individuo dueño de la inclinación de ella: rara vez le pega o la maltrata. En otros casos la mujer abandona al marido y se va con su amante; éste, si pue-

de más, o es de rango superior al marido, le obliga a que se conforme con la afrenta y con la pérdida de la mujer, esto si algún amigo aun más poderoso no obliga al enamorado a restituir la prenda o a entrar en arreglos: por lo general, en estas cosas son muy avenidos.

Situación de las mujeres

Las mujeres, una vez que aceptan al marido, son fieles y laboriosas. La verdad es que sus vidas no pasan de ser el desempeño de labor sin tregua, porque aparte de tener que criar y cuidar a sus hijos, tienen que someterse a toda clase de servicios; en una palabra, todo lo hace, no siendo cazar y pelear, y hasta en lo segundo suelen también tomar parte. Todo el cuidado de la casa está a cargo de las mujeres: ellas acarrean la leña, el agua, cocinan, hacen, componen y barren los toldos, soban y cosen los cueros y también las pieles menudas de que fabrican sus mantas o carapas, e hila y tejen ponchos o macuns. Cuando viajan son las mujeres quienes levantan todo, hasta los palos de los toldos, y son ellas la que tiene que plantar y volverlos a arrancar cada vez que se ofrezca hacerlo: ellas cargan, descargan y disponen las cargas, aprietan las cinchas de las monturas y le llevan adelante la lanza del marido. No hay disculpa que les valga ni de enfermedad ni de preñez, para excusarse de la tarea que les corresponde, y con tanta dureza se les obliga a cumplir sus deberes, que los maridos no las pueden ayudar en caso alguno, por muy afligidas que se vean, sin incurrir en la peor de las ignominias. A mujeres principales, o a las parientas de los caciques se les permite que tengan esclavas, que toman sobre sí la parte más pesada de las tareas domésticas, pero si sucede que no las tienen a ellas también corresponde la misma tarea que a las demás.

Los maridos

Al hombre le toca proveer la comida, que por lo general es carne de caballo, avestruces, guanacos, liebres, jabalíes, armadillos, antas, etc., o lo que sea que la tierra proporcione. También le entrega a la mujer los cueros para el toldo y para la ropa; pero les compran ropa o mantas de telas europeas, que les venden los españoles, también aros de metal amarillo, cascabeles y cuentas grandes de color azul celeste, que son las que ellas prefieren. Las he visto trocar un poncho u manto, de las pieles de sus zorrinos, que son tan suaves y lindos como el armiño y de un valor de

cinco hasta siete pesos cada uno, por cuatro sartas de estas cuentas que valdrán unos ocho centavos (cuatro peniques). Los moluches tienen sus majadas de ovejas por el interés de la lana, y siembran un poco de maíz; los puelches, empero, no cuentan más que con el producido de la caza, para la cual mantienen un número crecido de perros, a que ellos dan el nombre de tehua.

Aunque los casamientos se hacen por antojo, sin embargo una vez que los esposos se avienen y procrean hijos, rara vez se separan, ni aunque lleguen a una edad avanzadísima. El marido defiende a su mujer de todo peligro y siempre toma la parte de ella, tenga o no razón, de lo que no pocas veces resultan peleas y derramamiento de sangre; mas esto no quita que allá, cuando están a solas, no la reprenda por haberle ocasionado estas disputas. Rara vez le pega, y si la sorprenden en amores ilícitos, la culpa la echa toda al amante, a quien castiga con mucha severidad, a no ser que compense la afrenta con algún valioso regalo. La delicadeza de ellos es tan corta a este respecto, que con frecuencia, y por orden de los hechiceros, envían a sus mujeres a la selva para entregarse al primero que encuentran; a tal grado llevan su obediencia supersticiosa. Hay, empero, algunas mujeres en, quienes la modestia triunfa de la obediencia, hasta negarse a complacer en esto ni a los maridos ni a los hechiceros.

Hijos

A los hijos los crían consintiéndoles todos sus caprichos. Los tehuelches o patagones del sur, son los que más yerran por este lado, y se ve a los viejos dejarse llevar de un lado a otro y cambiar incesantemente de morada, para satisfacer los antojos de sus hijos. El siguiente caso podría servir para darnos a conocer hasta qué extremo de insensatez los conduce este cariño. Si un indio, aunque sea cacique, se propone mudar de paradero con familia y todo, en ocasión de estar viviendo en medio de gente de otra tribu, que no lo quiere dejar salir, suelen éstos robarle uno de sus hijos, y hacen ver que tanto lo quieren que no se pueden desprender de él: así satisfacen al padre, y éste consiente en quedarse; entonces recién le devuelven el hijo, y el padre, lejos de resentirse por lo que le han hecho, se da por muy complacido de que su hijo se haya hecho querer a tal extremo.

La viuda de un cacique Tehuel, cuyo marido había sido muerto a traición por los españoles en plena paz, estaba resuelta a dejar el pueblo y a los misioneros; no había ruegos ni empeños que valie-

ran para calmarla en tan triste caso. Tenía ella un chico como de seis años de edad, que quería mucho a los misioneros porque le regalaban pan, pasas de higo y de uva, etc.; cuando llegó a saber que la madre se preparaba a llevárselo, no quiso permitir que lo vistiesen para el viaje, sino más bien insistió en que lo llevasen a casa de los padres. La madre, impresionada con la aflicción del niño, convino en quedarse donde estaba y poco tiempo después se hizo cristiana.

Trajes y abrigos

El traje de estos indios es de lo más curioso. Los hombres no se tapan la cabeza con gorro, sino que se atan la cabellera hacia atrás, con las puntas para arriba, envolviéndola con muchas vueltas de una vincha de tela de lana teñida y curiosamente tejida. En sus toldos visten un manto de pieles cosidas, siendo los menos preciados los que se hacen de cuero de potrillos y potrancas: los mantos que se fabrican con las pieles de un animalito hediondo, parecido a nuestros zorrinos, que ellos apellidan yaguane, son más estimados que estos otros. Esta salvajina es de color negro retinto, con dos fajas blancas y grandes, una a cada lado de las costillas, cuyo pelo es muy suave y fino.

La piel del coipu o nutria es considerada como de igual valor con la del yaguane o maikel. La cabeza, boca y dientes de este animalejo se parecen mucho a los del conejo; su pelo es fino y largo, e igual al del castor: sus cuevas, que son de uno o de dos pisos, las cavan en los bordes de los ríos, y su alimento es el pescado. La cola es larga, redonda y de mayor a menor, parecida a la de una rata, y la carne es buena para comer.

Más estimados aún que los antedichos son los mantos fabricados de las pieles de guanacos, porque son de más abrigo, su lana es más fina, y más su duración; pero los que tienen valor sobre todos los demás son los de pieles de zorros pequeños, por ser tan bellos y tan suaves; son de un gris a motitas de otros pelos y con un tinte rojizo, mas no tienen la duración de los de guanaco.

También fabrican o tejen (pero no los tehuelches ni los chechehets) unos hermosos mantos de hilos de lana, teñidos con mucho arte y de diversos colores; y cuando con ellos se envuelven el cuerpo les alcanzan desde los hombros hasta las pantorrillas; con otro de la misma clase se envuelven la cintura, y a más de esto, un pequeño delantal triangular que les sirve de calzones: dos de las puntas se las atan por la cintura y la tercera la pasan por las

entrepiernas, asegurándola en la parte trasera. También se fabrican mantos de telas rojas, como por ejemplo de bayeta, etc., que compran a los españoles, de quienes se proveen a la vez de sombreros que les gusta ponerse cuando andan a caballo. Se engalan con cuentas celestes, de las que una o dos sartas se ponen en el cuello y en las muñecas. Suelen también embijarse la cara, a veces de negro a veces de rojo, con lo que se ponen feos, horrorosos, aunque para ellos sea el colmo de la belleza.

Cuando andan a caballo, en vez del susodicho manto, usan, otro adornado con gran copia de figuras; éste tiene un tajo en el medio por el que pasan la cabeza, y el tal manto les cae hasta las rodillas, cuando no hasta los pies. Tanto los hombres cuanto las mujeres usan una especie de botas o medias, fabricadas del cuero de muslo y pierna de yeguas y potrillos, bien descarnado de toda grasa o nervio interior, que después de oreado ablandan con gordura, lo suavizan a fuerza de sobarlo, y en seguida se lo calzan sin costura y sin darle forma.

Armas

Sus armas defensivas consisten en un casco en forma de sombrero con ala ancha, de cuero de toro doblado y cosido, y de una cota de malla, que consta de una ancha túnica en forma de camisa, y que como tal se la ponen, con sus mangas angostas y cortas, que hacen de tres o cuatro dobleces de cuero de anta: son muy pesadas, ni flechas ni lanzas las traspasan y hasta se dice que ni las balas tampoco.

Sus armas ofensivas son: un arco corto y flechas con punta de hueso. Los tehuelches y los huilliches a veces envenenan las punta con cierto veneno que mata, pero tan paulatinamente, que el herido sigue penando por dos o tres meses, hasta que, hecho un esqueleto, acaba por morirse. También cargan una lanza de cuatro o cinco yardas de largo, que hacen de una caña sólida que crece cerca de la cordillera, con muchos nudos, a cuatro o cinco pulgadas unos de otros, y a éstas le ponen punta de hierro. No les faltan espadas si tiene la suerte de conseguirla de los españoles; mas éstas son, por lo general, bastante escasas.

Otro género de armas, especial de esta nación, son una bolas, o piedras redondas y grandes, que reducen a esta forma a fuerza de golpearlas una con otra hasta dejarlas de unas cuatro pulgadas de diámetro. Por lo general son cantos rodados, mas he visto algunas traídas de tierra adentro fabricadas de una especie de metal,

parecido a cobre fino y liviano, otras se hacen de una especie de metal de hierro.

Estas bolas son de dos o tres formas: la que más se usa en la guerra es la bola redonda, como de una libra de peso, de la que se desprende un cordel de tiento o nervio; con ella le levantan la tapa de los sesos al enemigo; o de no, la arrojan con cuerda y todo.

Otra moda de bolas también hay, que se usa indistintamente para la guerra o para la caza: ésta consta de dos bolas, cubiertas con cuero como las anteriores y aseguradas a una y otra punta de un cordel que mide 3 o 4 yardas de largo. Toman una de éstas con la mano, haciendo así girar la otra tres o cuatro veces por encima de la cabeza, y en seguida las largan y con ellas trampean ya sea al hombre o al animal. Tan diestros son en el tirar, que a veces lo enredan al jinete con su caballo; también las arrojan con tanta habilidad, cuando salen a cazar, que la cuerda se enreda en el cogote de la presa, y las bolas caen de tal suerte que queda como maneada, en seguida se enreda y cae la presa en manos del cazador.

Otras veces, sobre todo si se trata de una cacería, emplean dos bolas de menor tamaño que aseguran al cordel que une a las dos mayores por medio de dos cuerdas; porque así entrampan mejor a la presa. Si la corrida es de avestruces, venados o guanacos, usan boleadoras más pequeñas que las ya descriptas y son de mármol bien pulidas y aseguradas con cuerda de tendones.

Las mujeres no usan tocados de ninguna especie en la cabeza; sino que se arreglan la cabellera en dos largas trenzas, y las dejan caer sueltas una de cada lado. Se ponen aros o zarcillos de planchas de bronce cuadradas, como de dos a tres pulgadas de ancho y otras tantas de alto, con una pieza del mismo metal bien martillado, como para que no les corte las orejas, ya por demás abiertas. Acostumbran llevar sartas de cuentas azul-celeste en el cuello, brazos y tobillos.

Visten los mismos mantos que los hombres, aunque se envuelven el cuello con una de las puntas, y la prenden delante con un pincho o alfiler de latón, lo recogen en torno de la cintura y lo dejan caer hasta los tobillos. Usan también un delantal corto, que se atan a la cintura por debajo del manto, y así quedan cubiertas en la parte delantera, hasta algo más abajo de la rodilla. Esta pieza es tejida con hilos teñidos de colores diversos en lista de arriba abajo. Cuando andan a caballo se ponen un sombrero de paja de figura ancha, baja y cónica, parecido a los que atribuyen a los chinos; y sus botas se parecen a las que gastan los hombres.

LOUIS ANTOINE DE BOUGAINVILLE

UNA NOCHE ENTRE PATAGONES

Marino francés (1729-1811) autor del Viaje alrededor del mundo por la fragata del rey "La Boudeuse" y la fusta "La Estrella" en 1767, 1768 y 1769 *(París, 1771). Los patagones se ven con exactitud en los detalles de contextura, cabellos, pinturas, las armas –las boleadoras–, las pieles para su vestimenta o fabricación de ranchos, los perros y caballos, su alimentación de vicuñas y guanacos, con un lenguaje dulce "y nada descubre en ellos carácter feroz".*

Tensión

EN CONSECUENCIA cuando M. De la Giraudais, comandante de "La Estrella", hubo acabado de hacer madera en la bahía del Hambre, se ocupó de la ejecución de este proyecto antes de dejar el Estrecho de Magallanes. A este efecto fondeó en el cabo Gregorio, en cuyos alrededores estaban acampados los patagones. Monsieur De Saint-Simon se trasladó a tierra con la chalupa y la canoa. Los patagones se hallaron al desembarco, en número de veinte, todos a caballo. Testimoniaron mucha alegría y cantaron a su modo; hubo que acompañarles a su rancho. Aparecieron entonces unos ciento cincuenta, que vinieron a reunirse a los otros; este gran número no asustó a nuestros hombres, porque había en la banda muchas mujeres y niños. Monsieur De Saint-Simon juzgó que, para contentar esta multitud, era preciso enviar la chalupa al barco a buscar una mayor cantidad de presentes que la que había llevado, y por precaución pidió a M. De la Giraudais un refuerzo de hombres armados. Tardando en volver la chalupa, envió a la canoa para acelerar la expedición, y en la imposibilidad de abandonar la negociación, por el interés que parecían tomar en ella los salvajes, M. De Saint-Simon quedó en tierra con franceses armados, en número de diez. Entretanto, jinetes de todas edades descendían de todos lados y venían a engrosar la tropa, cuyo número aumentó hasta unos ochocientos. La situación entonces pareció realmente crítica; caía el día; no había noticias de a bordo; una racha de viento, más sensible en alta mar que en tierra, había retenido a la chalupa y a la canoa, y nuestro pelotón de franceses, rodeado por los salvajes y prisionero en medio de una multitud de hombres bien montados, bien armados y que parecían observar entre

sí una especie de disciplina, hizo inútilmente todos sus esfuerzos para dar a entender que deseaba tener un rancho particular y dejar las negociaciones para el día siguiente; de ningún modo quisieron consentir los patagones, sea por amistad, sea por desconfianza. Fue preciso resolverse a pasar la noche con una docena de ellos; los otros se retiraron a su campo.

Susto francés

Esta noche, pasada sin pegar el ojo y sin víveres, a orillas del mar, pareció muy larga a los franceses. ¡Pero, cuál sería su embarazo, cuando al amanecer vieron que el navío se había alejado cerca de legua y media, por la violencia del viento que soplaba tempestuoso! Era todavía un día más, por lo menos, que pasar con estos patagones, y que volvieron en familia como la víspera. Sin embargo, dejaron una especie de libertad a nuestras gentes, algunos de los cuales se vieron obligados a ir a buscar mejillones a la orilla del mar. Los salvajes que se apercibieron de ello, les trajeron algunos pedazos de carne de vicuña casi crudos, que parecieron excelentes. Al aproximarse la noche, los jefes parecieron exigir que se les siguiese a su campo; pero viendo que rehusaban seguirles, dieron orden a la multitud de retirarse, y quedaron cien hombres para guardar once.

Los franceses celebraron consejo, conformándose con la opinión de Saint-Simon, habituado a las costumbres de tales naciones. No les ocultó que, estando sin defensa, el menor movimiento mal interpretado podía serles funesto, y que era preciso mostrar sangre fría y tranquilidad. Se arreglaron, pues, cerca de este destacamento de salvajes para pasar una segunda noche. No durmieron; uno de los jefes, que parecía ser el protector de los franceses, y que había ya recibido pipas y tabaco, hizo el gesto de la conversación y las ceremonias de la hospitalidad; la pipa pasó de boca en boca; se cantó, sin ganas de nuestra parte, y se comió médula de guanaco, que parecía ser uno de sus platos favoritos. Un instante pareció embrollarse todo por el mal humor de un jefe, cuya fisonomía era siniestra, y que llevó aparte al jefe nuestro protector. Hablaba con tono de furor; la espuma salía de su boca, y sus gestos indicaban que relataba combates desventurados que sus compatriotas habían tenido contra hombres portadores de armas de fuego. Las lágrimas que hizo correr su relato, confirmaron esta interpretación. Monsieur De Saint-Simon habló a los suyos y dispuso todo para resistir como se pudiese en

caso de ataque, sin dar por estas disposiciones sospechas a los patagones, a los que trató de hacer comprender, afectando un aire determinado, que estaba sorprendido de sus disputas y de sus lágrimas; que los que había llevado con él eran amigos de su nación, y más dispuestos a la amistad que a hacerles injurias; que les mirasen como hermanos, y que llegasen a contraer alianza con ellos. El estilo de esta arenga por gestos no hubiera podido producir todo su efecto, si el día no hubiese al fin restablecido la calma, disipando las recíprocas inquietudes. El tiempo se había tornado más sereno, y se vio volver a la canoa con los presentes tan largo tiempo esperados. Se les puso en manos de los jefes: hubiese sido imposible distribuirlos por familias, a causa del gran número. Los hombres que se habían retirado la víspera, se aproximaron con sus mujeres y sus hijos y formaron una multitud de jinetes alrededor de los franceses y los trataron con muestras de amistad. En este momento interesante M. De Saint-Simon contrajo la alianza con ellos, presentándoles el pabellón del Rey, que aceptaron con gritos de alegría y cánticos. Se les hizo entender que al cabo de un año volveríamos de nuevo a verles. Ofrecieron a M. De Saint-Simon caballos, que no pudo aceptar por haberse perdido la chalupa de "La Estrella" en la racha de viento de los días precedentes, y se separaron con muestras de la mejor inteligencia.

Descripción de los patagones

Parece atestiguado, por la relación unánime de los franceses, que tuvieron demasiado tiempo de hacer observaciones sobre este pueblo célebre, que es en general de la más alta estatura y de la complexión más robusta que se conozca entre los hombres. Ninguno tenía menos de cinco pies y cinco a seis pulgadas; varios tenían seis pies. Sus mujeres son casi blancas y de rostro bastante agradable. Algunos de los nuestros que se aventuraron a ir hasta su campo, vieron viejos que tenían aún en su semblante las apariencias del vigor y de la salud. Entre los jefes, una parte estaban armados de sables muy grandes proporcionados a su talla; varios llevaban anchos cuchillos de forma de puñales; otros, mazas de piedra semejante al granito y pendiendo de una trenza de cuero que parece ser de caballo. Las palabras que los nuestros les han oído pronunciar más frecuentemente, y que han podido retener, son: *chaua*, gritos de alegría, *didu*, *ahi*, *ohi*; *chuen*, *ke*, *kâlle*, *mehuan*, cuatro palabras que forman un canto rítmico; *nati*, con *pito*, estas últimas parecían significar pipas y el tabaco para

fumar o para masticar. Referiré en su lugar lo que yo he visto en esta misma nación, cuando la encontré al atravesar el Estrecho de Magallanes.

Vistos de lejos

Esta mañana, los patagones, que toda la noche habían sostenido hogueras al fondo de la bahía de Posesión, enarbolaron una bandera blanca desde una eminencia; respondimos izando la de los navíos. Estos patagones eran, sin duda, los que "La Estrella" vio en el mes de junio de 1766 en la bahía Boucault, como hemos referido anteriormente, y la bandera que enarbolaron era la que les fue dada por M. Denys de Saint-Simon en señal de alianza. El cuidado con que la han conservado anuncia hombres dulces, fieles a su palabra o, al menos, reconocidos a los presentes que se les ha hecho.

Divisamos también muy distintamente, cuando estuvimos en la gola, una veintena de hombres en la Tierra del Fuego. Estaban cubiertos de pieles e iban a todo correr a lo largo de la costa, siguiendo nuestra ruta. Parecían de vez en cuando hacernos señas con la mano, como si deseasen que fuésemos a ellos. Según la relación de los españoles, la nación que habita esta parte de la Tierra del Fuego carece de las costumbres crueles de la mayor parte de los salvajes.

Acogieron con mucha humanidad a la tripulación del navío "Concepción", que se perdió en sus costas en 1765. Hasta le ayudaron a salvar una parte de las mercancías de su cargamento y a levantar cobertizos para ponerlas al abrigo. Los españoles construyeron con los restos de sus navíos una barca, en la cual se fueron a Buenos Aires. El chambekin el "Andaluz" se disponía a conducir misioneros a estos indios cuando nosotros salíamos del Río de la Plata. Una gran parte de panes de cera, procedentes del cargamento de este navío, han sido arrastrados por las corrientes hasta la costa de las Malvinas, donde se los encontró en 1766.

Vistos de cerca

En cuanto hubimos anclado hice echar al mar una de mis canoas y una de "La Estrella". Nos embarcamos en ella diez oficiales, armados cada uno con nuestros fusiles, y fuimos a desembarcar al fondo de la bahía con la precaución de tener nuestras canoas a flote y las tripulaciones dentro. Apenas habíamos puesto pie en tierra, cuando vimos venir hacia nosotros seis americanos a caba-

llo y a todo galope. Bajaron de sus caballos a cincuenta pasos y en el acto corrieron hacia nosotros gritando: *¡Chaua!* Reuniéndosenos, nos tendían las manos y las apoyaban contra las nuestras... Nos estrechaban después en sus brazos, repitiendo a grito pelado: *¡Chaua, chaua!*, que nosotros repetíamos como ellos. Estas buenas gentes parecieron muy contentas de nuestra llegada. Dos de los suyos, que temblaban al acercarse, se tranquilizaron a poco. Después de muchas caricias recíprocas, hicimos traer de nuestras canoas galletas y un poco de pan tierno, que les distribuimos y que comieron con avidez. A cada instante aumentaba su número y bien pronto se reunió una treintena, entre los cuales había algunos jóvenes y un niño de ocho a diez años. Todos vinieron a nosotros con confianza y nos hicieron las mismas caricias que los primeros. No parecían sorprendidos de vernos e imitaban con la voz el ruido de nuestros fusiles: nos hacían entender que estas armas les eran conocidas. Parecían atentos a hacer lo que pudiese gustarnos. Monsieur De Commerçon y alguno de nosotros nos ocupábamos en recoger plantas; varios patagones se pusieron también a buscarlas, y traían las especies que nos veían coger. Uno de ellos, viendo al caballero Du Bouchage en esta ocupación, vino a enseñarle un ojo, en el que tenía un mal muy aparente, y a preguntarle por señas que le indicase una planta que pudiese curarle. Tienen, pues, una idea y un uso de esta medicina que conocen los simples y los aplica a la curación de los hombres. Era la de Macaon, el médico de los dioses, y se encontrarían varios Macaon en los salvajes del Canadá.

Cambiamos algunas bagatelas preciosas a sus ojos por pieles de guanacos y de vicuñas. Nos pidieron por signos tabaco para fumar, y el color rojo parecía encantarles; tan pronto como veían en nosotros alguna cosa de este color, le pasaban la mano por encima y testimoniaban grandes ganas de tenerla. Por lo demás, a cada cosa que se les daba, a cada caricia que se les hacía, el *chaua* comenzaba de nuevo con gritos capaces de aturdir. Se nos ocurrió hacerles beber aguardiente, no dejándoles tomar más que un sorbo a cada uno. En cuanto lo tragaban, se golpeaban con la mano en la garganta y lanzaban soplando un sonido trémulo e inarticulado que terminaba por un ruido con los labios. Todos hicieron la misma ceremonia, que nos proporcionó un espectáculo bastante extraño.

Entretanto, el sol estaba próximo a ponerse y era tiempo de pensar en volver a bordo. En cuanto vieron que nos disponíamos

a ello, parecieron enfadados, y nos hacían señales de esperar y de que iban a venir todavía más de los suyos. Les hicimos entender que volveríamos al día siguiente y que llevaríamos lo que deseasen; nos pareció que hubiesen preferido que durmiésemos en tierra. Cuando vieron que partíamos, nos acompañaron a la orilla del mar; un patagón cantaba durante esta marcha. Algunos se metieron en el agua hasta las rodillas para seguirnos más tiempo. Llegamos a nuestras canoas; fue preciso tener ojo atento. Cogían todo lo que caía bajo sus manos. Uno de ellos se había apoderado de una hoz; nos dimos cuenta y la devolvió sin resistencia. Antes de alejarnos vimos todavía aumentar su tropa con otros que llegaban incesantemente, a rienda suelta. No dejamos, al separarnos, de entonar un *chaua* que hizo retemblar toda la costa.

Grandes espaldas

Estos americanos son los mismos que los vistos por "La Estrella" en 1766. Uno de nuestros marineros, que estaba entonces en dicha fusta, reconoció a uno que había visto en el primer viaje. Estos hombres son de hermosa talla; entre los que hemos visto, ninguno era menor de cinco pies y cinco a seis pulgadas ni mayor de cinco pies y nueve o diez pulgadas; las gentes de "La Estrella" habían visto en el viaje precedente varios de seis pies. Lo que me ha parecido ser gigantesco en ellos es su enorme anchura de espaldas, el tamaño de su cabeza y la robustez de sus miembros. Son robustos y bien nutridos; sus nervios son tensos; su carne, firme y sostenida; es el hombre que, entregado a la naturaleza y a un alimento jugoso, ha adquirido todo el crecimiento de que es susceptible; su cara no es dura ni desagradable, varios la tienen linda, es redonda y un poco aplastada; sus ojos son vivos; sus dientes, extremadamente blancos, no tendrían para París más que el defecto de ser anchos; llevan largos cabellos negros atados en la coronilla.

Los he visto que tenían bajo la nariz bigotes más largos que espesos. Su color es bronceado, como lo es, sin excepción, el de todos los americanos, tanto de los que habitan la zona tórrida como de los que nacen en las zonas templadas y glaciales. Algunos tenían las mejillas pintadas de rojo; nos ha parecido que su lengua era dulce, y nada descubre en ellos carácter feroz. No hemos visto a sus mujeres; acaso iban a venir, porque querían siempre que esperásemos, y habían hecho partir a uno de los suyos del lado de un gran fuego, cerca del cual. parecía estar su campo, a

una legua del sitio en que estábamos, mostrándonos que iba a llegar alguno.

Sus trajes

La vestimenta de estos patagones es casi la misma que la de los indios del Río de la Plata; es un simple calzón de cuero, que les cubre las partes naturales, y un gran manto de pieles de guanaco o de zorrillos, atado alrededor del cuerpo con un cinturón; baja hasta los talones y deja comúnmente caer hacia atrás la parte hecha para cubrir los hombros, de suerte que, a pesar del rigor del clima, están casi siempre desnudos de la cintura para arriba. La costumbre les ha hecho, sin duda, insensibles al frío, porque aun cuando estuviésemos aquí en verano, el termómetro de Réaumur no había todavía subido más que un solo día a 10° por encima de la congelación. Tienen una especie de botinas, de cuero de caballo, abiertas por detrás, y dos o tres tenían alrededor del tobillo un círculo de cobre de cerca de dos pulgadas de anchura. Algunos de los nuestros han notado también que dos de los más jóvenes tenían de estas cuentas con que se hacen los collares.

Errantes

Las únicas armas que les hemos visto son dos cantos rodados, atados a los dos extremos de un cordón de tripa, semejantes a los de que se sirven en toda esta parte de América, y que ya hemos descripto.

Tenían también pequeños cuchillos de hierro, cuya lámina era de un espesor de pulgada y media a dos pulgadas. Estos cuchillos, de fabricación inglesa, les habían sido dados, probablemente, por Mr. Byron. Sus caballos, pequeños y muy flacos, estaban ensillados y embridados a la manera de los habitantes de Río de la Plata. Un patagón tenía en su silla clavos dorados, estribos de madera recubiertos con una lámina de cobre y una brida de cuero trenzado; en fin, todo un arnés español. Su alimentación principal parece ser la medula y la carne de guanacos y de vicuñas. Varios tenían cuartos de ellos atados en sus caballos, y les hemos visto comer pedazos crudos. Tenían también perros pequeños y feos, los cuales, así como sus caballos, bebían agua de mar; el agua dulce era muy rara en esta costa y lo mismo en el interior.

Ninguno de ellos parecía tener superioridad sobre los demás, ni siquiera testimoniaron ninguna especie de deferencia para

dos o tres viejos que estaban en esta banda. Es muy notable que varios nos han dicho las palabras españolas siguientes: *mañana*, *muchacho*, *buen chico*, *capitán*. Creo que esta nación lleva la misma vida que los tártaros. Errantes en las llanuras inmensas de América meridional, sin cesar a caballo, hombres, mujeres y niños, siguiendo la caza o los animales de que estas llanuras están cubiertas, vistiéndose y haciendo cabañas con pieles, tiene aún, probablemente, esta semejanza con los tártaros, que van a pillar las caravanas de los viajeros. Terminaré este artículo diciendo que hemos encontrado después en el mar Pacífico una nación de talla más elevada que la de los patagones.

IGNACIO PINUER

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES

Marino que preparó una Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios, al sur de Valdivia, e incógnita hasta el presente *(1774), construida con base a testigos que la vieron y otros que oyeron detalles de la misma, llamada Encantada o de los Césares.*

La corte española le negó derechos para organizar una expedición en su busca. Pero en sus páginas habla de esa quimérica población al pie de la Cordillera, situada en una península de gran magnitud con una laguna profunda abundante de peces, defendida con artillería y amurallada.

EN AQUEL general alzamiento, en que fueron, (según antiguas noticias), perdidas o desoladas siete ciudades, la de Osorno, una de las más principales y famosas de aquellos tiempos, no fue jamás rendida por los indios; porque aunque es cierto, que la noche en que fueron atacadas todas, según estaba dispuesto, le acometieron innumerables indios con ferocidad, hallaron mucha resistencia en aquellos valerosos españoles, que llevaron el premio de su atrevida osadía, quedando bastantes muertos en el ataque, con poca pérdida de los nuestros. Pero sin embargo determinaron los indios sitiar la ciudad, robando cuanto ganado había en los contornos de ella, y frecuentando sus asaltos, en los que siempre quedaron con la peor parte. Pero, pasados seis o más meses, consiguieron por medio del hambre ponerlos en la última necesidad; tanto que por no rendirse, llegaron a comerse unos a otros; y noticiosos los indios de este aprieto, los contemplaron caídos de ánimo, por lo que resolvieron atacarlos con la ayuda de los que acababan de llegar victoriosos de esta plaza; y en efecto, hicieron el último esfuerzo, embistiéndola con tanta fiereza que fue asombro. Pero el valor de los españoles, con el auxilio de Dios, logró vencerlos, matando cuantos osaron subir por los muros, donde pelearon las mujeres con igual nobleza de ánimo que los hombres; y aunque vencidos los indios, siempre permanecieron a la vista de la ciudad, juzgando que precisamente los había de rendir el hambre, como tan cruel enemigo. Pero los españoles, cada vez con más espíritu, se abastecieron de cadáveres de indios, y reforzados con aquella carne humana, y desesperados ya de otro recurso, determinaron abandonar la ciudad, y ganar una

península fuerte por naturaleza que distaba pocas leguas al sur, (cuyo número fijo no he podido averiguar, pero sé que son pocas) en donde tenían sus haciendas varias personas de la misma Osorno, de muchas vacas, carneros, granos, etc. Salieron con sus familias, y lo más precioso que pudieron cargar; con las armas en las manos, marcharon defendiéndose de sus enemigos, y sin mayor daño llegaron a la península, la que procuraron reforzarla, y después de algunos días de descanso, hicieron una salida, y vengaron en los enemigos su agravio pues dejaron el campo cubierto de cadáveres, volviendo a la isla no sólo con porción de ganado, sino con cuanto los indios poseían, y continuaron fortaleciéndola.

Consta la magnitud de esta península, según la explicación de los indios, como de 30 leguas de longitud y de 6 a 8 de latitud. Su situación está en una hermosa laguna, que tiene su principio en el volcán de Osorno, y a quien igualmente da agua otro volcán, que llaman de Guancqué; pues aunque éste está distante del otro, por el pie de la Cordillera se desata en un río pequeño que camina hacia el sur, se incorpora en esta laguna, con cuyo socorro se hace formidable. Ella está al pie de la Cordillera, y dista del volcán de Osorno de 7 a 8 leguas poco más menos; y es madre del río Bueno. Es tan grande, que ninguno de los indios da noticia de su término; es profunda, y muy abundante de peces: en ella tienen los españoles muchas canoas para el ejercicio de la pesca, y para la comunicación de tres islas más pequeñas, que hay en medio de dicha laguna o mar, como los indios le llaman. Ésta no abraza el contorno de la isla, si solo la mayor parte de ella, sirviéndole de total muro, un lod azal tan grande y profundo, de tal manera que un perro (como los indios se explican) que intenta pasarlo, no es capaz de desprenderse de él. Tampoco este lodazal hace total círculo a la isla; pues por el principal extremo, que es norte hay de tierra firme entre la laguna y el pantano hasta 20 y más cuadras (según dicen los indios), y es la entrada de esta grande población o ciudad, siendo la parte por donde se halla fortificada de un profundo foso de agua, y de un antemural rebellin; y últimamente de una muralla de piedra, pero baja. El foso tiene puente levadizo entre uno y otro muro: grandes y fuertes puertas; y un baluarte, donde hacen centinela los soldados. Según los indios, el puente se levanta todas las noches.

Las armas que usan son, lanzas, espadas y puñales, pero no he podido averiguar si son de fierro. Para defensa de la ciudad tienen artillería, lo que se sabe fijamente, porque a tiempos del año

la disparan: no tienen fusiles, para su personal defensa usan coletos. También usan otras armas, que los indios llaman laques, y son dos piedras amarradas cada una en el extremo de un látigo, en cuyo manejo son diestrísimos, y por esto muy temidos de los indios.

La forma o construcción que tiene la ciudad no he podido indagarlo, porque dicen los indios, que nunca les permiten entrar, pero que las más de las casas son de pared y teja, las que se ven de afuera por su magnitud y grandeza.

Ignoro igualmente el comercio interior, y si usan la moneda o no; pero para el menage y adorno de sus casas, acostumbran plata labrada en abundancia. No tienen añil ni abalorios, por cuyo motivo dicen los indios que son pobres. Hacen también el comercio de ganados de que tienen grandísimas tropas fuera de la isla, al cuidado de mayordomos, y aun de los mismos indios. Ponderando estos la grandeza de que usan, dicen que sólo se sientan en sus casas en asientos de oro y plata (expresión de los españoles que salen fuera). También han tenido comercio de sal, esto es, hasta ahora poco la han comprado a los peguenches, que por aquella parte a menudo pasan la cordillera, y son muy amigos de éstos; como así mismo lo han tenido con los indios nuestros, que llamamos guilliches, pero ya les ha dado Dios con abundancia un cerro, y proveen a sus indios comarcanos.

Según exponen los indios, usan sombrero, chupa larga, camisa, calzones bombachos y zapatos muy grandes. Los que andan entre los indios regularmente están vestidos de coletos, y siempre traen armas. Los indios no saben si usan capa, porque sólo los ven fuera del muro a caballo; se visten de varios colores; son blancos, barba cerrada, y por lo común de estatura más que regular. Por lo que respecta al número de ellos claro está es muy difícil saberlo, aun estando dentro de la ciudad: no por eso dejé de preguntar repetidas veces a varios indios, los que respondieron, considerase si serían muchos, cuando eran *inmortales*, pues en aquella tierra no morían los españoles.

Con este motivo me informaron de que no cabiendo ya en la isla el mucho gentío, se habían pasado muchas familias de algunos años a esta parte, al otro lado de la laguna, esto es, al este, donde han formado otra nueva ciudad. Está a las orillas de la misma laguna, frente de la capital; sírvele de muro por un lado laguna, y por el otro está rodeada de un gran foso, ignoro si es de agua, con su rebellin, y puerta fuerte y puente levadizo como la

otra. La comunicación de las dos está por el mar, por lo que tienen abundancia de embarcaciones. También tienen artillería, y el que en esta manda, está sujeto al rey de la capital. Nada puedo decir con respecto al orden interior de gobierno de aquel Rey de la capital; pero sé por varias expresiones de los indios, que es muy tirano.

JOSÉ DE GUEVARA

TRAPALANDA DE LOS PATAGONES

Religioso español (1719-1800) conocido por su Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán *(1836). En ella habla de Trapalanda, una provincia imaginaria donde se encuentra la Ciudad de los Césares, hermosa por sus construcciones y habitadas por hombres cobrizos y blancos. Una historia bien argumentada que mantiene en la imaginación iglesias y campanas al vuelo, valles sembrados, increíbles riquezas y numerosos caminos que pierden al visitante.*

TRAPALANDA es provincia al parecer imaginaria, situada hacia el Estrecho de Magallanes, o por lo menos en la región magallánica, en cuyos términos ponen algunos la Ciudad o Ciudades de Césares, por otro nombre Patagones. Desde el principio esta fábula tomó cuerpo, a pesar de hombres juiciosos, y se divulgaron particularidades que caracterizaban plausiblemente la nación. Hacíanlos cristianos de profesión, con iglesias y baptisterios, imitadores de nuestras ceremonias y costumbres.

Hacia los últimos años del siglo pasado se confirmó con la narración de uno que decía haber estado en la Ciudad de los Césares, hablado y comunicado con ellos. Hacía galana descripción de la ciudad, y la pintaba hermosa como Sevilla opulenta en plata, oro, pedrerías y otras preciosidades estimables. Los habitadores en color y modales imitan a los europeos, de quienes procedían. El autor tuvo la fortuna de, hablarles, pero con tanta desgracia suya, que sólo entendió estas cláusulas: *Nos Dios tener, Papa querer, Rey saber*: palabras fueron estas que llenaron estas provincias; que se oyeron en los reales estados, en el reinado del Sr. Carlos II, y que dieron motivo para algunas cédulas.

Los eruditos en historias discurren que serían descendientes de los españoles, que naufragaron en el Estrecho de la Armada de D. Gutiérrez de Caravajal, obispo de Placencia. Una pieza, que o por su antigüedad o por rara conservan los herederos de D. Gerónimo Luis de Cabrera, confirma este sentir. Ella es un testimonio de Pedro Oviedo y Antonio Cobo, marineros del navío náufrago de dicha Armada, moradores algún tiempo de la ciudad de los Césares, pero fugitivos de ella por no sé qué delito. Parece que la curiosidad no puede desear comprobación mas auténtica de sus discursos. Hay quien oyó las campanas: hay quien comunicó y

vio a los Césares: hay finalmente quien asistió a la fundación de la ciudad y habitó muchos años en ella.

No obstante esto, hay mucho que dudar y examinar. El rumor, primero en las historias índicas, que corrió entre los soldados de Aguirre, desmereció la aprobación de su capitán, el cual tuvo el mayor incentivo de gloria que hombre cualquiera: pues cuando los más capitanes se podían gloriar de conquistadores de indios, él podía gloriarse de conquistador de Césares. Este motivo, a la verdad poderoso, no le estimuló a la conquista, desengañado con la incompatibilidad de circunstancias que se discurrían para hacer creíble la historia. Estos Césares desde el principio se publicaron por náufragos de la armada de D. Gutiérrez de Caravajal, y en poco más de veinte años que corrieron desde el naufragio hasta la entrada de Aguirre a los comechigones, les crecieron tanto los pies, que desde entonces se llamaron *Patagones*.

A proporción fue grande su fortuna. Césares eran en el nombre, y Césares los describían en magnificencia, soberanía y riquezas: levantados de la mayor desgracia a la mayor opulencia y felicidad que pudo idear la fantasía más alegre. La significación que se daba al nombre Trapalanda no ha llegado a mi noticia: pero es creíble que se conformaría con la de Césares y Patagones. Esta explicación de nombres, habida por señas de los comechigones, fue de tan poca solidez para Aguirre, que no se sintió movido a emprender la conquista; su milicia lo llevó pesadamente o fingió que lo llevaba por antiguos sentimientos con él, y para vengarse de su capitán, le aprisionaron ignominiosamente, coloreando la acción con el motivo de haber malogrado una conquista que felicitaría la provincia.

A este fin se ponderaban mucho, y explicaban galanamente los nombres césares, patagones y trapalandistas, y como trascendían la causa de Aguirre, pasaron con el reo a la audiencia de Chuquisaca. No extrañó el integerrimo tribunal ver en prisiones al general tucumano, sino lo peregrino de la causa y la rara novedad de tantos nombres. No obstante el real senado descubrió poco fondo en las ponderaciones de los autores, y calificó prudente la resolución de Aguirre.

Entre tanto la voz del vulgo tomó alas, y de unos años en otros se dilató la fama con novedad de sucesos. Decíase que se habían oído campanas, y conjeturaron que eran de los Césares, que los Césares tenían iglesias, que las iglesias tenían torres, que las torres tenían campanas, y que las campanas se tañían para

recoger el pueblo a los sagrados misterios. Raro complejo de predicaciones para unos profetas, que hallándose en las vecindades de los Césares, no pudieron atinar con su morada.

Más afortunado fue el que en el reinado de Carlos II estuvo en Trapalanda: habló y comunicó con los Césares, y para hacer creíble la narración, historió prolijamente las circunstancias de su arribo. A los dieciséis años de su edad navegaba hacia el Estrecho de Magallanes en una armada holandesa, la cual ancoró en un río para llenar de agua las vasijas. Nuestro joven con algunos compañeros se internó tierra adentro a coger palmitos, y tuvo la desgracia de ser sorprendido por cuatro mil indios que discurrían por allí. En la desgracia de su cautiverio consistió la felicidad de pasar a los Césares, a los cuales fue presentado, y ellos agasajaron al huésped, reconociendo en él un vivo retrato de sus ascendientes. Bien es creíble que los Césares le retuvieran consigo. Mas no sucedió así, porque le dejaron ir con guías de la ciudad a la ribera, donde todavía ancoraba la armada.

La relación está circunstanciada de particularidades reparables. Los pocos años del historiador; la casualidad de internarse a recoger palmitos en el terreno que pocos años hace se ha reconocido infructífero; el acaso de ser cautivado y ser presentado a los Césares, cuyo principal desvelo, según algunas relaciones, es no permitir acceso de extranjeros a la isla, ni comunicar con nación alguna; el haber sido llevado desde los 51°, hasta los 42, en que sitúan la Ciudad de los Césares, y vuelto a encontrar a la armada demorada tanto tiempo en corrientes tan impetuosas. Circunstancias a primera faz increíbles, dignas de la crítica moderna. Ni tiene más fuerza la relación de Oviedo y Cobo, marineros: infiérense en ellas falsedades contra la fe de las historias; y es verosímil que la fingió algún ocioso, y para hacer creíble la novela, se la atribuyó a los dos marineros fugitivos de la ciudad de los Césares, publicando que la había hallado entre los papeles del licenciado Altamirano ya difunto. Mas es digno de repararse que los sobre dichos Oviedo y Cobo vivieron algunos años en la Concepción de Chile en casa del licenciado Altamirano, como consta de dicha relación: mientras vivieron, se guardó silencio tan profundo, que no se divulgó la menor noticia en el reino de Chile, ni al licenciado Altamirano se le cayó palabra de cosa tan memorable. Esperóse a que murieran los tres para hacer hablar, a los unos por relaciones archivadas, y manifestar el otro el tesoro de noticias que ocultaba entre sus papeles.

Convencidos los fundamentos opuestos, añadimos recientes noticias. El bolsón de tierra que forman el Cabo de las Vírgenes y Valdivia, Cabo Blanco y reino de Chile, está muy trasegado de los puelches, peguenches, pampas y tehuelches: con los cuales no han omitido diligencia los misioneros jesuitas de los pampas para introducir la fe a los Césares. Pero sus diligencias no han producido otro efecto que persuadirse, se hallan falsedades entronizadas sin oposición en el solio de la verdad. El padre Matías Estrovel, operario infatigable en la viña del Señor, y misionero de los pampas, en carta de 20 de noviembre de 1742 dice: "de la nación de los Césares no he podido averiguar cosa alguna". Lo mismo insinúan otros misioneros, y así me persuado, que Césares tan circunstanciados son entes imaginarios, que hizo existentes el vulgo con ficciones y novelas.

PHILIP PARKER KING Y ROBERT FITZ ROY

UNA EXPLORACIÓN INGLESA

Marinos británicos, conocidos por un Derrotero de las costas de la América meridional desde el Río de la Plata hasta la bahía de Panamá, con inclusión del Estrecho de Magallanes y de las islas Malvinas y Galápagos, *durante los años de 1826 a 1830. Dejarán una pésima impresión sobre la Patagonia por su "máxima e irremediable esterilidad". La expedición efectuada en los barcos "Adventure" y el "Beagle", tomó contacto personal con los patagones, afirmando que son atléticos y de formación robusta.*

Hombres grandes

MAGALLANES fue el primero en dar el nombre de patagones a los naturales de talla gigantesca que vio en puerto San Julián en 1520, y que llevaban envueltos los pies en cuero crudo de guanaco, a guisa de calzado. Es probable que la observación de sus pisadas en la arena originara exclamaciones de ¡qué patagones!, pues patagón significa un pie muy grande.

Los aborígenes de la Patagonia oriental constituyen una raza de hombres corpulentos y muy robustos, con cabeza y cara grandes; sin embargo tienen manos y pies relativamente pequeños, y miembros no tan musculosos ni huesudos como inducirían a suponerlo la estatura y aparente corpulencia, aparte de ser más redondos y lisos que los del hombre blanco. La tez es trigueño-rojizo subido, entre hierro oxidado y cobre limpio, tal vez más oscuro que cobre, pero no tanto como caoba viejo. Entre individuos de diversa edad pueden verse todos los tintes comprendidos entre el color ya mencionado y el de una paila de cobre. Salvo entre ancianos y enfermos, no he visto el más ligero tinte amarillo; algunas mujeres son de tez más clara, algo así como cobre pálido, pero ninguna es rubia, tal como lo entendemos nosotros.

En región alguna hallé un conjunto de hombres y mujeres cuyo promedio de estatura y corpulencia se aproxime al de los patagones. Por altos y atléticos que sean los naturales de Otahití y otras islas del océano Pacífico, se encuentran entre ellos muchos individuos delgados y de baja estatura. Los patagones parecen ser especialmente altos de hombros, debido quizá a la costumbre de cruzar los brazos sobre el pecho bajo la manta, aumentando así la altura y grosor aparentes, pues las mantas cuelgan sueltas y

casi llegan hasta el suelo. Hasta haberlos medido no podía yo creer que su estatura no fuera mucho mayor de lo que es en realidad. Muy poco pelo se deja ver en caras o cuerpos; las primeras se depilan cuidadosamente con ayuda de dos conchas, o de otra pinza cualquiera. Aun cuando no se aumentan la fealdad de las facciones perforando labios o nariz, suelen desfigurarse embadurnándose con pintura roja, negra o blanca, y haciéndose dibujos grotescos, tales como círculos alrededor de los ojos, y grandes manchas por toda la cara. En ciertas ocasiones se pintan todo el cuerpo de cintura arriba, sea con cuidadoso dibujo, sea con tosca aplicación. Calzan botas de cuero de garrón de caballo y su equipo se completa con espuelas de madera, si no las consiguen de hierro, con un juego de boleadoras y una larga lanza de bambú con punta de hierro afilada.

Las mujeres van calzadas y vestidas igual que los hombres, con el agregado de media falda, hecha de pieles cuando no de paño extranjero burdo. El cabello se limpia y divide en dos trenzas que llevan colgando a ambos lados. Los adornos de cuentas, trocitos de bronce o plata, o cualquier baratija parecida son muy apreciados y se llevan en collares o brazaletes, y a veces también como aros y ajorcas.

El toldo de estos nómades poco difiere en su forma de la carpa del gitano. Se clavan en el suelo unos postes que se unen entre sí con otros, y se recubren con pieles de animales cosidas, de modo de formar una choza inclinada irregular. Van cubiertos tres lados y el techo, pero el frente, que mira al Este, permanece abierto. Estos toldos tienen unos siete pies de alto y diez o doce de lado, y su parte posterior u occidental es varios pies más baja que el frente.

El país habitado por estos patagones es abierto y generalmente llano, salvo uno que otro cerro y algunas alturas extensas de nivel uniforme (estepas). Hay muy pocos árboles y el agua es escasa. La vista se pierde en una extensión que al parecer es semidesierto árido y amarillento, donde rara vez llueve, y el cielo está casi siempre despejado. Los calores del verano son muy fuertes, pero en invierno hiela fuerte de noche, aun cuando los días no sean fríos; en toda época del año, durante el día, rudos vientos barren la llanura. Acerca de las correrías de los patagones muchas personas corroboran las observaciones registradas por nosotros: indígenas conocidos personalmente de los oficiales del "Beagle" fueron vistos por ellos en el establecimiento del Car-

men, cerca de la boca del Río Negro, en septiembre de 1832; y por Mr. Low en su paradero habitual cerca del Estrecho de Magallanes en febrero de 1833.

Ritos funerarios

Si sobreviene la muerte, el cadáver se envuelve en la mejor manta del difunto, se coloca sobre su caballo favorito, y se lleva así hasta el enterratorio de la tribu. Durante el trayecto el brujo va haciendo sonar sus vejigas, y los acompañantes aúllan sobre el cadáver.

El cuerpo, adornado con mantas, plumas y cuentas, se coloca sentado en una fosa cuadrada de unos 6 pies de profundidad por 2 o 3 de ancho, donde ya se han depositado anteriormente otros muchos. Espuelas, sable, boleadoras, y todos los demás efectos del finado, se disponen a su lado; y luego la fosa se recubre con ramas de árbol, sobre las que se pone tierra. Se procede después a matar su caballo favorito. Se le sujeta sobre la tumba mientras un hombre le golpea la cabeza con una de las bolas del difunto. Una vez muerto, se le cuerea, se rellena el cuero y se le dispone sostenido sobre las patas mediante palos, con la cabeza enderezada como si estuviera mirando hacia la tumba. A veces se sacrifican más caballos. Para funerales de un cacique se matan cuatro, disponiéndose uno en cada esquina de la tumba. Se queman las ropas y demás efectos del finado; y para terminar se celebra un banquete con la carne de los caballos muertos.

Pero hay también otros métodos para disponer de los cadáveres; y como estoy seguro de que por lo menos dos de ellos se practican hoy por los patagones, y Falkner da fe de otros practicados en su tiempo, uno de los cuales consistía en conducirlos al desierto de la costa de mar, repetiré aquí lo que él dice al respecto.

"El entierro de los muertos y la reverencia supersticiosa rendida a su memoria, se acompañan de gran ceremonia. Cuando muere un indio, una de las mujeres más distinguidas de la tribu es elegida inmediatamente para limpiar su esqueleto, lo cual practica extrayéndole las vísceras, que se reducen a cenizas, mondando la carne de los huesos lo mejor posible, y enterrándolo luego hasta que la carne restante se desprende por sí sola, o hasta el momento del traslado al debido lugar de reposo de sus antepasados; traslado que se realiza dentro del año del deceso, a veces a sólo dos meses.

"Esta costumbre es estricta entre los moluches, taluhets y diuihets (o sea entre los puelches), pero los chechechets y tehuelthets o patagones colocan los huesos en alto, sobre cañas o varillas entrelazadas, para que se sequen y blanqueen con sol y lluvia.

"Durante la ceremonia de mondar el esqueleto, los indios, cubiertos con grandes mantos de piel y ennegrecido el semblante con hollín, marchan alrededor del toldo con largos palos o lanzas cantando en tono funerario y golpeando el suelo, con el fin de alejar a los Valichús, o espíritus malos. Algunos van a visitar y consolar a la viuda, o viudas, y demás parientes del difunto, esto siempre que haya algo que conseguir, pues nada se hace sino por interés. Durante esta visita de condolencia lloran, aúllan y cantan de la manera más lúgubre; se esfuerzan en derramar lágrimas y se hincan brazos y muslos con agudas espinas para sacarse sangre. Estas muestras de pesar se les pagan con cuentas de vidrio, cascabeles de bronce y demás chucherías de ellos tan estimadas. Los caballos del finado son muertos inmediatamente, para que así tenga con qué jinetear hasta el *alhue mapu* o país de los muertos, reservando sólo unos pocos para adornar la última pompa funeraria y para conducir las reliquias al sepulcro definitivo.

"Cuando exhuman los huesos de sus muertos, los empaquetan todos en un cuero y los cargan sobre uno de los caballos favoritos del finado, que se ha conservado vivo al objeto, y al que adornan lo mejor posible con mantas, plumas, etc.; y así viajarán, aunque se trate de 300 leguas, hasta llegar al enterratorio, donde practican la última ceremonia.

"Los moluches, taluhets y diuihets entierran sus muertos en grandes fosas cuadradas, como de una braza de profundidad. Los huesos se arman, asegurados por ligaduras en el debido sitio, se revisten luego con las mejores ropas que pueden conseguir y se adornan con cuentas, plumas, etc., todo lo cual limpian o cambian una vez por año. Los muertos se colocan en fila, sentados, con la espada, lanza, arco, flechas, bola y todo lo que tenían en vida. Estas fosas se recubren con ramas, cañas o palos entrelazados, sobre los que se echa tierra. Cada tribu elige una matrona anciana para que cuide de estas tumbas, cargo que goza de gran veneración; su ocupación consiste en abrir una vez por año estas tétricas habitaciones y arropar y limpiar los esqueletos. A más de todo esto los indios vierten cada año sobre las tumbas algunas tazas de su primera chicha, y beben algo ellos mismos a la salud de los muertos. (Esto no lo hacen los tehuelhets.)

"Estos enterratorios, por lo general, no distan mucho del campamento común; y alrededor de ellos se colocan los cuerpos de los caballos muertos, parados sobre las patas y sostenidos con postes.

"Los tehuelhets o patagones más meridionales difieren algo al respecto de los demás indios. Después de haber secado los huesos de los muertos, los conducen a gran distancia de sus tolderías, al desierto de la costa de mar; y después de disponerlos debidamente, y de adornarlos en la forma ya descripta, los colocan en orden en el suelo, bajo una choza o toldo erigido con tal fin, con los esqueletos de sus caballos colocados alrededor".

En la expedición del año 1746, algunos soldados españoles, junto con uno de los misioneros, después de viajar 30 leguas hacia el Oeste de puerto San Julián, hallaron una de estas sepulturas indias que contenía tres esqueletos, con otros tantos caballos muertos colocados alrededor.

En las expediciones del "Adventure" y "Beagle", entre 1826 y 1834, se examinaron unos pocos enterratorios de otra especie. Constituíanlos pilas de piedras en las cimas de los cerros más elevados en la costa de mar oriental. Algunos habían sido demolidos y saqueados: probablemente por tripulaciones loberas; otros no hubo oportunidad de visitarlos; y solamente una pila fue encontrada intacta y examinada por el teniente Wickham. Estaba sobre una altura, cerca del cabo Dos Bahías, en latitud 45°. Sólo se hallaron osamentas, en estado muy descompuesto, debajo de un montículo de piedras de unos cuatro pies de alto. Mr. Bynoe dedujo que estos restos pertenecían a una mujer de estatura regular. Una pila de piedras en una altura vecina había sido derribada por una tripulación lobera; debajo había fragmentos de huesos carcomidos, que se consideraron demasiado dañados por el tiempo y la intemperie para que valiera la pena recogerlos. Es bajo hacinamientos análogos de piedras que se habrían hallado los esqueletos gigantes descriptos por algunos viajeros.

La exploración de Fitz Roy

"En 1825 el Almirantazgo británico organizó a una importante expedición encargada de relevar las costas de Sudamérica y los archipiélagos de Oceanía. Compónenla principalmente dos barquichuelos de unas 250 toneladas, el "Adventure" y el "Beagle", y su comando es ejercido por Philip P. King hasta 1830, y por Robert Fitz Roy, capitán del "Beagle", de entonces a 1836.

La campaña duró, pues, diez años, y su tarea más ardua fue la de los archipiélagos fueguino y chileno, hasta entonces muy mal conocidos. En las travesías de ida y regreso los buques, a su paso por la Patagonia, hicieron un levantamiento somero de su costa, especialmente de las zonas bajas de Bahía Blanca y San Blas, y de los puertos de Deseado, San Julián y Santa Cruz. El capitán Fitz Roy en persona remontó el río Santa Cruz con embarcaciones a remo y a la sirga, a costa de increíble penuria llegó hasta la vista de la Cordillera, sin poder seguir adelante por falta de víveres.

Campaña admirable por su carácter científico (el "Beagle" llevaba 21 cronómetros), por su intensidad y eficacia, las cartas, cuarterones y derroteros que de la costa patagónica nos legó, a pesar de su carácter forzosamente somero, fueron las que nos sirvieron hasta principios de este siglo. De ella formaba parte el gran naturalista Darwin, entonces muy joven, y en ella reunió el primer caudal de observaciones en que fundó su famosa teoría sobre transformación de las especies.

Los expedicionarios tuvieron contacto amistoso con los patagones en el Estrecho de Magallanes (bahía Gregorio), y Fitz Roy hizo una prolija síntesis de la información disponible a su respecto, incluso la del jesuita Falkner, del siglo anterior, quien sólo por referencia había conocido a los indígenas de la Patagonia; en particular aclaró el tema de la gran estatura de los patagones, deformado por las exageraciones de Pigafetta, Byron y otros navegantes, de las que hace un detallado resumen. En San Gregorio estaban acampados entonces unos 120 indígenas, y la estatura media que les atribuyó Fitz Roy fue de 5 pies 10 pulgadas a 6 pies, o sea 1,75 a 1,80 metros".

Desierto estéril pedregoso

Los acantilados de la margen sur del río tienen aspecto blanquecino y son semejantes a los de la costa exterior, que según John Narborough se parecen a la costa de Kent. Su perfil superior, visto a la distancia, es completamente horizontal. El color prevaleciente es el amarillo pardusco, más claro o más oscuro según brille o se oscurezca el sol. En barrancos y quebradas asoma uno que otro matorral de arbustos; pero en todo aquel desierto estéril y pedregoso no se verá un solo árbol –ni siquiera el solitario ombú–. Los únicos seres que atraen la vista son algunas manadas ariscas de guanacos, espantados con la presencia del hombre, relinchando, pateando y agitando la elegante cabeza;

unos cuantos avestruces dando zancadas por el lejano horizonte; uno que otro cóndor solitario cerniéndose en el espacio. Cierto es que, acercándose, pueden distinguirse algunas matas marchitas y una especie de pasto amarillo, y a quien camina, espinas y púas pronto se encargan de hacerle saber que la llanura no está desierta en absoluto; pero estoy perfectamente seguro de que la impresión general en la mente es la de una máxima e irremediable esterilidad.

¿No es acaso notable que el pedregullo redondeado por el agua y las acumulaciones diluviales constituyan la mayor parte de estas llanuras? Debió ser formidable en volumen y tiempo la acción de aquellas aguas que pulieron los rodados hoy día enterrados en los desiertos de la Patagonia.

Rara vez se encuentra agua en estos desiertos; abundan las salinas. El clima es delicioso en cuanto a sensación corporal, pero en cuanto a productos de la tierra es el peor que pueda imaginarse exceptuando los desiertos de Arabia y África. Durante tres cuartas partes del año llueve muy rara vez; y aun en los tres meses de invierno, cuando se podría esperar lluvia, cae muy poca, salvo en contadas ocasiones que llega copiosa durante dos o tres días seguidos. Los vientos marinos suelen traer, en cualquier época del año, una garúa brumosa de pocas horas, pero insuficiente para beneficio de las producciones vegetales.

Lo que vio Darwin

A la distancia se distinguieron, desde las cimas de las tierras altas, algunos escarpes muy uniformes, de color oscuro, que Mr. Darwin supuso tuvieran capa o recubrimiento de lava. Estábamos naturalmente impacientes por comprobar hecho tan curioso, y a mediodía quedamos enteramente convencidos de que así era, pues al llegar al pie de una de esas alturas, vimos que los fragmentos, al caer, se habían desparramado no sólo sobre la llanura adyacente sino también en el lecho del río, volviéndolo sumamente peligroso. En efecto, grandes pedruscos angulares, emergentes a veces, velados en otras, pero tan a flor de agua que ésta se hinchaba y remolineaba sobre ellos, amenazaban destruir los botes que se arrastraban con dificultad entre remansos y rápidos; a veces la espía se agarraba debajo o alrededor de una de esas masas ocasionándonos mucha molestia.

Cerca del lugar donde nos detuvimos a mediodía existe una quebrada de carácter completamente distinto a todos los demás lugares que habíamos pasado.

Lo cierto es que, una vez entrados en la región de lava, o sea en la región sobre la cual rodó lava en época remota, el paisaje no presentó ya aspecto patagónico. Precipicios escarpados, valles estrechos y tortuosos, abundancia de enormes fragmentos angulares de lava, río más angosto y rápido y planicies de lava maciza cubriendo toda la superficie, hacen que esta región tenga peor aspecto aún que la costa oriental de la Patagonia. Salvo en una que otra quebrada, nada crece. Los caballos no podrían andar mucho, pues el piso parece de fragmentos de hierro, y el agua es muy escasa, excepto en el río y en su tributario de la "Quebrada de Basalto".

Esta quebrada es un barranco de aspecto salvaje, confinado por negros acantilados de lava. Un arroyo de agua excelente serpea por él entre el largo pastizal, y en su fondo hay una especie de bosquecillo. En ella se guarecen leones, o más bien pumas, según nos lo mostraron despojos recientes de guanaco; en los acantilados basálticos anida el cóndor. Cerca del río algunas columnas imperfectas de basalto dan, a una notable altura rocallosa, el aspecto de un viejo castillo. En conjunto es un paisaje de áspera soledad, perfectamente apropiado para guarida de leones.

Los Andes como horizonte

A mediodía hicimos alto en un terreno ascendente, practicamos observaciones de hora, latitud y azimut, descansamos y almorzamos en un punto que resultó distar sólo 60 millas del agua más cercana del océano Pacífico. La Cordillera de los Andes se extendía en nuestro horizonte occidental, y como el tiempo estaba clarísimo, podíamos discernir cumbres nevadas hasta lejos por el norte y también un gran trecho hacia el sur. Por más que se dominase mucha extensión de tierra, nada del río podíamos distinguir. Sólo por la forma de la tierra dedujimos que, al final del trecho meridional mencionado, la dirección del río ha de ser casi este-oeste durante un cuantas millas, y luego tuerce probablemente hacia el norte, o mejor dicho viene del norte a lo largo del pie de la Cordillera.

Muchas son las razones para suponer que el río no sólo venga del norte, sino además desde una distancia considerable en esa dirección. En el lugar donde dejamos de remontar la corriente, el Santa Cruz es casi tan caudaloso como cerca de la boca, donde pasáramos la primera y segunda noche. La correntada era todavía de seis nudos por lo menos, sin que hubiera disminuido

la profundidad. La temperatura del agua era 45°,7 C, mientras la del aire rara vez llegaba a esta cifra, aun de día, y por la noche estaba debajo del punto de congelación. Sobre las márgenes se encontraban árboles, o mejor troncos, cuyo aspecto carcomido indicaba que venían arrastrados de lejos. El agua estaba muy desprovista de sedimentos, y sin embargo tenía tinte azul blanquecino, lo que me induce a suponer proceda principalmente de nieve derretida, o haya pasado por lagos en los cuales depositaría el sedimento acarreado hasta allí. En caso de alimentarse únicamente con agua de las montañas más cercanas, su temperatura sería seguramente más baja, próxima a la de la nieve derretida; traería también, con toda probabilidad, mucho sedimento, y por lo tanto su agua sería más turbia y de color menos puro.

Si se considera lo extenso de la región entre el Río Negro y el Estrecho de Magallanes, y la circunstancia de correr en ella un solo río de cierta importancia, puede resultar difícil imaginarse cómo se realiza el drenaje de la falda oriental de la Cordillera, o dónde se pierden las nieves derretidas y las fuertes lluvias ocasionales.

El río Gallegos es pequeño, aunque desemboque en un gran estuario; el Chupat insignificante; el Deseado apenas más que un arroyo. Es verdad que en ocasiones estos ríos menores se desbordan, pero sus avenidas (añadidas a la corriente ordinaria) parecen insuficientes para evacuar el drenaje continuo de los Andes. Al sur del Río Negro tan sólo el Santa Cruz presenta corriente llena y fuerte todo el año, y mi idea es que sus fuentes no deben estar lejos de las del afluente meridional del Río Negro, cerca de los 45° de latitud, y que corre al pie de los Andes hacia el Sur, atravesando varios lagos, hasta doblar para el Este en el paralelo 50°.

AUGUSTE GUINNARD

TRES AÑOS DE ESCLAVITUD ENTRE LOS PATAGONES

Escritor francés que preparó su libro Tres años de esclavitud entre los patagones (relato de mi cautiverio) *(1855), memorizando la vida llevada entre las tribus nómades, detallando los infortunios del medio ambiente, sus correrías y costumbres con un preciso ordenamiento descriptivo y documental. Las poblaciones son distintas en la zona del este, que va del Río Salado al Río Colorado, donde viven los pampas propiamente dichos y de allí hasta mediados del Río Negro, los indios patagones.*

El paisaje

En la época en que no se ponía el sol sobre los dominios de los monarcas españoles, las vastas planicies que se desarrollan entre Buenos Aires y el Estrecho de Magallanes por una parte, y por la otra entre el Atlántico y los Andes, hasta Mendoza, figuraban como parte del virreinato del Plata, aunque los nómadas que las ocupaban estuviesen entonces, como al presente, libres de todo yugo. Hoy una línea fluctuante, al este de la Cordillera de Médanos y el Ríos Salado, al norte por el Río Quinto, el Cerro Verde y el curso entero del Diamante, que remonta hasta el seno de los Andes, forma el límite común de la Confederación Argentina y de la Pampa Independiente, mientras al sur del Río Negro comienza la Patagonia.

Más de tres años de permanencia forzosa en esas regiones me han permitido conocer allí tres grupos distintos de población, cada uno de los cuales corresponde a una división natural del suelo.

En la zona del este, que va del Río Salado al Río Colorado, viven los pampas propiamente dichos, divididos en siete tribus. La región boscosa, que se extiende entre el lago Bebedero y el Cru-Lauquén –lago Negro–, así como todo el largo de los cursos de agua que remontan de este último lago hasta el Río Diamante, es la tierra de lo mamuelches –habitantes de los bosques–, que forman ocho tribus importantes, a las que llaman los indios con los nombres de: ranqueles, ñecoches, catrule-mamuelches, kiñenitruches, renañcoches, epuñanches y mochitueches.

Todas estas tribus están igualmente subdivididas y cada una de las subdivisiones tiene un jefe.

Del Río Colorado hasta el medio del Río Negro, río estrecho pero profundo, cuyo curso es más largo que el del Rin o del Loira, he contado nueve tribus de patagones, cuyos nombres son:

Los poyuches, pullches, calliches, tehuelches, cañecahuelches, chauches, huilliches, dilmaches y yacanaches.

Todos saben que la América meridional es citada como un país que, por la naturaleza de su clima, de su suelo y de sus producciones, presenta los más grandes contrastes; pero muy poco se conoce del interior de las tierras habitadas por los patagones.

No estarán fuera de lugar aquí pues, algunos detalles.

Desde Quequén, nuestro punto de partida, hasta la Sierra Ventana y muy a lo lejos en la dirección sudoeste, que al principio nos vimos obligados a tomar, recorrimos, mi compañero y yo, un suelo accidentado, muy a menudo de una fertilidad de que nadie tiene idea. Estaba entrecortado aquí y allá por algunos torrentes cuyas aguas límpidas, que pasan con rapidez sobre un fondo rocoso y desigual, van a perderse en un lago profundo cuyo nivel no varía jamás, cualquiera sea la afluencia de los cursos de agua que en él se lanzan. Los indios llaman a este lago Gualichulauquén –el lago del Diablo.

Toda esta parte del desierto americano hasta el Río Colorado es de un aspecto muy alentador; explotada por una nación activa e inteligente, esta región sería fuente de grandes riquezas, porque el suelo es por todas partes negro y virgen, y devolvería fácilmente centuplicada la simiente que en él se dejara caer. Bajo una espesa y alta capa de hierba, apenas alcanzada por el rocío, nos fue fácil verla del año anterior, que no le era verdaderamente inferior sino por el color, y bajo esta última una tercera, cuya descomposición no estaba terminada todavía. Encontramos en estos lugares una caza abundante y variada: gamas, llamas, ñandúes –avestruz de Patagonia–, hasta perdices de la más grande especie, y pequeños estanques de un agua dulce y agradable.

Hasta el Colorado, en toda la dirección sudoeste o sur, esta fertilidad se hace irregular y disminuye sensiblemente; no aparece sino entrecortada por un suelo a veces arenoso, a veces rocoso; o aun, también, más frecuentemente, de una naturaleza salina y cubierto de estanques salados e infectos, de una limpidez engañosa. Esta especie de estanques, muy numerosos en los parajes norte y noroeste, están en el sur y sudoeste muy a menudo entremezclados con otros lagos salados, generalmente muy profundos, de gran extensión, cuyo nivel varía frecuentemente y

cuyas aguas son templadas en invierno y glaciales durante el verano. Estos lagos dan una sal magnífica, de que hacen amplia provisión los indios, tanto para su consumo como para el de las otras tribus, que se la compran a vil precio.

Los alrededores de estos lagos están generalmente, durante el invierno, del todo desprovistos de vegetación; pero sus aguas azules, profundamente apresadas entre las márgenes de una naturaleza caliza, forman un contraste admirable, y uno se creería transportado al seno de los mares glaciales.

Durante el verano, en lo alto de estas orillas de los lagos, se muestran una cantidad de matorrales espesos, que los indios llaman *chilpe* y cuyas hojas les son de gran utilidad para curar a sus bestias heridas; las partes bajas están abundantemente provistas de una especie de vegetación compuesta de pequeños tallos redondos y delgados, que terminan en punta, sin ninguna hoja, y cuya altura no pasa de veinticinco centímetros. Esta hierba está interiormente conformada igual que el junco común, pero su grosor no pasa del de una aguja de tejer. Los caballos y los bueyes la comen a veces, pero su dureza y su acidez la hacen indigesta. Por fin, a una distancia asaz grande, cesa bruscamente esta singular unión de fertilidad y esterilidad; después, algunas montañas de granito negro, de formas poco variadas, de aspecto severo, infranqueables y aisladas unas de otras, completan el extraño cuadro de esta naturaleza salvaje y silenciosa, soberbia y triste a la vez.

Más allá aparecen las orillas del Río Colorado, que son muy accidentadas hacia su fuente. Este río sale de una región montañosa y cortada por profundos valles, en los que circulan igualmente otros cursos de agua, que también salen del seno de los Andes. Los unos vienen de la dirección oeste-noroeste, los otros del oeste-sudeste, pero esos afluentes sólo van a engrosar el Colorado mucho más lejos. En el lugar donde comienza, por así decirlo, esta vasta planicie esmaltada de hierba que se extiende hasta la orilla oriental, y que habitan más generalmente los puelches, escalonados en una u otra margen de este río, se encuentra una gran cantidad de *generiums-argentinus*, cuya altura prodigiosa oculta sus casas a la vista de los viajeros, que así caen en sus manos sin sospecharlo; estas hierbas en matorrales sirven también casi siempre de reparo a los pumas y jaguares que espían el paso de la gama.

Al Río Colorado, que yo había cruzado ya mucho antes de comenzar mi doloroso cautiverio, se refiere uno de mis recuer-

dos más cautivadores. Fue en su orilla izquierda donde mi compañero y yo experimentamos la única alegría que nos fue dado gustar durante nuestra triste y riesgosa peregrinación. Esa alegría, que fue entonces tan grande para nosotros, pobres viajeros abrumados por la miseria, la enfermedad y las privaciones de todas suertes, tuvo por causa el encuentro de algunos nabos monstruosos y exquisitos, de tan hermosa talla, como si hubiesen sido cultivados por la mano de un hábil jardinero. Mientras aprovechábamos aquella gran fortuna que agradecimos al cielo, nos perdimos en conjeturas sobre la forma en que había podido crecer aquella hortaliza en regiones mucho más frías que Chile, y tan alejadas de todo pueblo que sin duda no las había recorrido ningún ser humano. Pero sólo fue más tarde, cuando viví en medio de los indios, que me fue fácil darme cuenta de este hecho y atribuí la aparición de esta hortaliza a alguna excursión hecha por los salvajes, pues conocí su costumbre de llevarse sin ton ni son todo lo que encuentran en los frecuentes pillajes que efectúan entre los hispanoamericanos, para desembarazarse, en el camino de regreso, de todas las cosas que les son inútiles o desconocidas. Pero, de todas maneras, lo que no dejó de parecerme tan asombroso como el hallazgo fue la imposibilidad de volver a encontrar algún otro nabo, porque muchas veces tuve ocasión de recorrer los mismos parajes con los indios, mis amos.

Inútil es decir que la manera de vivir de todos los nómadas de que he de hablar al lector, difiere en razón de las numerosas variedades en el carácter del suelo y del clima. Unos residen en la parte septentrional, la más templada de las Pampas; andan semivestidos y resisten la vecindad de las poblaciones argentinas, con las cuales están alternativamente en paz o en guerra. Los otros, patagones, muy alejados de aquéllos, como no tienen a la vista más que la costa del mar o la inmensidad de sus estepas estériles, viven en estado nómada en toda su rudeza primitiva.

Los poyuches

La tribu en cuyas manos me había librado la suerte era la de los poyuches, que erran indiferentemente por una u otra margen del Río Negro, desde las cercanías de la Isla Pacheco, al pie de la Cordillera, país montañoso y entrecortado por profundos valles. El género de vida de estos indios, poco numerosos, ofrece menos interés que el de los patagones orientales, y su único medio de existencia es la caza del *guanaco* –llama salvaje–, los ñandúes y

las gamas. Aunque sus parajes no son, como se creía hasta ahora, completamente áridos, los poyuches poseen pocas bestias. Su escaso número de caballos y vacas proviene del trueque que hacen con otras tribus, por medio de *makunes trulkes* o mantas de cuero de *guanaco* que son generalmente muy apreciadas por los indígenas y los hispanoamericanos; pero como este tráfico sólo se efectúa en pequeñísima escala, son muy pobres y raras veces pueden emprender las expediciones lejanas a que se libran constantemente los puelches y los pampas, de quienes están separados por grandes distancias. Su inteligencia es limitada, su carácter grave, su fisonomía llena de una ferocidad y una osadía increíbles. Son poco comunicativos, pero dulces y serviciales entre ellos. Son muy valientes y emprendedores en los raros combates en que tienen ocasión de participar, pero cuentan entre los más bárbaros con respecto a sus enemigos, los cristianos, a quienes torturan y matan sin piedad.

Su tipo se aproxima al de los patagones orientales; pero son, generalmente, más flacos y tienen los pies menos bien formados, porque marchan mucho. No se ocupan más que de la caza; ésta es a la vez para ellos una diversión y un medio de existencia. Se guarecen en tiendas construidas con cueros de caballos, o de vacas marinas cazadas en la costa oriental durante el verano.

Estas especies de habitaciones muy ligeras se componen de algunas ramas de madera retorcida, plantadas en tres hileras, la del medio más elevada que las otras, a las que se unen por correas de cuero que mantienen su separación, y forman así una especie de triángulo parecido al de un techado. Unas pieles artísticamente unidas mediante costuras de fibras extraídas de la carne recubre esta frágil armazón y la solidifican con su tensión, operada mediante pequeñas estacas de hueso que fijan los extremos al suelo. El interior de estas casas se divide en dos partes exactamente semejantes, subdivididas cada una en varios compartimientos pequeños en los que cada indio guarda lo que considera más precioso; llegada la noche algunos cueros de guanaco tendidos en el suelo sirven de cama a hombres y mujeres que allí duermen mezclados después de haberse despojado de su única vestimenta, unas mantas de que se sirven entonces como cobijas.

La superstición de estos salvajes supera a la imaginación. Según ellos, el norte y el sur les son desfavorables: el norte es el punto por donde desaparecen para siempre los vivos, visitados de improviso por los malos espíritus que vienen del sur. Tienen

enorme temor a la muerte, y pretenden que el único medio de velar por la prolongación de su existencia es dormirse con la cabeza hacia el este o al oeste.

Aunque las regiones habitadas por estos indios son muy frías durante casi todo el tiempo, todos van a bañarse de mañana, antes del alba, cualquiera sea la época, sin distinción de sexo ni de edad. Esta costumbre, a la que por fuerza tuve que someterme, contribuye poderosamente, presumo, a resguardarlos de todas las enfermedades, y estoy convencido de que gracias a esos baños frecuentes me ha sido posible conservar la salud de que gozo todavía. Al ver a los indios cubiertos de parásitos, sería difícil creer en sus frecuentes abluciones; pero en mi calidad de testigo ocular me cuadra, creo, rehabilitar a los patagones orientales, tachados hasta ahora del mayor desaseo.

Generalmente, después de su baño matinal, los indios poseedores de algunos animales montan a caballo para lanzarse sobre sus huellas y llevarlos a las cercanías de sus tiendas. Sin embargo, cuando el tiempo es malo, descuidan momentáneamente esta ocupación y permanecen confinados en el interior, durante toda la duración del mal tiempo, sin pensar siquiera en comer. En verdad, muy a menudo me he asombrado por la facilidad con que estos seres glotones y voraces se quedaban así sin alimento durante todo un día, mientras, sin murmurar, permanecían tendidos en el suelo inundado de sus *rucas*, retenidos por el temor; porque el mal tiempo en esas regiones se presta en realidad al terror. Es una mezcla de lluvia torrencial, de relámpagos enceguecedores, y de truenos que repercuten hasta el infinito; a todo ello se suma el terrible soplo del pampero, viento glacial que, venido de las profundidades de la Patagonia, sopla mugiendo con un solo aliento, a menudo durante muchas horas consecutivas, rompiéndolo, abatiéndolo todo, y desarraigando hasta las menores hierbas que encuentra a su paso.

La gran superstición que caracteriza a los indios parece aumentar todavía cuando se opera algún fenómeno ante su vista; entonces imaginan que sus causas se ligan a su conducta personal, y según el carácter de ese fenómeno experimentan el júbilo o el temor. La tormenta por ejemplo, paraliza todas sus facultades y les inspira gran pavor: parecería que, al estallar, sienten atormentada la conciencia y temen la cólera divina, porque no se atreven a contemplar el cielo encapotado. Se apeñuscan unos contra

otros, el rostro oculto entre las manos, sin tratar de retener, para abrigarse, los cueros de sus rucas arrancadas por el viento.

Apenas habían pasado algunos meses, y ya del europeo en mí no quedaban más que el espíritu y el corazón, cuando fui vendido a unos puelches, de visita, que dieron a mis amos, tan ávidos como pobres, un buey y un caballo. Este trueque les pareció de tal modo ventajoso que, pese a haberme sido imposible prestarles algún servicio, no vacilaron en ensalzar a los recién llegados mis buenas cualidades conocidas y desconocidas. Los visitantes, persuadidos de que habían hecho un excelente negocio, tuvieron una sonrisa de satisfacción que, sin duda, me habría divertido en otras circunstancias, pues no servía sino para hacerles aún más feos.

Yo no pensaba en lamentar a los poyuches, porque el poco tiempo que acababa de pasar entre ellos bastaba para dejarme una triste opinión. Sus mujeres, sin embargo, son asaz activas, y dan prueba de mucha habilidad en la confección de vestidos. En cuanto a los hombres, fuera de la caza, en que se muestran muy diestros y feroces, viven en el mayor ocio. Son de una glotonería y una voracidad increíbles, y muy groseros. Sin embargo, emplean mucho cuidado en el arte de cuidarse las horribles cabezas; se engrasan los cabellos con grasa de asno o de caballo, se depilan las cejas y la barba, y se pintan el rostro con colores volcánicos, pues poseen, como todos los indios, unos saquitos de cuero que contienen todos los colores necesarios para su tatuaje, que siempre llevan consigo.

Río Negro

Los poyuches dan el nombre de *Mell-rumey-co* –cuatro ríos pequeños– a la fuente del Río Negro, porque recibe, al salir de la Cordillera, cuatro afluentes; pero más lejos, cuando reaparece la corriente después de haber atravesado el Lago de los Tigres –*Nahuel Lauquen*–lo llaman, como nosotros, *Curu-rumey-co* –río negro– en razón del aspecto que le dan su profundidad y su escasa anchura. Su curso violento es muy tortuoso y mientras recorre una zona accidentada pero regular en la llanura, donde sus márgenes escarpadas son a veces fértiles. Las aguas rápidas de este río no ofrecen a los indios un vado seguro más que hacia su fuente, pero lo atraviesan frecuentemente por cualquier lugar con la ayuda de unos botecitos de junco sobre los cuales se echan apoyados en las manos y nadando solamente con los pies.

Se encuentran también acampadas en las márgenes del Río Negro muchas tribus, entre las cuales figura la de los puelches, una de las más importantes en número así como por sus relaciones continuas con las demás poblaciones, tanto las de la punta extrema de Magallanes como los mamuelches, situados en las cercanías de Mendoza, a noroeste de la Pampa.

Se recordará que los poyuches me pusieron en manos de los indios de esta tribu. Permanecí seis meses consecutivos en medio de este pueblo importante, que me fue fácil estudiar y comparar con las otras tribus de patagones de la parte oriental, de que tanto han hablado los navegantes.

Mi vida con los puelches

Al instalarme entre ellos me envanecí de ser mejor tratado que por los poyuches; pero apenas habían transcurrido unos días de estar en su poder cuando, al reconocer la imposibilidad en que estaba de prestarles algún servicio, en vista de mi ignorancia del manejo de los caballos me trataron brutalmente y con grandes insultos. Así fue que las palabras *Trewa huinca* –perro cristiano– y *Uesa huinca* –cristiano malo– fueron las primeras cuyo significado conocí. Traté muchas veces de hacerme comprender y les pregunté qué motivos podían conducirles a tratarme de tal manera; por toda respuesta me maltrataron con más fuerza aún. Después de una de estas decepciones, mi pena fue tal que, considerando perdidas ya para siempre la familia y la patria, no pude contener algunas lágrimas amargas. Los indios se apercibieron y su furor no conoció límite; me golpearon de tal manera que creí iban a darme muerte, según me amenazaban.

Desde entonces conseguí disimularles mi dolor, bajo una sonrisa continua y falsa, por la que se dejaron engañar. Con toda buena voluntad y toda la destreza de que era capaz hice rápidos progresos en el arte de la equitación y en el conocimiento de su idioma, en todo lo cual fundaba esperanzas de fuga. Aprendí con igual rapidez a servirme del lazo y de la boleadora –*locayo*– que desempeñan tan gran papel en su existencia y que son verdaderamente indispensables para todos los que se aventuran en el desierto americano.

Descripción de los puelches

En esta tribu noté que la estatura de los hombres es bastante elevada, no inferior a la de los patagones. Los puelches están bien

formados y tienen miembros muy proporcionados; su rostro tiene una expresión de arrogancia que nada desmiente su manera de ser. Son nómadas por gusto y no por necesidad, porque sus parajes son generalmente de gran fertilidad. Sus pasiones principales son la caza y la embriaguez. Sus ideas religiosas, así como las de todas las otras tribus, se limitan a la admisión de dos dioses: el del bien y el del mal. Se libran frecuentemente al saqueo de las granjas, de las que sacan gran número de caballos y vacas; su alimento consiste de carne de caballo, de avestruz o de gama, producto de sus cazas; los trozos escogidos que comen son el hígado, los pulmones y los riñones crudos, sazonados con la sangre caliente o cuajada previamente salada, porque conocen el uso de este condimento, la sal. Las tiendas de los puelches son más regulares y más espaciosas que las de los poyuches; a menudo, al estudiarlas, he reconocido en ellas objetos domésticos o vestimentas conquistados a costa de la sangre de algún infeliz hispanoamericano. Los indios, que tenían costumbre de espiar mis menores movimientos, no dejaron de sorprender mis ocultas ojeadas, por rápidas que fueran, a esos objetos; entonces los hacían ocultar velozmente, por temer que yo pensase apropiármelos; después me gritaban: *Uecun iripan emi uesa huinca* –sal en seguida afuera malvado cristiano– o también *Uecum buleta emi veca meten* –ya es bastante para ti quedarte fuera. En verdad, es de creer que pensaban seriamente de esa manera, porque, hiciese calor o frío, no tuve jamás otro lecho que el suelo desnudo, ni otro abrigo que el cielo.

Fuera de su bárbara crueldad, estos indios no dejan de ser industriosos e inteligentes. Los arneses de sus caballos, compuestos de una brida, de una silla y de estribos, son curiosas muestras de su industria; en su mayor parte están trenzados con tanta perfección que uno se vería poco dispuesto a creer que son ellos quienes los hacen.

Validos solamente de muy malos cuchillos cortan con una prontitud y una destreza sin igual, de los cueros tiernos de potros, previamente pelados con una estaca aguzada y con ceniza, las finas correas destinadas a esta fabricación. Sus sillas se fabrican con cañas recubiertas de cuero curtido; algunas son de madera, semejantes a dos respaldos de sillón unidos a cada extremo por unos triángulos. Dos orificios agujereados en la parte delantera sirven para suspender los estribos de madera, de forma triangular, cuya mayor abertura apenas permite meter a lo sumo tres

dedos. Unos cueros puestos entre la silla y el lomo del caballo le preservan de toda herida bajo la presión exagerada de la cincha. Esos mismos cueros sirven a los indios de lecho en los viajes. Sus lazos tienen por lo menos una treintena de pies de longitud; son cortados de una sola pieza en el cuero de un buey, o bien trenzado. Los indios tienen costumbre de fijar uno de los extremos a la cincha del caballo y enroscarlo en la mano izquierda en forma de aro. El extremo termina en un lazo de nudo corredizo al que dan más o menos abertura, según el género y el tamaño del animal que quieren prender. Lo lanzan con la mano derecha después de haberlo hecho girar varias veces sobre la cabeza con la misma mano, cuidando de mantener abierto el nudo corredizo. Como se ve, estos lazos son muy diferentes de lo que se creía, y en nada se parecen a los que se ha visto emplear a los rusos en guerras para siempre memorables para nuestra hermosa patria. Las espuelas de que se sirven estos salvajes están compuestas de dos pequeños trozos de madera, armados con una punta de metal o de hueso en lugar de acicate. Fijos a los pies, cada uno de estos aguijones se encuentran uno a un costado y el otro al otro. Los indios, aunque hechos a servirse de ellos, ensangrientan generalmente a sus monturas, a las que hacen correr muy velozmente.

Sus caballos

Estos caballos, en general, son de mediana talla y bien formados, muy fáciles de domar y casi infatigables. He visto a menudo a estos animales, que en nada ceden a los más hermosos andaluces, galopar durante un día y toda una noche sin tomar otra cosa que agua. Para domarlos, los indios se apoderan de ellos de una manera muy brutal: una vez capturados con el lazo, los derriban en tierra para atarles juntas las patas a fin de poder pasarles sin dificultad por la boca una correa, que atan fuertemente, bajo el labio inferior, después de haberles tizoneado las encias y los labios a fin de hacerles más obedientes a la presión de ese bocado muy flexible. Les ponen en seguida una silla y los hacen levantar, conteniéndolos entre dos, uno de las narices y una oreja, y otro por detrás mediante un nudo corredizo que les sujeta las dos patas; entonces el domador, armado de una larga correa de cuero crudo –*trupues*–, especie de lonja muy dura y pesada que termina en un trozo de madera, destinada a golpear tan pronto los flancos como la cabeza del caballo, se lanza listamente sobre el animal. A una señal dada, los ayudantes, con perfecta coordina-

ción de movimientos, dan libertad al corcel, que frecuentemente parte como una flecha, no sin haber hecho buen número de corcovos y de haberse lanzado a uno y otro lado. Algunos resisten a los prodigiosos esfuerzos que hacen sus jinetes por doblarles la cabeza a derecha o izquierda, y ruedan por tierra con ellos; pero, en general, por fogosa que sea su resistencia al comienzo, a los dos o tres días quedan suficientemente dóciles como para ser montados en pelo.

Aproximadamente a los dos años y medio los doman de esta suerte los indios, y los someten a una prueba a fin de apreciar su velocidad; les hacen franquear, de un solo impulso, un espacio determinado; los que no alcanzan la meta con facilidad son juzgados impropios y condenados, sin misericordia, a ser comidos.

Los puelches habitan los parajes situados entre el Río Negro y el Río Colorado, que rara vez cruzan. La parte oriental se compone de llanuras fértiles donde se encuentran muchos estanques llenos de pesca y cuyas aguas son excelentes. La parte occidental no es menos fértil; es muy montañosa y regada por numerosos torrentes que van a engrosar el Colorado. Hay también allí una gran cantidad de estanques salinos e infectos, como en todos los parajes estériles de la América meridional, y algunos algarrobos tortuosos y de aspecto miserable.

Las visitas

Los puelches tienen relaciones continuas con los indios de todas las tribus, sin excepción, y son los más capaces de dar informaciones con respecto al inmenso territorio ocupado por todos sus compañeros nómadas, dispersos desde el Estrecho de Magallanes hasta Mendoza, porque muy frecuentemente van hasta ese país. Son generalmente muy visitadores, lo que da siempre muchas ocupaciones a las mujeres, que se encuentran en la obligación de dar de comer a todos. Los recién llegados son saludados por las mujeres y los niños. El jefe de la familia no cumple esa formalidad sino cuando todos se han sentado y han bebido algunos tragos de agua. Cambiado el saludo por una y otra parte, los huéspedes, en medio del más profundo silencio de las mujeres y los niños, exponen cada uno a su turno el fin de su visita, en un largo discurso que no está exento de cortesía ni de cierta poesía de que se les creería incapaces. Su idioma es gutural y canturreado. El amo de casa, después de haber escuchado religiosamente a todos sus huéspedes, les responde largamente también,

y termina dirigiéndoles su agradecimiento por haber querido visitarle; y sin agregar una palabra les deja hacer honor a la comida, que sirven, con diligencia, las mujeres. Esa comida se compone generalmente de riñones y de pulmones crudos, cortados en trozos y puestos en pequeñas vasijas de madera llenas de sangre cuajada y mezclada con sal. Cuando los comensales se han repuesto, se entabla nuevamente la conversación en tono familiar, muy diferente de la primera, porque ya no canturrean. Es el momento en que los niños, deseosos de hacerse también de amistades entre los huéspedes de su padre, acuden a agruparse cerca de ellos. Los huéspedes, a modo de caricia, les toman la cabeza, y buscan los numerosos insectos que en ellos hormiguean, para comerlos; como agradecimiento, es de rigor la reciprocidad.

Muy rara vez los hombres dirigen la palabra a las mujeres, y la costumbre les veda hasta mirarlas en la cara, a menos que sean parientes, exceptuando a las suegras.

Todo visitante recibe una amplia hospitalidad y puede cohabitar con sus huéspedes un tiempo ilimitado, durante el cual será siempre objeto de los mayores agasajos. Cuando se aproxima la hora del descanso se hace por todas partes el mayor silencio; los huéspedes se ausentan unos minutos, durante los cuales el amo de casa les hace preparar con prisa un lecho compuesto por los cueros más preciosos que tiene en su ruca.

Una vez desaparecido el sol, el viajero, por cerca que esté de su destino, no puede, sin infringir las reglas de la compostura decente, presentarse ante una tienda; para ello debe esperar el retorno del día. Solamente los portadores de órdenes de los caciques están al margen de esta etiqueta.

Las mujeres se reciben entre ellas; se hacen miles arrumacos aunque sean enemigas juradas. Su conversación se hace casi en voz baja, mientras se depilan las cejas o se peinan recíprocamente. El ceremonial no se opone a que acompañen al ama de casa cuando sus ocupaciones la llaman fuera; por eso se las ve casi siempre en idas y venidas. Los hombres no gozan de esta prerrogativa, pues a menos que se trate de cazar, tal como se les ve sentarse a su llegada se ven obligados a permanecer hasta su partida.

Los visitantes no dejaban jamás de elogiar a su huésped a mi respecto, lo que le envanecía sobremanera. En esos momentos hasta fingía tener alguna amistad conmigo, y me hacía comer a su lado, pero como hombre que conoce su oficio, yo siempre daba la idea de dejarme engañar por todas sus zalamerías. Así vi

unos tras otros a los indios de todas las tribus patagónicas. Era yo para ellos una curiosidad rarísima; lo comprendía por la forma en que me contemplaban y por la sorpresa que les daba encontrar en mí –*laftra-huinca*, pequeño cristiano– facultades semejantes a las suyas.

Los tehuelches

Vi después a los tehuelches, raza de nómadas muy atrasados y de los más pobres, cuyas costumbres son sumamente primitivas. Su idioma, así como su persona, tiene algo de feroz; articulan sonidos excesivamente guturales, que al principio se creería pertenecen a una lengua diferente de la de otros patagones; sin embargo, aguzando el oído, me fue fácil comprenderlos. La blancura de mi cuerpo pareció preocuparles mucho, así como el color de mis cabellos, muy largos ya y enrojecidos por la acción del sol. Señalaron el deseo de oírme pronunciar algunas palabras en francés, que fueron objeto de hilaridad general.

Estos indios son de una estatura un poco inferior a la de los patagones orientales y los puelches; no son menos notables por la regularidad de sus formas. Tienen los hombros muy grandes y bien conformados, el pecho muy arqueado, los brazos y piernas de mediano grosor, los pies muy grandes y chatos. La cabeza es grande, la frente descubierta y prominente; los pómulos son muy salientes, el rostro chato, mentón un poco avanzado, la boca grande generalmente entreabierta, los ojos negros, muy grandes y horizontales, y tienen una expresión de mirada feroz. Una nariz a menudo aguileña, larga y flaca, de ventanas abiertas, les da un falso aspecto de aves de rapiña. Tienen los labios algo gruesos y las orejas grandes y alargadas por toscos adornos hechos por ellos mismos, que les caen sobre los hombros. Llevan generalmente los cabellos enrulados sobre la cabeza, lo mismo que los indígenas del Paraguay. Se sirven de arcos y flechas, y manejan muy bien la honda –*uitru cura uey*–, el lazo, y la boleadora –*locayo*–, especie de juego de bolas en número de tres, fijas a correas de cuero de igual longitud y hechas generalmente de piedra dura o de una especie de granito muy común en sus regiones. Se sirven de ellas con suma habilidad, alcanzando a gran distancia a las llamas salvajes –*guanacos*– que cazan a pie.

Ninguno de estos indios posee caballos. Los más jóvenes se lanzan a perseguir la caza y se limitan a matarla, dejando a las mujeres y los viejos la tarea de desollarla y transportarla al hom-

bro, mientras ellos siguen cazando. También tienen costumbre de depilarse todo el cuerpo; pero, poco preocupados por ideas de coquetería, se contentan con pintarse burdamente el rostro. Son muy ágiles en la carrera, y casi infatigables. Les he visto correr muy rápido durante varias horas seguidas sin experimentar fatiga alguna.

Estos indios son muy sobrios comparados con la mayoría de los patagones, a pesar del gran ejercicio que hacen durante la caza. Es casi inútil agregar, si se piensa bien, que su comida se compone especialmente de carne cruda, de raíces o aun vacas marinas, porque se libran igualmente a salidas de pesca de varios días durante el verano. Sus regiones son estériles y se extienden hasta a más de 200 leguas del límite sur del Río Negro. Durante el invierno se acercan sensiblemente a los contrafuertes de los Andes, que les ofrecen un abrigo más seguro contra la intemperie y donde encuentran gran cantidad de arbustos para un buen fuego.

Su vestimenta se compone de una especie de camisa de mangas cortas, hecha de seis cueros de vaca marina superpuestos y aumentados con un cuero de llama perfectamente curtido, cuya piel, más tibia, ponen junto al cuerpo. Esta vestimenta está generalmente ajustada a la cintura y avivada exteriormente por dibujos extraños que le dan un aspecto grotesco. En los combates estas vestimentas hacen papel de corazas; a ellas agregan una especie de sombrero chato y redondo, formado por dos cueros gruesos, cosidos juntos, y, sólidamente fijados por debajo del mentón. La libertad de que gozan estos indios entre ellos es excesiva, y puede juzgarse por lo siguiente: en las otras tribus, si un visitante tiene hambre, se cuida mucho de hacerlo pensar a sus huéspedes, quienes, por lo demás, no vacilan en ofrecerle más alimentos de los que tomará, en tanto que el tehuelche, si siente necesidad, no se ve constreñido por etiqueta alguna. Entra en la primera ruca que encuentra, reanima el fuego y se apodera, sin decir palabra, de un trozo de carne que pone a asar o come crudo, según le parezca; después de lo cual se marcha tan mudo como entró, sin inquietarse por la presencia del jefe de la casa, que por su parte lo mira hacer con tanta indiferencia como si estuviese ya habituado.

Los tehuelches parecen ser menos accesibles todavía al sufrimiento que los otros nómadas. Con la mayor sangre fría se curan por sí solos las heridas, aun las más graves, sin dejar oír jamás una queja. Las mujeres se ocupan de las labores de la casa y ayu-

dan a los hombres en la fabricación de los *makunes trulques* –mantas de cuero– y de los *quillangos* –alfombras– que solamente difieren unos de otros por el tamaño. Estos objetos se hacen de cuero de guanaco y de *sanu* –mofetas– que las mujeres untan con hígado mascado y que en seguida curten a mano, frotándolos vigorosamente. Terminada esta operación reúnen artísticamente los diversos cueros suprimiendo todas las partes defectuosas y los cosen muy finamente, con fibras extraídas de la carne. Este trabajo dura a veces meses enteros; es toda una obra de paciencia. Cuando está terminado, los indios estiran las pieles en todos sentidos y aplanan las costuras por medio de una piedra arenosa que al mismo tiempo les sirve para frotar toda la pieza a fin de dejarla completamente suave; en seguida proceden a adornar el cuero, sobre el cual trazan, con rojo y negro, dibujos extraños y caprichosos con los que cubren todas las costuras. Estas mantas, que buscan generalmente los indios puelches, patagones y pampas, no son menos apreciadas por los españoles. Los tehuelches, los poyuches y los patagones, que pasan la mayor parte del año cubiertos con estas especies de vestimentas, pueden exponerse a los fríos más intensos sin sentir sus efectos.

Vendido a los patagones

Como ya lo habían hecho los poyuches, los puelches me vendieron por espíritu de especulación a unos patagones orientales, que se prometieron actuar de la misma manera a mi respecto. Esta sucesión de nuevos amos estaba lejos de serme agradable, y casi siempre yo salía perdiendo en el cambio. Sin embargo, esta vez experimenté menos repugnancia, pues mis nuevos amos me parecían tener algo más de humano en su porte. Me parecieron de una estatura cerca a los seis pies; su tipo se me figuró poco diferente del de los puelches. Encontré su busto tal vez un poco más largo, en comparación con su talla; y por cierto que, vistos a caballo, se les puede creer fácilmente más grandes de lo que son en realidad. Sus miembros están bien proporcionados; la cabeza es ancha, casi cuadrada, el cráneo aplastado, la frente muy arqueada, y el mentón prominente, lo cual, con la nariz larga y delgada, les da un perfil singular. Tienen los pómulos muy salientes, los ojos un poco horizontales; pero la forma en que se depilan las cejas y se pintan de negro la comisura del párpado inferior no ha contribuido poco a hacer creer que tienen los ojos en verdad horizontales.

Tienen la boca grande, los labios un poco gruesos, pero menos que los de los tehuelches, los dientes pequeños, bien ordenados y de una blancura deslumbrante, que se destaca aún más por el color pardo de la piel. Tienen los hombros muy grandes y bien formados, el pecho regular, los senos muy acentuados. Tienen pequeños los pies y las manos, en comparación con la talla, y las uñas graciosamente arraigadas, que usan muy largas.

Hombres fuertes

He estado continuamente en situación de juzgar la fuerza de los patagones, y como testigo de sus numerosos ejercicios puedo afirmar, sin que se me tache de exagerado, que supera en mucho a la de los europeos. He visto a estos hombres capturar hábilmente con el lazo a un caballo salvaje, detenerlo súbitamente en su carrera desenfrenada, resistir solos el choque terrible del animal que se abalanza y mantenerlo así hasta el momento en que, a causa de la estrangulación, rodaba por tierra; pero jamás he notado en estas suertes de ejercicios que sus músculos fuesen más aparentes que en su estado normal. Me parece que no se podría atribuir a la destreza semejante resultado. Además, la organización física, de los indios es muy superior a la de los hombres civilizados; soportan con la mayor facilidad las fatigas y las privaciones prolongadas, durante viajes de dos y tres meses, que hacen sin descansar, galopando día y noche. Cuando van a cometer pillajes a 400 y 500 leguas, fuera de los veinte o treinta caballos que cada uno arrea, no se proveen más que de lazos, lanzas y boleadoras, de que se sirven tanto para procurarse medios de subsistencia como para combatir. Apenas si algunos, los más glotones solamente, ponen entre los cueros que hacen el papel de sillas, un poco de *añime-hilo* –carne cortada en láminas delgadas, salada y secada al sol– que comen con *yiuviñ* –mezcla de grasa de potro y de vaca. Los más pobres llevan solamente un *chasi cofke*, especie de pan de sal cocido en la ceniza del fuego de estiércol, después de molido y sazonado con hierbas olorosas, y que se hacen pasar de vez en cuando para lamerlo solamente cuando se hacen sentir demasiado el hambre y la sed.

El regreso de estas expediciones no se produce en masa, como la partida. El interés les obliga a distanciarse mucho unos de otros a fin de poder conservar el mismo número de animales; porque ocurre a menudo que algunos escaparían a su vigilancia e irían a engrosar el botín de sus compañeros, que se negarían a devolverlos.

Solamente los perezosos o los que sucumben al peso de la fatiga están expuestos a perder su botín; pero estos casos son raros, porque su actividad y su avaricia son tales que aun mucho tiempo después de su regreso al seno de sus hogares respectivos vigilan asiduamente noche y día sus tropillas. Se eximen de esta carga fatigosa solamente los que tienen familia, o consienten pagar generosamente a uno de sus vecinos para ejercer esta vigilancia. Hasta las mujeres emprenden este género de ocupación, y por lo general obtienen una retribución mucho mayor que los hombres.

Cuando se pierde un animal, los indios hacen activas búsquedas en todas direcciones, y son tan hábiles que casi siempre lo encuentran. Cualquiera sea la naturaleza del suelo, cubierto de una espesa capa de verdura o de la esterilidad más completa, o aun también muy fangoso, reconocen las huellas de su paso a la primera mirada, aunque estén en medio de una gran cantidad de rastros de animales de la misma especie. Están dotados de tal sagacidad que en sus exploraciones reconocen el paso de las tropillas de cristianos, sobre cuyas huellas se lanzan sin tardanza.

Tribus patagonas

Las tribus patagónicas más importantes son nueve. Tienen a la cabeza caciques de primer orden, cuyo poder se extiende hasta a las menores subtribus, cuyos nombres varían al infinito. Entre las últimas, escalonadas sobre el Río Negro, puedo citar a muchas que por sus relaciones con los hispanoamericanos se han hecho célebres; a decir verdad, están muy debilitadas en nuestros días y no pueden presentar otro interés que el de su pasado.

La primera es la de los taluches, que recorre el espacio comprendido entre el Río Negro (límite sur), el lago Rozas y el territorio de los poyuches, mis primeros amos, hasta una distancia de 100 leguas por lo menos, en la dirección sudoeste en que comienza la de los chechehés, a la que estuvo aliada muchísimo tiempo. Estas dos tribus tuvieron relaciones con los primeros españoles que fundaron la aldea de Carmen o de Patagones, cuya prosperidad hicieron durante cierto tiempo. Pero muy pronto Carmen, poblada de gauchos expatriados por crímenes, y que se cansaron de la vida apacible a la que se les había reducido, vio disminuir su importancia. Deseosos de retomar el curso de su vida de aventura, los gauchos abandonaron la colonia para ir entre los indios a cambiar sus productos por animales. De ello

resultó que los últimos, pronto desprovistos de su ganado, y deseosos de procurarse otro, hicieron en las provincias de Buenos Aires frecuentes *razzias* que provocaron sangrientas represiones, de las que se vengaron en la colonia del Carmen, a la que devastaron y destruyeron en muchas ocasiones. Así, pues, se vio una vez tras otra que este puerto se enriquecía a expensas de los estancieros o granjeros de las provincias argentinas y se arruinaba por acción de los indios calliheches o no habladores, así llamados por los otros indios, a causa del carácter fantástico y silencioso que han asumido desde su decadencia, que data de la muerte de varios jefes considerados invencibles por ellos.

Estos indios tienen aspecto duro y feroz y, a veces, receloso. No hablan más que con desgano, y mediante monosílabos; su única ocupación es la caza, a la que se dedican del principio al fin del año. Parecen poco inteligentes y son de pereza tal que no se toman siquiera el trabajo de trenzar sus arneses, que se cuentan entre los más burdos. Sin embargo, esta pereza, notable también entre sus mujeres, no les impide ser excesivamente ambiciosos e inclinados a la coquetería. Han adquirido en parte los vicios de los americanos, y puede decirse que el orgullo y la ebriedad no son los menores de los que profesan.

Finalmente, la tercera tribu, la de los lanquetruches, cuyo nombre corresponde al del cacique que la organizó (Lanquetrú), es muy conocida en las provincias de Buenos Aires y por todos los nómadas sin excepción. Los indios que la componen emanan de diferentes puntos; muchos de ellos fueron reclutados por Lanquetrú, pariente de Calfucurá –piedra azul–, junto al que cumplía las funciones de oficial de ordenanza, pero contra quien entró en rebelión como consecuencia de una locura que debía pagar con la vida. Aguijoneado por lo que en él había de deseo de venganza, de orgullo y de ambición, aunque muy joven todavía, este indio llegó a salvo a la margen del Río Negro, escoltado por todos los descontentos que había reclutado en su marcha. Bajo la impresión de su profundo resentimiento, no tuvo reposo hasta que se halló en condiciones de declarar abiertamente a otras tribus una guerra de que quedaron excluidas toda franqueza y toda lealtad. Se vendió a los argentinos, únicamente para conducir sus tropas al campo de sus hermanos, a quienes hizo sorprender muchas veces de noche, para someterlos a la matanza. Hizo aún más: hábil para aprovecharse de las disensiones que estallaban en el seno de las repúblicas españolas, traicionó alternativamen-

te a una y otra parte y las condujo a menudo a emboscadas en que hacía asesinar hasta el último hombre para enriquecerse con los despojos.

La destreza y la valentía de que este ser tuvo muchas veces ocasión de dar pruebas le convirtieron en una especie de personaje que los españoles quisieron atraerse a toda costa. Este jefe audaz recibió a sus enviados y ratificó los tratados de paz y de alianza que le sometieron. Durante cierto tiempo pareció olvidar que era hijo del desierto y llevó a buen término algunas expediciones, de poca importancia, es cierto, pero que le ganaron la confianza del gobierno de Buenos Aires. En 1859 Lanquetrú fue a Bahía Blanca para entenderse con los soldados argentinos respecto de la organización de una fuerte expedición que debía dirigirse contra las tribus pampeanas y mamuelches, sometidas a Calfucurá. Como suelen hacer los indios muy amantes de las bebidas alcohólicas, entró en una pulpería –despacho de licores– para librarse al placer de beber, pero se encontró allí cara a cara con un oficial argentino, que al reconocerle le reprochó amargamente la muerte de varios parientes suyos, oficiales como él y víctimas de su traición. Las respuestas inconvenientes que le hizo Lanquetrú le irritaron de tal modo, que sacó de pronto una pistola y le destrozó la cabeza.

Los indios entre quienes yo vivía en aquella época en calidad de esclavo habían jurado muchas veces la muerte de Lanquetrú, a quien execraban profundamente; pero, cosa extraña, al conocer el fin trágico de su jefe olvidaron todos sus resquemores y no pensaron más que en vengar en él la muerte de uno de los suyos. Con ese fin organizaron prontamente una expedición formidable, que saqueó e incendió la villa de Bahía Blanca, cuya heroica defensa no dejó de costarles muchos muertos y heridos.

Ésta no es tierra estéril

Según los patagones, en general, el inmenso desierto comprendido entre la cadena de los Andes y la orilla sur del Río Negro, la costa oriental y el Estrecho de Magallanes no es, como se ha dicho hasta ahora, de una esterilidad completa; por lo menos un tercio de esa extensión es de gran fertilidad, principalmente la costa oriental y la punta extrema de Magallanes. Por lo demás, puedo citar con toda seguridad, en apoyo de esa opinión, los diversos parajes en que he residido, en la vecindad de los Andes y en la de Los Serranos, que son verdaderamente de un

aspecto cautivador por lo pintoresco y lo fértil. Se maravilla uno al mirarlos, y se comprende fácilmente que sea posible al hombre proveer completamente a su existencia en ellos. Por eso, pese a la falta de caballos y vacas, los indios viven allí con la mayor indolencia y únicamente del producto de la caza. Su terreno de recorrida se divide en partes boscosas de algarrobos y de chañares, en cuyo seno se retiran durante el invierno, y en valles cruzados por un gran número de torrentes y cubiertos de estanques, sobre los cuales se pasea gran cantidad de patos salvajes y gallinas de agua que harían la felicidad de nuestros cazadores europeos, pero que, habituados a no ser inquietados jamás por los indios, cuyo único alimento es la carne cruda de guanacos y avestruces, no temen la cercanía del hombre.

Por penosa que fuera mi esclavitud, no podía menos que admirar, a veces, esa soberbia naturaleza cuya vista me habría regocijado completamente si no me hubiese recordado a cada instante mi triste posición. Hasta me habría hecho al género de existencia de mis amos si los malos tratos a que me veía constantemente expuesto no hubiese hecho –aún más, grande mi dolor, hasta hacerme temer un fin trágico.

Perdía toda esperanza de abrazar otra vez a quienes me eran tan caros y de volver a ver mi patria; sin embargo, la voluntad de librarme del terrible yugo que pesaba sobre mí era la que me dominaba; por eso, en mi pobre espíritu turbado se entrechocaban constantemente muchos proyectos de fuga.

GEORGE CHAWORTH MUSTERS

UNA CIUDAD ENCANTADA

Ilustrado oficial de la marina inglesa (1841-1879), autor de Vida entre los patagones; un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro *(1869). Musters decidió asimilarse y compartir un tiempo entre los indios tehuelches, aprendiendo sus costumbres, hasta ser chasque y parlamentario de confianza. Bien ordenado el relato, va dibujando con elaborada firmeza un enorme cuadro el mundo salvaje e indómito de las pampas desoladas. Obra que profundiza sobre las comunidades entre las cuales permaneció el autor.*

Historias de una ciudad oculta

DURANTE nuestra estada en Chirik (latitud del río Chubut, cerca del lago Paz y de la actual colonia San Martín) ocurrió un incidente que me condujo a recopilar y cotejar las tradiciones concernientes a una ciudad oculta o encantada, que están vivas aún entre indios y chilotes.

Cierto día, mientras cazábamos, nos sobrecogió un estruendo poderoso, como disparo de cañón, y mirando al oeste vimos negra nube de humo suspendida sobre los picos de la Cordillera. Mi compañero el cacique Jackechán me dijo que en varias visitas previas a este paraje los indios habían observado análogas columnas de humo en igual dirección. Tan convencidos estuvieron una vez de ser hombres sus causantes, que destacaron una partida para atravesar los bosques en busca de los desconocidos pobladores en la región del humo. Los expedicionarios avanzaron algo entre las quebradas boscosas, pero fueron tantas las dificultades, que al fin tuvieron que volver sobre sus pasos. Es casi seguro que explosión y humo se debieran a algún desconocido volcán en actividad, pero los indios creen firmemente en la existencia de una tribu desconocida o de una ciudad encantada u oculta.

Cuando más tarde nos encontramos con los araucanos, era corriente entre éstos la historia de haber descubierto entre aquel laberinto de montañas un establecimiento de blancos que hablaban un idioma desconocido. Chilotes y chilenos de la banda occidental cultivan la leyenda de la Ciudad Encantada y el mito de la población de los Césares, que según De Angelis –a quien se

debe la recopilación de todo lo existente al respecto– tanto preocupó a las autoridades de Buenos Aires, Lima y Chile.

Un chilote o valdiviano de nombre Juan Antonio me contó que conocía a un hombre vinculado a otro, a quien un tercero había narrado la siguiente aventura personal. Formando parte de un equipo de leñadores había remontado en bote cierto río, probablemente el mismo cuyo curso superior encontramos nosotros más tarde por la Cordillera (¿el Corinto?). Llegados a los bosques, se separaron para cortar madera, y al caer la tarde uno no regresó al campamento. Esperáronle algún tiempo sus compañeros, pero ya lo daban por perdido y estaban por emprender la vuelta, cuando se les apareció para contarles una extraña aventura.

En lo profundo del bosque había dado con una senda, y la siguió un buen trecho, hasta que oyó tañir una campana y vio claro que le anunciaban alguna ciudad o establecimiento. Pronto encontró unos hombres blancos que lo tomaron preso, y que después de interrogarlo sobre la causa de su presencia le vendaron los ojos y lo condujeron a una ciudad portentosamente rica, donde quedó prisionero varios días. Finalmente lo trajeron de vuelta, nuevamente vendado, y cuando se le quitó la venda se encontró cerca del sitio de su captura, de donde pudo regresar hasta donde estaban sus compañeros.

Juan Antonio, nuestro narrador, y Meña, uno de los chilenos desertores, creían a pie juntillas esta historia, que sin embargo se parece sospechosamente a una de un siglo antes; y ambos declararon que se trataba de magia o brujería.

Se me contó otra historia curiosa, cuyo héroe era un bribonzuelo de doce años que poco después me fue adscrito como paje, y que por su impudencia e inutilidad bien podía haberlo sido en la Corte de Luis XIV. La tribu de indios y valdivianos de Foyel, en proximidad de la Cordillera, tribu a la que pertenecía, lo perdió cierta vez, y la búsqueda más cuidadosa no encontró rastros de él. Tres meses después reapareció, vestido con la misma ropa en notable estado de conservación y sin desmedro en su fanfarrona impudencia. Mi amigo Ventura Delgado, valdiviano blanco que estaba entonces en aquel campamento, daba personalmente fe de la historia. Preguntado sobre sus andanzas y gente que había tratado, contestó: "Con un hombre de la isla en el lago". El lago conocido más próximo era el de Nahuel Huapí, a 30 millas, aunque según viejas noticias debe haber una cadena de lagos dentro de la Cordillera; lo notable era que durante tan

largo período hubiera podido subsistir perfectamente en el bosque con raíces, frutillas y la planta llamada "talka"; curioso era también que cautivado por extranjeros, éstos lo hubieran dejado luego regresar.

Mi guía Jaria, y el teniente Gallegos, cuando viajábamos de Punta Arenas a Santa Cruz, me narraron otra fábula relativa a los animales salvajes de la Patagonia. Jaria me preguntó si había oído hablar del "tranco", o "trauco", que según los chilotes habita los bosques occidentales de la Patagonia. Gallegos no dudaba de su existencia y me lo describió en forma de hombre salvaje, velludo e hirsuto. Este ente extraño, del que un ejemplar no le habría venido mal a Mr. Darwin, suele bajar de los bosques impenetrables para atacar al ganado, del cual vive. Se trata probablemente de pura invención, engendro del aguardiente en alguna mente embotada, pero ella parecía guardar cierta relación con vagas historias de tribus salvajes en las inexploradas regiones de bosques y montañas. Es difícil traducir el sentido de espacio misterioso y de poblaciones invisibles impartido al viajero por las vastas soledades selváticas de la Cordillera. El retumbo inexplicable de los despeñaderos de roca, la explosión de volcanes ignorados, y otros sonidos extraños que semejan voces y campanas, todo ello confirma, para el indígena ignorante y supersticioso, las historias circunstanciales transmitidas a través de varias generaciones. Y a la vista de las montañas misteriosas ni siquiera el espíritu cultivado escapa a la sugestión poderosa de la leyenda.

El lector, inclinado a reírse de estos vagabundeos de la imaginación podrá preguntar en qué consiste la leyenda de los Césares y de la "ciudad encantada". Quien haya leído las páginas deliciosas de *Westward Ho* algo sabrá ya del espejismo alucinador de la rica ciudad, que de México al Magdalena se burló de tanto árido aventurero. El Gran Quivira de Nueva México, el fabuloso Iximaya, el El Dorado de la Guayana y el Gran Paytití del Brasil –armazón sin base de doradas visiones–, se repiten con cambio de lugar y circunstancias en esta ciudad de los Césares.

Diversas tribus en convivencia

En los varios mapas y descripciones existentes de la Patagonia, se señalan numerosas tribus con diferente nombre. Por propia observación creo que tales informes se originaron en la costumbre de viajar parte de la tribu, capitaneada por algún jefe cuyo nombre dan ellos mismos al encontrárselos. He podido reconocer así

a los moluches, cuyo nombre se deriva de Malechou, jefe hereditario de ese nombre; el renombrado Lenketrú reunió bajo su dirección hombres de muchas tribus y llegó a acaudillar mil quinientos hombres en su gran malón sobre los establecimientos del Río Negro. Actualmente hay unos quinientos hombres de armas entre el Río Negro y el Estrecho; lo que conduce a estimar una población de tres mil almas. Los tehuelches, o patagones propiamente dichos, –excluidos los indios de a pie de Tierra del Fuego (onas), que son distintos por más que puedan proceder de un común tronco están divididos en dos grandes tribus, norte y sur. Hablan el mismo idioma; pero con alguna diferencia de acento, y los del sur parecen ser, en conjunto, hombres más corpulentos y mejor proporcionados que los del oeste, amén de cazadores más hábiles con las bolas. Los del norte habitan principalmente la región entre cordillera y mar, del Río Negro al norte del Chubut, bajando ocasionalmente hasta Santa Cruz. Los del sur ocupan el territorio hasta el Santa Cruz y suelen migrar hasta Punta Arenas. Ambas agrupaciones, sin embargo, están muy entremezcladas y vinculadas por matrimonios, por más que conserven su división de clases, y se enfrenten en frecuentes disputas. Nuestra partida comprendía partes casi iguales de norte y sur, y un miembro de nuestro toldo era un meridional de nombre Hummums, hermano de la mujer de Orkeke.

Del Río Negro al Chubut se encuentra además otra tribu de idioma distinto, con cuartel general en las Salinas, al norte del Río Negro. Ésos son los pampas, llamados por los tehuelches "penck", de cuyo nombre creo que es corruptela el de "pehuelches". Muchas tribus de esta raza se extienden en la llanura al norte del Río Negro y hacen frecuentes incursiones contra las estancias argentinas hasta la provincia de Santa Fe, y aun, creo, hasta Córdoba y Mendoza. Los pampas del norte de la Patagonia cuidan a veces ganado y ovejas, pero igualmente viven de la caza.

Una tercera tribu, a la que los tehuelches llaman los chena o los guerreros, parece ser, por idioma y físico, rama de los araucanos de Chile. Se les conoce también con el nombre de "manzaneros" por residir en "Las Manzanas", región así denominada por sus montes de manzanos, antigua misión de los jesuitas que en vano trataron de convertirlos y civilizarlos. Menos nómades y más civilizados que los tehuelches, se dice que apacentan vacas y ovejas en los valles accidentados de la Cordillera, y aun que cosechan algún maíz. Ignoro si fueron o no los jesuitas quienes les

enseñaron la industria, que practican, de sacar de las manzanas una sidra pasable y de fabricar con algarrobo un fuerte licor. Los tehuelches, en cambio, dependen del comercio en los establecimientos para su provisión eventual de alcohol estimulante, alcohol que se suma a las epidemias, especialmente de viruela, para disminuir rápidamente su número.

El puma

En estas colinas (al norte del río Chico) abunda el puma, y algunos de los que cazamos eran de talla extraordinaria, pues medían ampliamente seis pies (1,80 m) sin contar la cola, que generalmente alcanza la mitad de la longitud del cuerpo; son especialmente numerosos, naturalmente, allí donde lo son el guanaco y el avestruz. En la Patagonia meridional su color es más pardo-grisáceo que el de las especies encontradas en las provincias argentinas. Estos "leones", como se les llama universalmente en Sudamérica, siempre me parecieron ser los más gatunos de todos los felinos. Sumamente tímidos, huyen siempre del jinete, y aun del peatón, por lo menos de día. En corto trecho corren a gran velocidad, en una serie de saltos, pero pronto se cansan y hacen frente, tras de alguna mata o en un matorral, sentados sobre los cuartos traseros escupen y gruñen entonces ni más ni menos que un enorme gato, y tratan a veces de utilizar la formidable zarpa, pero nunca de abalanzársele al cazador; Mr. Clarke tuvo así desgarrada la manta cierta vez. En otra ocasión, cazando cerca de Santa Cruz, observé desde alguna distancia a González hachando con el cuchillo un gran matorral de incienso, y al acercarme lo encontré ocupado en despejar ramas para poder golpear con las bolas a un enorme puma; estaba desmontado y le ayudaban sus perros acorralando a la fiera; a no ser el puma un pobre gato, habría saltado sin duda y muerto o herido gravemente al gaucho. Los indios afirman que el puma ataca al hombre suelto y de a pie, y en efecto más tarde llegó a mi conocimiento un caso de tal ataque; sin embargo el viajero que se pierda o se vea sorprendido por la noche no tiene más que encender un fuego para alejarlos. Son especialmente salvajes a principios de primavera, época de cría, cuando vagan por la región en forma irregular, como lo sé por experiencia; están también más flacos entonces que en otras estaciones, pero en general siempre andan más o menos gordos, como el potro salvaje. Las hembras que vi iban a veces acompañadas de dos cachorros, nunca más. La carne del puma se parece

a la de cerdo y es sabrosa; hervida mejor que asada; sin embargo uno o dos de los indios conocidos míos no querían comerla. La piel sirve a la vez para manta y para caronas, y debido a su grasitud se deja sobar más fácilmente que la de guanaco. En Santa Cruz uno de los hombres tenía pantalones de piel de león con el pelo hacia afuera, impermeables a la humedad. Con el garrón y parte inferior de las patas traseras, en pumas de gran tamaño, pueden confeccionarse botas semejantes a las de cuero de caballo, comunes entre los indios y los gauchos platenses; pero su duración es mucho menor. Resulta difícil matar al puma con fusil, pues a no entrar la bala en el cráneo o el corazón, tiene más vidas que su pariente el gato. Tres balas de mi revólver no bastaron cierta vez, y en último recurso tuve que acudir a las bolas. Una vez herido se vuelve temible, pero siempre es mal cliente para los perros, y suele lastimarlos ferozmente. Por más que el indio enseñe a sus perros a acosarlo manteniéndose a prudente distancia de las garras no pocas veces resultan muertos algunos. La manera más simple de cazar al puma es, probablemente, enlazarlo, pues así que siente el lazo se echa al suelo como muerto y se deja despachar fácilmente. Me impresionaron especialmente, como a todos los cazadores, sus ojos, grandes, pardos y resplandecientes, pero con cierto fulgor salvaje que inspira poca compasión. Nunca olvidaré la expresión en la mirada de uno, gráficamente descrita por el indio, al sujetar el caballo en previsión del salto: "Mira, los ojos del diablo".

El guanaco

El guanaco, llamado "nou" por los indios, mide de 0,90 a 1,20 metros de alzada y de 1,20 a 1,50 de longitud, de hocico a cola. La piel es lanuda, pero la lana disminuye en espesor volviéndose pelusa cerca de la cabeza y patas. El color es rojo amarillento entremezclado con blanco en varias partes del cuerpo, especialmente en panza, interior de patas, alrededor de belfos y mejillas y parte inferior del pescuezo. Lomo ligeramente arqueado; cola corta, algo levantada cuando el animal se mueve. Abunda en un extenso territorio, del Perú al Estrecho de Magallanes, y aun en la Tierra del Fuego, en las vastas llanuras al este de la Cordillera.

Por regla general un solo macho cuida una tropa de un centenar de hembras, y en caso de alarma suele situarse en algún punto dominante, entre ellas y el peligro, relinchando a la manera de

un caballo. En la estación de la cría, sin embargo, los machos se agrupan entre ellos, separándose de las hembras. Aunque Monsieur Gay diga en su admirable libro sobre la zoología de Chile que las hembras paren a veces tres crías, el caso debe ser muy raro. Mientras anduvimos cazando y matando chulengos, éstos quedaban rezagados, lo que impedía establecer su relación con las madres; pero cuando matamos madres para extraer nonatos nunca vi ni oí que hubiera más de un feto.

El guanaco es sumamente ligero, casi inalcanzable por caballo o perro, pues le bastan algunos saltos para tomar segura distancia. A menudo deja aproximarse mucho al cazador, para luego disparar y alejarse rápidamente. Su principal medio de defensa es la "savate", o uso de las patas, especialmente las delanteras; sin embargo muerde, a veces, y especialmente sus dos dientes caninos pueden infligir una seria herida. He visto sitios donde evidentemente puma y guanaco habían librado recia pelea, pero siempre resultaba vencedor el puma, pues la búsqueda conducía invariablemente al hallazgo en las inmediaciones del guanaco muerto, cuidadosamente escondido por el "león".

La carne de guanaco es sabrosa, con parecido a la de oveja; la del individuo joven se asemeja a ternero muy tierno. No cabe duda de que la lana podría explotarse comercialmente, pues es de contextura muy fina, apreciada en Chile, donde se tejen con ella ponchos de alto precio. Pocos guanacos se han domesticado hasta ahora, pero suelen volverse muy mansos y podrían seguramente utilizarse como bestias de carga, como la llama, a la que mucho se parecen. Particularidad notable es la siguiente: en ciertas épocas del año se les encuentra en el estómago una especie de secreción en forma de bolitas duras como piedra, de 7 a 12 milímetros de diámetro, a las que los indios atribuyen virtudes medicinales.

El guanaco sirve al indio de mil maneras: el cuero del adulto para cubrir el toldo; la piel de nonato y chulengo para mantas y ropa; los nervios para hilo; la piel del cuello, particularmente fuerte y duradera, para lazos y tientos de bolas, riendas, etc.; el garrón para botas y forro de bolas; el fémur para dados y para un instrumento musical; la piel a los dos años, lanuda ya e inútil en confección de mantas, para pasables caronas.

El animal de dos años es ya muy ligero y difícil de cazar, y para entonces, o a los tres años, alcanza toda su corpulencia. No puede darse mejor descripción del macho adulto que el siguiente

apóstrofe del teniente Gallegos a uno que se destacaba solitario sobre una loma, emitiendo de vez en cuando su agudo relincho de alerta: "¡Animal más estrafalario!: relincho de caballo, lana de oveja, cuello de camello, pies de gama y ligereza de diablo".

El avestruz

El avestruz o *rhea Darwinii*, llamado Mekyush por los indios, es particular de la Patagonia y escasea ya al norte del Río Negro; no se le encuentra en otra región alguna del globo, con la excepción, quizás, de las zonas septentrionales y llanas de la Tierra del Fuego, de Cabo Vírgenes a Puerto Oazy. Es una variedad del *rhea americana*, común a las provincias argentinas de Entre Ríos y Santa Fe, diseminado también en la Banda Oriental, y extendido según creo hasta el Rio Grande do Sul y provincia brasileña meridional. También se le encuentra en Chile en la llanura al pie de los Andes. La principal diferencia entre ambas especies es que la primera es menor y de color más claro.

El avestruz patagónico es muy ligero y corre con las alas abiertas, excepto cuando gambetea al salir del nido, probablemente para desorientar la caza. Su plumaje, o sea las plumas de las alas, es materia de comercio y vale actualmente un dólar por libra en Buenos Aires; creo que el tuétano de patas se utiliza para pomadas y alcanzaba alto precio en Buenos Aires, si es que no lo conserva aún actualmente. Para el indio esta ave es valiosísima bajo muchos aspectos; además de proveerle el almuerzo favorito, los nervios de las patas le proporcionan tientos para bolas; las plumas se canjean por tabaco y otras necesidades; la grasa de pecho y lomo se derrite y almacena en bolsas hechas de la piel (sacada en primavera, cuando las hembras están flacas, como todos los animales patagónicos, excepto el puma); la carne es más nutritiva y apreciada del indio que la de cualquier otro animal, y los huevos le procuran un sustento adicional en los meses de septiembre, octubre y noviembre. El macho mide setenta y cinco centímetros de alto y se distingue de la hembra por el color ligeramente más oscuro y la mayor fuerza y alzada, pero a la distancia la diferencia es difícil de apreciar; además es más ligero. Su alimento usual consiste en pasto corto y semillas de varios matorrales, pero especialmente en pasto tierno, que a menudo pude verlo picoteando, oculto tras de alguna roca. Posee aguda visión, y en caso de alarma huye inmediatamente con gran velocidad; si en su fuga percibe jinetes cerrándole el paso, suele agazaparse tan

hábilmente que no se le distingue entre las rocas circundantes, pues el color grisáceo de su plumaje se identifica admirablemente con el aspecto general de pampas y Patagonia. Aun cuando carece de palmas en los pies, nada lo suficiente para franquear un río. En invierno no es raro que los indios lo obliguen a arrojarse al agua, con lo que al enfriársele las patas la corriente lo lleva indefenso a la costa y facilita su captura. También se les puede cazar cuando nieva, pues parece que el plumaje se les vuelve pesado y se les afectan los ojos con el resplandor de la nieve. Es polígamo, un macho con cinco o seis hembras, que ponen los huevos en el mismo nido, pozo de unos setenta y cinco centímetros de diámetro cavado en la tierra; la postura comienza a principios de septiembre, y el número de huevos en el nidal varía de veinte a cuarenta, y aun más; a comienzos de la estación solíamos encontrar, desparramados en las llanuras, huevos solitarios, a veces de diminuto tamaño. Contrariamente a la regla general de las aves, es el macho quien empolla los huevos y se encarga luego de la cría. Los polluelos pueden correr casi en seguida de salir del cascarón o muy poco después, y están cubiertos de un plumón rojo grisáceo en el dorso y blanquecino en pecho y cuello; su grito imita las sílabas *pi-pi-pí*, emitidas en tono rápido y agudo. Cuando hay peligro, el macho viejo suele fingirse herido, como otras aves, para distraer al cazador y permitir que la cría se esconda entre el pasto. Creo que el periodo de incubación es de unas tres semanas; durante ella el macho enflaquece y el pasto alrededor del nido queda enteramente ralo; en cambio las hembras, simultáneamente, se ponen gordas y constituyen un providencial recurso para los indios, que no pueden vivir de carne flaca; cuando ellas están delgadas se las mata tan sólo para sacarles la piel, que se cose en mantas para vender en los establecimientos. En ese período el avestruz está muy cubierto de parásitos, que invaden toldos y mantas de guanaco y son causa de infinita molestia. (Advertencia útil a presuntos viajeros en la Patagonia: nunca dejar que la china ponga mantas de avestruz bajo los cueros de dormir.) El chara no alcanza tamaño o plumaje completo hasta el segundo año de su nacimiento y los indios no lo persiguen a menos de estar muy hambrientos. Los huevos se comen en toda estación, frescos o pasados, pues el indio no encuentra gran diferencia entre pollo en el huevo y guanaco nonato. Otros enemigos natos del avestruz, fuera del hombre, son el puma y el zorro, el primero de los cuales suele sorprenderlo y matarlo sobre

el nido, para ocultar cuidadosamente la cáscara y despacharse a gusto con los huevos. Más de una vez encontramos así rotos y desparramados los huevos, y oculta el ave muerta en su proximidad. Creo que el zorro se contenta con chupar el contenido, y en cuanto al gato montés, que abundaba en Geylum, se me aseguró que suele matar al avestruz en el nido, lo mismo que el puma. El cóndor, el águila y el halcón también contribuyen sin duda a la devastación de las crías, pero a pesar de todo el *rhea Darwinii* abunda tanto que probablemente pulularía a no ser por los indios y otros enemigos. Mientras estuvimos en Chiriq cazamos activamente avestruz y guanaco; este último abundaba extraordinariamente en las ásperas serranías al este del Valle, y como las hembras, posadas con su carga, no pudieran conservar mucho tiempo la velocidad, era frecuente que un solo hombre matara cinco, seis, o hasta ocho, extrayéndoles el nonato para piel de manta y para carne, y utilizando eventualmente el cuero de la madre para reparar el toldo. Los huesos de tuétano se sacaban también como golosina, pero la carne se dejaba a cóndores, pumas y zorros.

ÍNDICE